



POESIAS

DE

D. MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

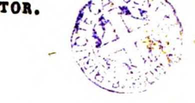
POESIAS SERIAS.



MADRID:

IMPRENTA DE BOIX, EDITOR.

1840.



A MI AMIGO Y PAISANO

D. JAVIER DE QUINTO.

El primer tomo de estas poesías ha merecido á la amistad una acogida favorable. ¿Me habré equivocado en creer que Quinto recibirá con la misma benevolencia la segunda parte de mis ensayos líricos? Yo hubiera dilatado para mas adelante el momento de probar á mis amigos lo mucho que los amo, presentándoles alguna cosa mejor; ¿pero quien me asegura que podré escribirla ja-

mas? Para escribir se necesita fe literaria, y la mia se va amortiguando; tranquilidad de ánimo, y yo no la tengo; tiempo para dedicarse al estudio, y siempre he carecido de él; estímulo y alicientes en fin, y el camino que conduce á la casa de un editor ó la redaccion de un periödico, ni es el de la prosperidad ni el de la gloria. Ofrezco à V., pues, lo único que me es dado ofrecerle, una coleccion de preludios poéticos en el género serio. Si entre ellos encuentra V. alguna composicion que le interese mas

que las otras, prescinda V. de las demas, viendo en aquella y solamente en aquella el deseo de complacerle que anima á su compatriota y amigo.

Madrid 1.° de junio de 1840.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

AL ESTUDIO

DE LA POESIA.

Templadme el harpa de oro,
Genios del canto, y el ferviente ruego
Oid con que hoy imploro
Vuestra alta inspiracion y ardiente fuego.
Dadme, dadme ese ciego
Entusiasmo que agita;
El estro dadme que á cruzar me lleve
La bóbeda infinita,
Do huyéndose fugaz la mente leve
Pueda un tanto apartar la idea triste
De ese mundo cruel, de esa adorada
Infeliz patria mia,

Libre y exenta y floreciente un dia,
Y ora con mengua á la coyunda atada.
¿Cómo sonar mi canto
Entre esclavos y déspotas pudiera,
Esclavos mústios que cobardes gimen,
Déspotas sin pudor que al siervo oprimen?
Abrasará la esfera
El rayo vengador: llegará el dia
En que la eterna mano
A los senos del orco precipite
Al siervo y al tirano,
Y de este la osadía
Y de aquel la abyeccion y el desaliento
Prueben á un tiempo su venganza fiera.
¿Y yo cantar pudiera
En tanta espectacion? ¿y el golpe infando
Sobre mi cuello mísero esperando,
El plectro á resonar valiente fuera?

¡Ah, dadme otra mansion! dadme un florido
Y silencioso albergue, donde solo
Suene el favonio regalado y tierno,
Y el cantar de las aves no aprendido:

Dadme un prado vestido
De abril y mayo eterno,
Donde claro un raudal afable ria
Entre guijuelas de oro,
O éntre mirtos de amor, al rubio dia
Su ardor robando en adorable anhelo:
Dadme mirar un cielo
De bello azul teñido,
O con la luz del alba enrojecido,
Repartiendo esperanza al mustio suelo:
Y entonces remontar podré mi vuelo,
Y entonces cantaré, libre la idea
De esos recuerdos de ignominia y lloro;
Y entonces templaré, Genios celestes,
Con valedora mano el harpa de oro.

¿Pero me engaña la ilusion? ¿es cierto
Que los cielos hendís, leves bajando,
Propicios á mi voz? Sí: que ya el blando
Favonio, nuncio vuestro, entre las cuerdas
Se meció de mi lira,
Y mi frente besó ceñida én torno
De pomposo laurel, amable adorno

Que al vate prodigais: gime y suspira
Mi pecho de placer: el labio santo
En sonido inmortal levanta el eco,
Y montañas sin fin de hueco en hueco
Repiten con pavor mi ardiente canto.

¿Ois? ¿no os causa espanto
El hondo retumbar? mi pecho hirviente
En entusiasmo tanto
¿No os comunica su fervor vehemente?
La inspiracion ardiente
Grata acompaña con el plectro amado
Mi cántico sagrado:
Y entre tanto á mi voz omnipotente
Desaparece el mundo que habitaba,
Y huye con él la tierra,
Y con la tierra hasta el infausto nombre
Del hombre, y con el hombre
Siérvos, yugo, dosel, discordia y guerra.

¡Placer de imaginar! ¡don de los cielos
Nuevos mundos fingir! ¿Qué importa, impíos
Que á la argolla servil y á la cadena,

Por ahogar el laúd que libre suena,
Insanos destineis los miembros mios?
Los calabozos frios
¿Qué son? ¿qué las prisiones
Al bardo augusto que mirais con ira,
Si al eco de su lira
En mansiones de gloria las convierte
Burlando de la fuerza los rigores,
Y engalanando en flores
Los duros grillos que forjó la suerte?...

Dilo tú, dilo tú, perene gloria
De Italia degradada, hijo divino
Del genio y del amor, Tasso sublime:
La cárcel que te oprime
¿Podrá impedirte remontar las alas
A las etéreas salas
Do triste, opresa la virtud no gime?
¿Podrá nefanda la razon de estado
Arrancarte á Leonor? la tiranía
¿Podrá evitar que á la mansion impía
Tus mismas ilusiones
Bajen hermosas á calmar tu pena,

Y á romper la cadena
Qué separa crüel dos corazones?

Miradle sonreir: ese delirio
Que el vulgo necio apellidó locura
Sueño es de amor, de gloria y de ventura
Que templa su martirio.
Vedle gozar al lado de su amada
El premio ansiado que fingió el deseo:
Vedle feliz en su ilusion: la mente
Que á Reinaldo creó, férvida, ardiente
Hoy le crea un altar y un himeneo.
¿Qué importa la verdad ó la mentira
Al que sueña en el bien? ¿al que en sus manos
Delirante de amor tiene una lira?
Séres sin fin descienden al sonido,
Y el calabozo infando
En cánticos de gloria alegres llenan:
Seres sin fin le halagan y enagenan
Su amarga soledad acompañando.

¿No los veis? ¿no los veis? Omnipotente
El de la nada los sacó á la vida:

Vedle exhalar entre sus brazos bellos
De su genio los últimos destellos:
Vedle espirar en su Salen querida.

Ved á su lado á la divina Armida,
A Reynaldo, á Tancredo,
Pedro, Argante, Sofronia, Godofredo,
Clorinda, Soliman.. ¡Dios poderoso!
¿Quién le dió al hombre el genio portentoso
De embellecer? Extático á tan ledo
Y feliz espectáculo, permite,
Permíteme, gran Dios, que te requiera:
¿No eres tu el solo que en el alta esfera
Puedes mundos crear, y el gran vacío
Llenar de séres que do quier te aclamen,
Y que padre te llamen
Del rubio mediodia al norte frio?

¡Oh, gloria á tu bondad! Velado un dia
De gloria inmarcesible
Los astros de oro humildes te acataban,
Y de santos espíritus se via
El coro celestial con indecible

Pasmo esperar tu voz : todos callaban,
Cuando tu faz de súbito, en afable
Bondad bañada, por tu brazo mismo
Creaste al hombre á semejanza tuya,
Temblar haciendo al espantoso abismo.

¿Qué pudo ya de entonces al anhelo
De tu imágen negarse? El raudo vuelo,
Al letargo mortal haciendo guerra,
Alza el hombre del suelo,
Y emulándote á tí, Señor del cielo,
Obra portentos mil sobre la tierra.
Oye bramar en la fragosa sierra
La nube tronadora,
Y el trueno y el relámpago produce
Y del rayo la furia asoladora.
Roba sus lindas y agraciadas flores
El pincel poderoso
A la estacion de la esperanza hermana;
Roba su incierta luz á la mañana.
Y tú, música audaz, ¿ cómo pudiste
El sonido imitar del arroyuelo,
El rugido de un mar siempre sañoso,

De la lluvia el descenso armonïoso,
El roce de las bóvedas del cielo?
Mas no desmaya el vuelo
Del genio creador: tiende la vista,
Y es corto espacio á la ambicion del hombre
Cuanto á su torno vé: llena de mundos
Y de mundos sin fin el campo inmenso
Donde nada la luz: llena de seres
Los mundos que creó; séres felices
De quien se juzga hermano;
Séres mejores que el mortal insano.
El globo de la tierra
No es el volcan do la discordia impía
Como cometa ardía;
Que el le juzga mejor, y paz y holganza
Finge en él y virtud: vuelven los dias
Del delicioso Edén, y la morada
Del hombre es tan feliz como otro tiempo
Al salir de la mano creadora...
¡Oh Dios! ¿y llega un hora
En que fiero el impío
Te apellida tirano en triste nombre,
Cuando te dignas enseñar al hombre

Y divides con él tu poderío?
¡Y el rayo duerme oyéndolo, Dios mio!

Pasmóse la natura
Al verse embellecida
De séres: en el cielo
Nunca brilló tan pura
La lumbrera inmortal, fuente de vida,
Como este dia tan feliz al suelo.
Los cielos tu bondad glorificaron
Vibrando nueva luz sus astros de oro,
Y en refulgente coro
Gloria al Señor los ángeles cantaron.

¡Los ángeles, gran Dios! Angeles bellos...
¿Qué sois, que ledos y de gloria henchidos
En el cielo habitais? ¿Debeis por suerte
El fantástico ser á las ficciones
Del ente pensador? ¿Sois ilusiones
Con que sus penas el mortal divierte?
¡Ah no, santos espíritus! Yo admiro
Un efecto en vosotros de la mente
Florida del Señor: yo sus arcanos

Jamás con fiero encono
Osé profundizar : sois lo que el trono
Del Santo rodeais; sois mis hermanos.
¿Mis hermanos? ¡Ah, sí! ¿No es pension vuestra
Cantarle como yo? ¿las prestas manos
No tendeis á la lira
Para loar su nombre poderoso?
¿ Es otro el cargo mio ?
¿ No hiendo yo tambien el aire frio
En su canto de gloria sonoroso ?

¿No sois vosotros los que al hombre triste
Compasivos mirais , y de la mano
Le llevais por la senda
Del bien , la infausta venda
Arrancando al error y al vicio insano ?
¿ No haceis vosotros placentero y llano
De la virtud el áspero camino
Cubriéndolo de flores ?
¿ Tiene el poeta , oh séres voladores ,
Otro cargo en el mundo , otro destino?
Volved la vista , contemplad la tierra
Presa infeliz de espíritus protervos

Ardiendo toda en sedicion y en guerra,
O dividida en déspotas y siervos;
Mientras el númen santo
Del vate creador arde y se agita,
Y libertad les grita,
Y union y caridad vierte en su canto.

¿Mas dónde, Genios de la lira, adónde
Guiais mis alas de consejo agenas?
¡A la tierra! ¡al planeta miserable
Causa fatal de mis amargas penas!!!
¡Ah, no! volvedme al cielo,
Volvedme al Dios del justo, al gremio hermoso
De mis queridos ángeles, consuelo
Y bien y gloria mia,
Y á la dulce ilusion que me embebía.
¡Pues qué! ¿pudierais el oido ingrato
Cerrar á mi horfandad y á mis clamores?
¿Pudierais con rigores
Y con esquivo empeño
Mis voces desoir? ¡Ah, no valedme
Una vez y otra vez; bajad, volvedme
Mi dulce delirar, mi amado sueño.

Así dormido y plácido y risueño
Me llamaré feliz: así del mundo
Huyendo la falacia y doble trato,
Ni temeré su encono furibundo,
Ni el fingir sin segundo,
Ni la calumnia vil del hombre ingrato.

(Julio de 1831.)



Á ZORRILLA.

Toma, oh jóven la lira, y pues al cielo
Genio debiste sin igual, fecundo,
Haz que te deba agradecido el mundo
La copa bienhechora del consuelo.

Adopten otros la crüel tarea
De ahullar y maldecir: tu compasivo
Calma del hombre el padecer esquivo,
Y halagüeño y social tu canto sea.

Mira al humano sin creencia alguna,
Y perdidas del bien las ilusiones:
Mira sin fé los tristes corazones
A la suerte acusar y á la fortuna.

Hubo un tiempo en que el hombre se alegraba,
Y en el amor y la amistad creia,
Y al templo en su afliccion se recojía,
Y al númen en sus penas invocaba.

Dios, su dama y su rey eran su emblema
Religioso, patriota y caballero:
Por ellos desnudaba el limpio acero;
Ellos hacian su ventura estrema.

¿Qué importaba la argolla, el triste yugo,
La injusticia, el baldon, la tiranía?
El hombre era feliz cuando creía
A despecho del hacha y del verdugo.

Hoy la suerte fatal burla sañuda
Su mejor esperanza y su deseo,
Y el hombre es infeliz porque es ateo,
Y si ateo no es, cede á la duda.

¿Quién del triste mortal compadecido
Volverá al corazon su paz primera?
¿Será la ciencia descarnada y fiera?
Pero los sabios ¡ay! nos han perdido.

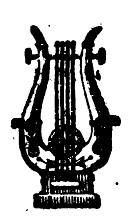
Hija del corazon, no de la mente,
La bienhechora fé brillaba un dia:
Hija del corazon la poesía
Despertarla tal vez sabrá elocuente.

Canta, pues, jóven, y á la santa empresa
Apresta el eco tu voz sublime:
Consolar al mortal que triste gime...
Ese es tu cargo, tu mision es esa.

¡Oh, si la lira que te dió el destino
En mis manos armónica sonára!
Yo tambien á la empresa me alentára,
Y te siguiera en tu inmortal camino.

Pero ya que eso no, consiente al menos
Que tome parte en tu esplendor futuro,
Y un lauro te prediga hermoso y puro
En versos pobres de rudeza llenos.

Grande si quieres brillará tu nombre,
Orgullo ya de la española gente.
Sigue: el vate mejor es quien mas siente,
Quien mas consuelos proporciona al hombre.



Á LA DIPUTACION PROVINCIAL

DE ZARAGOZA,

POR SU PATRIÓTICO DESIGNIO

DE FOMENTAR EN EL PAIS EL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS NATURALES, CON OCASION DE LA ACADEMIA DE FISICA Y GEOGRAFIA ESTABLECIDA BAJO LA DIRECCION DE

D. CAYETANO BALSEYRO Y GOICOCHEA.

No, no perecerá: la vez tercera
Es la vez de su triunfo. Insana y fiera
La diestra del tirano
Vibra el puñal, pero lo vibra en vano.

La santa libertad sentó su trono
En mi patria infelíz: vano el encono,
Vana es la furia del averno ciego.
Al devorante fuego
Dada será la mies, dados los lares
Y míseros hogares,
Mas no la libertad: sangre vertida
Sabrá apagar la llama enfurecida
Por preservar su templo y sus altares.

Sí; que la hispana juventud bramando
A la lid se abalanza,
Y el insolente bando
De la usurpada tierra al orco lanza.
En vano á su pujanza
Pretende resistir; en vano esquiva
La nefanda garganta al hierro duro:
Que al fin el mónstruo impuro
La vida exhalará. ¿Qué importa, aleves,
Que la existencia impía
Dilateis todavía?
¿Qué importa que valor acaso os preste
La desesperacion? Tambien la llama

Se esfuerza por vivir, y cuando espira
Es por ventura cuando mas se inflama.

Así brillais vosotros,
Así perecereis! ¿Pero es acaso
La furia de Mavorte
El arma sola que emplearse deba
Contra la vil cohorte
Que el despotismo lleva?
¿O ademas del puñal, hay otro medio
De vencerle mejor? El brazo solo
Por sí no bastaría:
Un dia nos robára
La victoria de un dia,
Si el hombre al contrastar la tiranía
En la fuerza brutal solo fiára.
¿Qué le falta? ¿ilustrarse? Pues saquemos
Al pueblo del error: démosle ciencia,
Y estable triunfo en el saber busquemos
Ensanchando la humana inteligencia.

Venciendo á la ignorancia
Se vence al despotismo: heridle en ella,

Y el corazon le herís. ¡Oh diputados
De la inmortal Augusta!
Vosotros la mision de que encargados
La patria os tiene, comprendeis. Robusta
La juventud hispana,
Blandiendo el hierro, al despotismo asusta,
Pero le asusta mas esclareciendo
La mente indagadora.
Vedla, vedla correr con voladora
Planta, de guerra entre el horrible estruendo
Al templo de las ciencias que Cristina
Inmortal nos abrió. La luz divina
De la verdad la hiere:
Deja tal vez la espada
Por hallar la verdad que absorta inquiere;
Deja el libro tal vez, y alegre muere
Por defender su libertad preciada.

No en vano, oh diputados,
Ese Licéo que *Balseyro* erige
Una mirada cariñosa os roba,
Y vuestro celo paternal exije.
¿Cómo pudierais esquivar el dulce

Placer de protejerlo?
¿Cómo negar el pecho á la esperanza
Que concibe la mente solo en verlo?
Seguid, seguid en el empeño honroso
De tenderle una mano
Sensible y bienhechora:
Tal vez la lira trémula, insonora
Que hoy en mis manos inespertas suena,
De entusiasmo algun dia y de estro llena
Los frutos cante que sembrais ahora.

Tal vez el dia llegue,
Merced á vuestra ayuda,
En que la industria su sopor sacuda,
Y el vuelo santo en mi pais desplegue:
Acaso en cada jóven
Que á la academia acuda
Un artista veais: acaso el suelo
De Aragon venturoso
Se ostente tan hermoso
Como su hermoso cielo:
Tal vez los yermos que la vista afrentan,
Y á natura nos mienten enemiga,

Dando lugar á la ondeante espiga
En campos de abundancia se conviertan.

Que tal ha sido en las demas naciones
La consecuencia hermosa
De estudiar á natura.—
Mas la feliz ventura
De ser libre el humano... ¿á quién se debe?
¡Oh diputados! perdonad; mi plectro
A decirlo, á cantároslo se atreve:
Pero no es á vosotros
A quien mi voz dirijo;
Es al joven hispano
Que acaso ignora la ventaja inmensa
De arrancar un arcano, un solo arcano
Al mundo hermoso en cuyas leyes piensa.

En armonía y equilibrio eterno
Que do quiera se advierte;
Esa justa igualdad, ese orden santo
Que todo lo encadena en lazo fuerte,
¿Será que no despierte
En el humano pecho

La idea sacrosanta
De otro equilibrio que el impío niega
En el mundo moral? ¿será que él solo
Llenar las leyes de natura ignore,
Cuando de uno á otro polo
No hay ser alguno que la ley no adore?
¿Será que oprima, ó que oprimido llore?
¡Jamas! que no hay tiranos
En las obras de Dios! no hay siervos viles
Donde equilibrio y ley son soberanos.

¿Por qué se estremecieron
Los déspotas del globo
Cuando el audaz Copérnico subía
Hasta el astro solar lleno de arrobo?
¿Por qué, por qué gritaron *heregía*,
Cuando inmóvil y fijo
Puso en el centro al luminar del dia?
¡Ah! que esa teoría
El orden revelaba:
Era el emblema mismo
Del social órden que el humano ansiaba;

Y el orden bienhechor los asusta,
Porque dó el orden es no hay despotismo.

Loor y gloria, pues, al que anhelante
Hasta el jóven desciende,
Y la tarea emprende
De revelarle el orden incesante
Que en el físico mundo acorde brilla.
¡ Loor, *Balseyro*, á tí! Fuérale dado
A mi lira sencilla
Emular el sonido
Que en la mano de Píndaro vibraba,
Y la envidia que al bueno el diente clava
Dentro del pecho ahogára su bramido.
Pero inútil te fuera
Mi débil voz, cuando la ilustre y sabia
Diputacion de Augusta
Generosa te alienta, y de su rabia
Te escuda y te defiende. ¡Ah! gusta, gusta
De ese placer primero:
Otros le seguirán. Yo mientras tanto
En incesante canto
Y en pobrísimo verso, aunque sincero,

Te alentaré constante
A consumar la empresa comenzada :
Y mientras tú con mente enagenada
De natura en los éxtasis te arrobes,
«*Sigue*, te gritaré, *sigue el camino*
»*Que te marca el destino.*
»*Cada español que robes*
»*A la ignorancia impía*,
»*Lo robas á la infanda tiranía.*»

(12 de julio de 1837.)



Á UNAS LÁGRIMAS.

¿ Es cierto, oh Dios, es cierto?
¿ Yo tus celestes ojos
Bañados miro en ardoroso llanto?
¿ Yo tu rostro cubierto,
Entre dolor y enojos,
Del triste lloro que persuade tanto?
Ay ! á tal desconsuelo, á tal quebranto
¿ Quién ha dado ocasion, que así te miro
Desalentada, oh mísera ? Yo muero
Si á tu pecho causé rigor tan fiero :
Si la causa no fuí, tambien espiro.

Esos ojos hermosos
Por el amor formados
Para vencer y avasallar al mundo;
Esos astros graciosos
Que ledos, soscgados
Mostrar debieran su fulgor fecundo...
¡Oh, nunca, nunca del dolor profundo
Probáran el rigor y saña aguda!
Que no nació la rosa delicada
Para morir indignamente ajada
Del caminante por la planta ruda.

Pero tu mientras tanto
Prosigues en tu lloro,
Y en mi pecho agitado la alba frente
Reclinas: cae tu llanto
De amor dulce tesoro
Sobre mi corazon que late ardiente,
Y la pena fatal del tuyo siente.
¡Oh lágrimas preciosas! mi ternura
No, no las perderá: labios, delante
Teneis la ansiada fuente: en el instante
Apagad vuestra sed ardiente y pura.

Bebedlas ay! bebedlas,
Que no el amor propicio
Siempre su rostro os mostrará: ojos bellos,
Lindos ojos, vertedlas
En continuo egercicio
Mientras el sol los lucidos cabellos
Derrame por la esfera, y sus destellos
Lejos lancen de sí la noche fria:
Mientras la tempestad siga á la calma,
Vertedlas, y compláceme mi alma
En el raudal que el sentimiento envía.

Mas ay! que de tu lloro,
Dueño adorado mio,
No es la causa tal vez mi amor ardiente:
Mientras yo fiel te adoro,
Tal vez tu pecho impío
Arde en otro cariño mas ferviente,
Y de mis iras el rigor presiente
Cuando yo le recuerdo la fé rota
Que me juráras, y de mi furia el peso
Como culpada auguras, y por eso
Cobarde llanto de tus ojos brota.

Yo por mi parte, pura
La lealtad jurada
En mi constante pecho he conservado;
Ni á mi cara ternura,
Ni á la verdad preciada
Falté, ni á nuevos votos me he ligado.
¿Hásme creido infiel? ¿hánme pintado
Veleidoso por suerte? Ah! tus recelos
Son injustos, bien mio: alanza, alanza
Del seno la fatal desconfianza,
Y cese el llanto de los crudos celos.

¿Pero qué es lo que hablo?
De lágrimas cubierto
En tus manos, mi bien, un libro miro
¡Una lámina!—es Pablo ..
Es Virginia que abierto
Mira el mar á sus pies en raudo giro,
Y la veste se ciñe, y dá un suspiro,
Y à morir se prepara, al tierno pecho
De su amante la imágen estrechando...—
¡Sigue, amada, en tus lágrimas! llorando
Su virtuoso autor el libro ha hecho.

Sigue ¡oh bella! y perdona
A un amante celoso
La mísera ilusion, el cargo triste
Que el dulce amor no abona.
¿Yo el rato delicioso
De tu lectura interrumpí? ¿tu oiste
De mis labios la queja? Ay! ¿y pudiste
Del justo enojo contener la llama
Cuando escuchaste tan indignas voces?
¡Perdon, amada mía! bien conoces
Que el mas desconfiado es quien mas ama.

A Dios! á tu lectura
Vuelve adorado dueño,
Que yo respeto tan hermoso llanto
Y angélica ternura:
Vuelve con nuevo empeño
A las celestes lágrimas que tanto
Aumentar saben mi amoroso encanto.
Ah! tu beldad, tu gracia habrá podido
Inspirarme una llama pasagera,
Mas no el fuego que siempre reverbera
Superior á los tiempos y al olvido.

Llora, Betina, llora,
Que la virtud se place
En mirarte llorar: no así afanado
Al sonreir la aurora
Suelto el ganado pace
La verde grama y el tomillo ansiado:
No asi la sávia en el fecundo prado
Al arbolillo nutre que apacible
Cubierta de verdor la sien ostenta,
Como regala, nutre y alimenta
Próvido el llanto al corazon sensible.

(Julio de 1832.)



Á ZARAGOZA.

Salud, pueblo santo, ciudad invencible,
Honor de los buenos, Augusta leal!
Salud, Zaragoza! tu nombre es terrible,
Tu prez sin segundo, tu saña fatal.
¡Oh, quién la alta lira pusiera en mi mano
Que á Píndaro dado le fué resonar!
Cantára yo el dia que al fiero tirano
La altiva cabeza supistes hollar.

Entonces fue cuando el Ibero y el Huerva
Alzaron por verte la mádida sien,
Y, en palmas de gloria trocada la yerba,
Te dieron cantando inmortal parabien.
No pude yo entonces mostrando mi brio
A par de tus hijos morir ó vencer:
La culpa es tan solo de vos, padre mio,
De vos, que tan tarde me disteis el ser.

En mísero cerco la gente estrechada,
El déspota impío vencerla creyó,
Y ya victorioso en su mente obcecada,
Los ojos al norte ambicioso tornó.
Mas ay! que la saña rompió furibunda
Del pecho irritado la estrecha prision,
Cual viento que brama en caverna profunda
Y estalla de pronto con hórrido son!

El pueblo furioso recuerda sus reyes
Vilmente engañados con dolo fatal,
Hollados por tierra su culto y sus leyes,
La patria vendida á coyunda y dogal.

Y tú, Dos de mayo, misérrimo dia,
¿Porqué tantas iras viniste á colmar?
Tú abriste á los galos la tumbra sombría
Tú el sol de Austerlitz conseguiste eclipsar.

Temblaron los viles, en manos iberas
Al ver en su daño el puñal relucir,
Y el pecho bañaron con lágrimas fieras,
Presagio de luto, de breve existir.
Oh gloria! el anciano, la vírgen hermosa
Las iras desprecian del fiero adalid:
Ser viuda no asusta á la mísera esposa
Si el caro consorte perece en la lid.

Las mechas ardían, los bronces sonaban
Ruïna sembrando y estrago mortal,
Y aquellos valientes el ruido escuchaban
Con menos asombro que el galo fatal.
Entonces fué oir la terrible, la densa,
La férvida lluvia de globos sonar;
Entonces fué ver por la atmósfera inmensa
Al rápido impulso edificios volar.

¿Qué són en la tierra jamas fué tan duro
Que al tuyo igualase, volado almacen?
¿Allá cuando el aura enlutó el humo oscuro,
Cunándose Augusta al inmenso vaiven?
Creyérais que el pueblo expiraba aquel dia
Cumplido su empeño y honroso deber:
Creyerais que infausta la nube sombría
El duro holocausto subía á ofrecer.

Mas ay! que encontrados los duros guerreros
En mina profunda, se aumenta el rencor!
Y matan y mueren, los tristes aceros
Sin tino girando entre sombra y horror.
Tal vez erró el golpe, y al barátro umbrío
El mísero amigo al amigo lanzó:
Y cáe, y conoce del golpe en el brio
Que fué brazo ibero quien muerte le dió.

Vosotros tambien á la lid campo disteis,
Oh templos sagrados y bellos sin par!
Y al duro cañon esparcir muerte visteis
Del ara á los claustros, del coro al altar.

El galo obstinado, obstinado el ibero
Mataban, morian con ánimo audaz,
Y todos en sangre bañando el acero
La casa insultaban del númen de paz.

Mas cesa: las heces del cáliz insano
¡Oh mísera Augusta! libar es ya ley.
¿A qué prolongar el combate inhumano?
¿A qué tus acentos de patria y de rey?
Da pasto á tus ojos: contempla la saña
Del hambre y la fiebre cercarte á la vez:
Ceder ya no es mengua: la mísera España
Te llama su gloria, su orgullo y su prez.

La fiebre te rinde, no el galo aminoso:
Tu inmenso destino cumplido esté ya:
Espiras, no cedes, oh pueblo glorioso!
Tu nombre en historias eterno será.
Salud, pueblo santo, ciudad invencible,
Honor de los buenos, Augusta leal!
Salud, Zaragoza! tu saña es terrible,
Tu prez sin segundo, tu nombre inmortal.

TRADUCCION LIBRE

de la Oda I. libro III. de Horacio.

Huyo y detesto la profana plebe.
¿Cuál sacrílego habló? Prestadme oido:
Que en mi inaudito canto,
Cual sacerdote de las musas bellas,
A niños y á doncellas
La voz dirijo de mi plectro santo.

Del temido monarca al poderío
Rinde homenage el súbdito: los reyes
Ríndenlo al que, de adustos
Gigantes rota la caterva aleve,
El universo mueve
Al arquear sus párpados augustos.

Sencillo el labrador ordena y planta
En largos sulcos las hermosas vides
Que otro despues hereda:
El rico prócer se pasea en tanto,
Y arrastra el largo manto
Por el campo marcial, ornado en seda.

A la soberbia y fausto del magnate
Opone el bueno sus costumbres puras
Y su virtud intacta:
Aquel empero le desdeña necio,
Y con feroz desprecio
De señor y de príncipe se jacta.

¡Arrogancia fatal! La muerte dura
Es la sola imparcial y justiciera.
Indiferente á todo
Movió la urna la terrible parca,
Y el pastor y el monarca
Ven sus nombres salir del mismo modo.

En vano de Dionisio en los festines
Rico manjar al paladar adula:
En vano aves y lira
Convidan á dormir al que asustado
Sobre sí desvainado
El cuchillo fatal pendiente mira.

El sueño bienhechor no se desdeña
De habitar la cabaña y techo humilde
Del honrado labriego:
Una ribera umbría es de su agrado,
Cual de Tesalia el prado,
Do gira el aura en bullicioso juego.

El que sabio preció la medianía
Jamas el mar hendió tempestüoso;
Ni tembló del Arturo
Al ver el triste ocaso, ni el oriente
De la cabra esplendente,
Trastornadores ¡ay! del éter puro.

¿ Temblará la virtud porque el granizo
Los viñedos devaste ? ¿ Habrá temores
Cuando el árbol se queja
De la inclemencia del invierno helado,
O del sol abrasado
Que, las lluvias negándole, se aleja ?

El hombre empero fascinado y necio
Se cansa del reposo, y vá á los campos
De cristal y de espuma
Con sus esclavos á lucrar: los peces
Se pasman, y mil veces
Maldicen al mortal que los abruma.

¡ Ciego ! ¿ podrá el Océano libralle
Del cruel torcedor que le persigue
Con vuelo arrebatado ?
En vano corre el animal guerrero:
Detrás del caballero
Monta á la grupa el velador cuidado.

¿Qué sirve de la Frigia el mármol puro,
La vid falerna, ó púrpura que escede
En esplendor al cielo?
Si me remuerde la fatal conciencia,
En vano con su esencia
La flor me brinda del persiano suelo.

¿Qué á mí los postes que la plebe envidia,
O á la moderna la soberbia mole
Del átrio en par abierto?
Estése pues el oro en el oriente,
Que á su brillo espléndente
Prefiero yo mis valles y mi huerto.

(Julio de 1830.)



LA PAZ DEL PECHO.

A un amigo.

¿Dónde mi pecho encontrará la calma,
La paz que anhelo tanto
Lanzada de mi alma?
¿Quién á mi pecho el apacible encanto
Volverá, dulce amigo, que otros dias
Tranquilo disfruté? ¿quién los rigores
Calmará de mi pena y mis dolores?

Perdí mi dulce bien, perdí mi gloria,
Y en perpetuo gemido
La fúnebre memoria
Solo me queda del placer perdido.
¿Y por qué tal rigor? ¿porqué si al pecho
La ventura gozar le es denegado,
El recuerdo del bien me brinda el hado?

¡Oh, cuánto la adoré! ¡cuántos amores
Le prodigué incesante!
Zagalas y pastores
Fueron testigos de mi pena amante:
Zagalas y pastores son ahora
Los que me ven en triste desvarío
Turbar sus fiestas con el llanto mio.

¿De qué le fuí deudor á la inhumana?
¿Qué gozo le debiera,
Qué tarde ó qué mañana
Que perfida ilusion al fin no fuera?
Cuando creía de sus bellos ojos
Merecer un activo, ardiente rayo,
Con languidez miraba y con desmayo

Ternura le pedia, y desdeñosa
Con el rigor se armaba:
Ansiábala celosa,
Y fria, inerte, indiferente estaba.
Tras un rigor vencido, otro mas fiero
Se holgaba en oponer: la ansiaba dura,
Y entonces me miraba con ternura.

¡Oh de amor femenil oscuro arcano!
¡Enigma incomprensible
Al corazon liviano!
Así tal vez el músico apacible
Demanda á la vihuela cariñosa
Plácido acento ó gemidor sonido,
Y con lúgubre són hiere su oido.

El astrónomo así pide á natura
El tenebroso velo
De luto y de tristura,
Por observar en el sombrío cielo
Del rayo asolador la ardiente lumbre;
Y dulce calma y plácida alegría
Reina en los campos que domina el dia.

Sucede á la esperanza el desengaño,
Pero sucede solo
Para aumentar mi daño:
El proceder ingrato, el triste dolo
Curar debieran mi funesta llaga,
Y el inhumano amor, un áspid hecho,
De mi sangre se nutre y de mi pecho.

Caro Isidoro, si tu dicha es tanta
Que evitaste el abismo
Que abrió bajo mi planta
El amor ó la muerte, que es lo mismo;
¡Oh cuál eres feliz! tus bellos dias
Se deslizan cual límpido arroyuelo
Do tranquilo su azul refleja el cielo.

Que no consiste, no, la paz ansiada
En despreciar el oro,
O la ambicion dorada,
O las furias del mar, caro Isidoro:
En vano la virtud y la inocencia
Y la justicia habitarán tu techo,
Si entretanto el amor hierve en tu pecho.

La vejez no consiste en la edad.

Alegre ries, indiscreto Fábio,
Porque te ves en juventud florida,
Y avisas de su próxima caida
Al anciano infeliz con necio labio.

No, amigo, no así pienses: el que sábio
Tasó el agua á la mar embravecida,
Tambien con tasa te prestó la vida,
Y en quererle tent ar le haces agravio.

No es viejo quien las bóvedas del cielo
Cien veces vió rodar, sino el que advierte
Mas proxima á venir la parca fiera:

Ese anciano que corvo mira al suelo
Puede vivir un dia: á tí por suerte
Solo una hora ¡ay mísero! te espera.



A LA REINA NUESTRA SEÑORA,

PRESENTANDOLE UN EJEMPLAR

de

EL CONDE DON JULIAN.

Ese drama, SEÑORA,
Escrito en desagravio
Del pueblo que os adora,
Una sonrisa implora
De vuestro augusto labio.

Sin primor ni artificio,
Habla tal vez bastante
Al corazon y al juicio:
No le negueis propicio
El celestial semblante.

La nacion es su objeto,
La sociedad su norma,
La muger su secreto;
Es al sofisma un reto,
Y un paso á la reforma.



A LA AUGUSTA

REINA GOBERNADORA

PRESENTÁNDOLE OTRO EJEMPLAR.

Once siglos ha hecho
Que el trono augusto dó sentada os miro
Por la mora traicion cayó deshecho:
Guadalete en su lecho
Sangriento rebosó con raudo giro.

Once siglos, SEÑORA,
Hace tambien que España contemplaba
Una Reina sensible y bienhechora,
Cual vos lo sois ahora,
Que la Reina Egilona se llamaba.

Negra calumnia impía
Su nombre baldonó y el nombre hispano:
Yo, SEÑORA, templé la lira mia;
Que sufrir no podía
Mancillado su honor y el castellano.

Y de virtudes llena,
Y en pobre verso, mas leal, cantada,
La Reina augusta presenté en la escena:
Zaragoza, que es buena,
Llorando saludó la sombra amada.

Y saludó así mismo
Grandes do quiera en la fatal derrota,
A los hijos de Iberia en su heroismo:
Defectos sin guarismo
Puede el drama tener... pero es patriota.

Recibid indulgente
Con rostro afable mi primer ensayo;
Y acaso un dia á celebrar me aliente
Las Reinas de Occidente
Que median entre vos y el gran Pelayo.

Reinas que el orbe admira,
Reinas que orgullo de la España fueron,
Y en cuanto Febo con su lumbre gira
A fatigar la lira
En la escena del mundo aparecieron.

De Isabel la memoria
Materia eterna prestará al sonido:
Isabel es tan grande en nuestra historia
Que oscurece la gloria
De cuantos Reyes en la tierra han sido.

Tal vez un dia intente
Narrar sus hechos á la excelsa Nieta,
De la Abuela inmortal no diferente:
Tal vez cuando los cuente
La patria de Isabel tenga un poeta.

Y acaso cante alguna,
Por mas que ofenda su modestia hermosa,
Que el lauro y prez de las demas reuna,
Ostentándose á una
Reina, artista, muger, madre y esposa.

LA INMORTALIDAD.

Vana credulidad! necios humanos!
Inmortales se creen. ¿Quién lo asegura?
La vil supersticion y la impostura,
Sosten del fanatismo y los tiranos.

Pues qué! ¿no ven al bruto los insanos
En semejanza igual y en estructura?
¿No tiene el bruto fin? ¿pues qué locura
Supone eternos á los hombres vanos?—

Asi dijera un sábio, y roto el velo
De la ilusion que al hombre fascinaba,
Su triunfo proclamó filosofía.

¡Maldiga al sabio y á su ciencia el suelo!
Sino era error... ¿por qué nos lo quitaba?
Si era error... venturosos nos hacía!

A LA APARICION

DEL CÓLERA ASIATICO EN LA PENINSULA.

Cuando del hondo seno
Responde con bramido el mar hinchado
Al terrible fragor con que ha estallado
En la apretada nube el ronco trueno:
Cuando espantoso por el bosque ameno
Se lanza el huracan, galas y alfombra
Talando á la pradera,
Y tronchando con suerte lastimera
El árbol destinado á darnos sombra:
Cuando al nogal añoso

Que perdonó del viento la ira brava
Con ímpetu furioso
Desciende el rayo odioso
Que durmiendo en la nube antes estaba:
Suena turbado el bosque; conmovida
La tierra se estremece;
Pára sus aguas espantado el rio;
La natura fallece;
Y entre el horror sombrío
Del bosque encapotado, el árbol solo
Envía triste luz, y arde, y humea...
¡Omnipotente Dios! ¿quién que esto vea,
De tu poder sin fin, de tu valiente,
De tu sagrada diestra omnipotente
No forma justa idea?

Mas ay! que el hondo espanto
Nuestra mente ofuscó: la lumbre vimos
De tu espada flamígera, y caimos
Pálidos, oprimidos de quebranto,
Sin poder confesar tu nombre santo.
¡Señor! ¿á qué tu saña? si es que quieres
De tu robusta diestra

Hacer al mundo poderosa muestra,
¿ A qué irritarte con tus tristes seres?
¿ Necesita el labriego
El rayo asolador ver en tu mano
Ardiendo en vivo fuego,
O que de furia ciego
Caiga el granizo sobre el verde llano,
Para saber que el pan que le sustenta
De tí, buen Dios, le viene?
¿ Te alaba acaso el enojoso invierno
Con su yelo perene
Mas que el sonriso tierno
Del floreciente abril y primavera?
¿ No es obra de tus manos la hermosura
Y el velo con que ornaste al alba pura?
¿ O será que por suerte allá tan solo
Te ostentes bueno, do se adorna el polo
De nieve inerte y dura?

Tu cólera divina,
Tu cólera, Señor, se ha desatado,
Y al planeta en tus iras abortado
Anuncias ya su postrimer ruina.

Intolerancia, desunion mezquina,
Rencor, discordia y míseras pasiones
Salieron del profundo
Con saña horrenda á fatigar el mundo:
Agitáronse en bandos las naciones,
Silbaron los puñales,
Corrió la sangre al mar... ¡oh desgraciados
Oh míseros mortales!
Del reino de los males
¿Por qué ensanchais los límites vedados?
¿No le bastaba al rio de la vida
Su curso presuroso,
Que el caro amigo, el indefenso hermano
Sucumbe al hierro odioso?
No en vano ¡ay Dios! no en vano
El rostro de Jehová se enciende en ira
Y en ominoso fuego centelléa:
No en vano el rayo vengador huméa.
¿Siempre desolacion? ¿siempre odio infando?
¿Siempre sangre y horror? No; yo lo mando:
La paz al mundo sea.

Dice el Señor; y tiende
La paz eterna del sepulcro frio
Su vuelo só la tierra: en gas impío
La inficionada atmósfera se enciende,
Y allá donde la nube el aire hiende
La muerte rie sobre el hombre alzada.
Sin rencor y sin ira
El enemigo al enemigo mira.
Tiende el padre la diestra desarmada
Al hijo seducido
Que de su cuello en lágrimas bañado
Lamenta suspendido;
Y cae, y su gemido
No es ya el anhelo de morir vengado.
La vírgen vuela á embellecer los dias
Del prometido esposo
En tálamo mejor: fiero en la tierra
Un bando rencoroso
Con otro estaba en guerra,
Y la anhelada union les prohibía:
Pero descarga Dios su brazo fuerte,
Y nueva gloria y diferente suerte
Sonriendo á los dos al golpe rudo,

El tálamo que amor darles nò pudo
Les prepara la muerte.

Tembló, tembló el guerrero
Que con su brazo auxilio á dar venía
A su mísera patria: allí creía
Bañar en sangre el asesino acero,
Saltar el muro, el estandarte fiero
Al viento desplegar... ¡intento vano!
Cayó la patria triste:
La patria era un partido que no existe. —
Y tú, vil fanatismo, que al humano
Encadenaste iluso,
¿Cómo yaces tambien? ¿cómo está roto
Tu cetro ya sin uso?
¿Quién fué, quién fué el que puso
A tu inmenso poder último coto?
De las pasiones el terrible fuego
Fiero atizar supiste,
Y ansiando impío dominar el mundo,
El mundo dividiste:
Al grito furibundo
Seducidos los pueblos de la tierra

Los santos lazos de amistad rompiéron,
Y el puñal y la tea apercibieron:
Pero el Señor conserva las naciones,
Y á mandar el silencio á las pasiones
Sus ángeles vinieron.

¡Oh paz apetecida
Solo en el centro de la tumba hallada!
¿Por qué temer la muerte? ¿la irritada
Furia del brazo que á gozar convida?
Mas ay! que la natura estremecida
Paz diferente al vengador del crímen
Gimiendo ha demandado.
¿No oís el grito universal lanzado
Por las infaustas víctimas que gimen?
De Europa la agonía
Responde al eco y mísero gemido
Que el Asia al cielo envía;
¡Asia, que aromas cria,
Y embalsamar sus auras no ha podido!!!
A los siervos del nórte, á los tiranos
Del ecuador y el polo,
Los libres de París yertos suceden.

¡Oh Pirene! tú solo,
Tus cimas solo pueden
A España proteger. Angel de España,
Salud! el ruego conmovió tu oido;
El paso pirenal has defendido.
¿Mas qué nuevo clamor los aires llena?
¿Oís, oís de América cual suena
El llanto dolorido?

Gemid con ella, hispanos,
Que no bastó la expiacion pasada:
Si América sucumbe al mal postrada,
¿Qué esperan los que fueron sus tiranos?
Fieros atasteis virginales manos
Que nunca os ofendieron,
Y triste yugo y funeral coyunda,
Y horrible plaga en crimenes fecunda
Sus inocentes hijos os debieron.
¡Oh, nunca la ribera,
Colon infausto, de region ignota
A tus ojos riera!
¡Nunca de allá volviera
Rica de maldicion tu pobre flota!

Que ya de entonces mas, fábula triste
A la gente hemos sido:
Derrocóse el poder, cayó deshecho
El cetro esclarecido;
Y el mundo antes estrecho
A la hispana ambicion, el mundo todo
De su terrible espada amenazado,
Nuestro baldon con júbilo ha cantado.
Merced al fiero mar que no la absorve,
La península sola en todo el orbe
Dejarnos plugo al hado.

La península sola,
Que al fin herida por su brazo mismo
Sima funesta se abrirá al abismo.
¡Qué horror! airada cual del mar la ola
Sobre la gente mísera española
La discordia se alzára: y de él y de ella
La furia asemejando,
Que ó bien pasar sus límites bramando
Cura en la playa donde al fin se estrella,
O bien la horrenda saña
Contra sí mismo en lo interior convierte

Con insolencia estraña;
Así la triste España
Cansada de lidiar se dá la muerte.
Allí resuena el nombre sacrosanto
De libertad: el eco
Allá de religion ¡pretesto impío!
Repite el monte hueco:
Y en tanto desvarío,
Y en tanta asolacion, cuando á la Iberia
Menos adusto el cielo sonreía;
Cuando al nombre de paz y de amnistía
Se unian los hispanos corazones;
¡Alza de nuevo enseñas y pendones
Intolerancia impía!

Tened, tened, insanos:
¿Qué feroz genio á perecer os lleva?
¿Qué númen infernal, cual furia nueva
El lazo rompe que nos hizo hermanos?
¿Se alzará entre puñales inhumanos
El trono de esa huérfana inocente
Que la matanza llora?
Parad, retroceded: devastadora

Harto discordia levantó la frente.
¿No veis la Europa entera
Aplaudir vuestra furia, señalando
La presa que le espera?
¿No la mirais artera
Vuestras ricas provincias sorteando?
Ciegos! volved en vos: volved las armas
Contra el tirano impío
Que os quiere devorar, todos á una.
Suceda al desvarío
En sazon oportuna
La concordia y la paz: tres siglos hace
Que, amigas ó enemigas, cien naciones
Atizan vuestras míseras pasiones
Para echaros encima el pié sañudo:
Sea la union el sacrosanto escudo
Que abata sus pendones.

¡Harto presto la muerte
Llegará sobre vos, sin que la llame
La discordia civil, el hierro infame!
¿No la veis insaciable el cuello inerte
De los vuestros segar? Mas nada advierte

Una vez ciego el corazon humano:
Las lecciones del cielo
Perdidas son para el infausto suelo:
Patria, muertes, horror, todo es en vano.
Cuando la parca fiera
Con todos los humanos acabára,
Acaso el bien riera:
Dos tan solo que hubiera,
El uno sobre el otro se lanzára.
¿Por qué pues, santo Dios, has evocado
La dolencia sañuda
Que yerma inútilmente el universo,
Y el corazon no muda?
Perdon! yo tan perverso
Que niegue tu poder jamas he sido:
Pero al ver que la muerte el mundo allana,
Y que la guerra á su furor se hermana,
No tanto veo tu furor terrible,
Cuanto el cuadro espantoso, inconcebible
De la demencia humana.

(Agosto de 1834.)

EN LA MUERTE

DE

D. FRANCISCO MARTINEZ MARINA.

I.

Genio del tiempo, tú que en planchas de oro
Los hechos grabas de la patria mia,
Y el cargo santo recibiste un dia
De eternizar su lustre y su decoro.

Así del mar de Islandia al mar del moro
Altares se te eleven á porfía,
Que cuanto á España deshonrar podría
Calles, Genio inmortal, y su desdoro.

Y cuando de Marina en las historias
El grande nombre que nos honra tanto
A la futura edad dejes escrito;

Lanza al olvido fúnebres memorias:
No digas de Marina, ó Genio santo,
Que murió en Aragon pobre y proscrito.

II.

Venid conmigo, oh jóvenes, al lecho
Del venerable y moribundo anciano:
Venid, cercadle: en su dolor insano
Aun late por la patria el débil pecho.

Presto será que el atahud estrecho
Nos le oculte por siempre: el lloro en vano
Demandará la víctima al tirano
Sepulcro, sordo á los clamores hecho.

¡Ah, que fallece el sabio! contempladle:
Yerto cadáver es: la tumba fria
Su infanda proscripcion ha terminado.

Oh jóvenes! sed sábios, imitadle,
Patriotismo tened: la patria mia
Con el premio os convida que á él le ha dado.



A E. P.

CUANDO CANTÓ POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE ZARAGOZA LA ÓPERA TITULADA

LA ESCLAVA EN BAGDAD,

MUSICA DEL MAESTRO PACINI.

¿Es verdad? ¿es verdad? ¿Tanto ha podido
El don de la armonía
En mi apenado corazon ? ¿ á tanto
La voz alcanza del celeste canto ?

¡Oh mágica beldad! ¡oh de mi pecho
Constante vencedora,
Hermosura feliz, gloria del hombre
Que de tu pecho la clemencia implora!
¿Nunca, diosa de amor, nunca en la lucha
Vencida has de quedar? ¿siempre en enojos
Has de encender la guerra
Del mísero mortal? ¿siempre en la tierra
Será mas fuerte ley la de tus ojos?

Ah! vanamente el corazon humano
Quiso negarse al atractivo amante
Que sabes inspirar: el pecho en vano
Con bronce y con diamante
Se amuralló constante;
Que tu riendo del intento vano,
Y de tus gracias conociendo el precio,
Seductora, halagüeña,
Al indomable amor haciendo seña
A la árdua lid nos llamas con desprecio.
¿Qué hará entonces el hombre, el hombre necio,
Por mas que ostente corazon de peña?
Huye tu encuentro y vencedora vista

Cual avecilla el hálito que insana
La serpiente cruel astuta vierte
Para hacerla su presa y sus despojos:
¡Pero vano afanar! ¿serán los ojos
Los que solo al mortal le dan la muerte?

Quedóle á la beldad voz todavía,
Voz que avasalla, rinde y enamora,
Voz fácil y sonora
Que amor, desvelo y perdicion envia.
¡Omnipotente Dios! ¿y el alma mia
No soñó por ventura oyendo el canto?
¿Tal magia tiene su celeste giro?
¿Tanto puede un suspiro,
Tanto un meloso hablar, un flébil llanto?

Tú lo puedes decir, tú solamente,
Eufemia celestial; tú de las musas
Solicitud riente;
Tú de la hermosa Iberia hermosa gloria,
Digna de lauro y eternal memoria
Que suene sin cesar de gente en gente.
¿Cuándo fué tan potente
El imperio de amor, ó cuando pudo

Tan hondamente herir su dardo agudo,
Como el dia feliz en que saliste
Al teatro de Augusta denodada,
De los genios del bien solo seguida,
Y de alta gloria y de beldad cercada?

¡Oh Pacini inmortal! ¡oh grata gloria
Del hermoso pais que te dió vida!
Ciñe en buen hora tu sublime frente
Con la corona de laurel y mirto
Que tienes merecida:
Envanécete, oh genio, al ver tu canto
Enérgico y valiente
Al fuerte dar valor y al flaco espanto:
Envanécete al ver el dulce llanto
Con que la vírgen cándida, inocente
Baña su rostro celestial, oyendo
Las ansias del amor que irresistible
Aprendiste á espresar: tu grande nombre
Envanécete al ver puesto en la historia:
Pero sabe tambien que á tu memoria
Eufemia corta el lauro mas brillante,
Y tener tal artista que te cante

Es tu timbre mejor, tu mayor gloria.

Vuelve la faz, y mira por la escena
A Eufemia discurrír: mira en sus ojos
Pintada la inquietud, la amante pena,
El tímido rubor y el ansía ardiente:
En su pecho inocente
Vé cual late el amor, y cual palpita
Su corazon inquieto y conmovido.
¿Fué suspiro el que dió? Suspiro ha sido,
Presagio de cantar: el manso viento
De las alas suspende el movimiento
Por no turbar su canto y su gemido.

¡Oh júbilo, oh placer! Alza la hermosa
La voz que el ángel envidiarle pudo
Sensible y deliciosa,
Mientras la turba ansiosa
Muestra su pasmo en su silencio mudo.
Canta la bella: á su trinar sonoro
Cede el concento que las aves forman
En melodioso coro.
El mustio espectador la pena olvida

Que antes de oir á la sensible esclava
El corazon le ahogaba ;
Y se alienta á su voz , y ama la vida.

¿Y no me engaña la ilusion? ¿y es cierto
Lo que mis ojos ven ? Todas las almas
Oirla solo y admirarla anhelan ,
Mientras ardientes los aplausos vuelan
Entre el sonoro estrépito de palmas.
Eufemia ruborosa
Al oirlas sonar , el rostro inclina
Con blanda timidez ; de amor los genios
La llevan de la mano : ella camina
Con medroso afanar , y donde imprime
La poderosa planta ,
Ansioso de adornar la sien sublime
Un lauro y otro lauro se levanta.
Mas ay ! que luego de agonía gime ,
Y en triste lloro el corazon se anega ,
Porque el Califa á lento paso llega ,
Y do tiranos hay á amor se oprime.

Vedla, vedla vagar por el teatro
La vista huyendo del Califa adusto
Que embebecido, estático la adora.
¡Desventurada Zora!
¿Acudirás por suerte al lloro justo
Para moverle á compasion? ¿no adviertes
Que cuando rompes en amargo llanto
Tu crüel opresor te ama otro tanto,
Por ser mas bella ¡ay Dios! cuando lo viertes?

Cede, pues, cede á su tenaz porfia,
Muger desventurada:
Cede, y cubra el olvido en noche fria
Del que está ausente la memoria amada.
¡Yo olvidarle gran Dios! ¡yo tan malvada
Que muestre ingratitud á quien me adora!
Pues qué! ¿me harán á mi Nadir traidora
Los beneficios á que estoy ligada?

Esto responde en su silencio Zora.—
¡Inútil afanar! Sensibles pechos,
Vosotros que estais hechos
Al contratiempo y la desgracia impía,

Vedla al salon magnífico cual llega
Mústia, cual rosa sin sazon cortada,
A dar su mano al bárbaro obligada;
Pero esperad tambien, y de su amante
Alentad viendo el atrevido empeño;
Que no pudiendo soportar su suerte,
Zora! le grita, y ella al grito advierte
En el esclavo vil su dulce dueño.

Entonces gime la infeliz, entonces
El desgraciado amante
De fiera incertidumbre rodeado
Trémulo tiembla: absorto y asustado
El Califa arrogante
Tiembla tambien... y en uniforme coro
Todos á un tiempo su pasion espresan.
¡Gran Dios! ¿y tanto el músico sonoro
Puede alcanzar? La furia rencorosa,
El desgraciado amor, el triste miedo,
La agonía letal, el parasismo,
Todo á un tiempo lo espresa el dulce canto,
Y ternura y piedad y amor y espanto
Combaten mi interior á un tiempo mismo.

¿Qué hará entonces la triste? ¡Incertidumbre
Ponzoñosa y cruel! ¿cómo su pecho
Será bastante á resistir?....—Alzado
Segunda vez empero el velo oscuro
Que poco antes cayera, el nudo estrecho
Que á mi garganta atado
Salida apenas al aliento daba,
A deshacerse empieza.
Sale Zora otra vez, propicia al ruego
De nuestra voz amante,
Mientras de gratitud llanto abundante
Nuestra faz baña en delicioso riego.

Su sonorosa voz, árbitra entera
De la estendida esfera,
La region de los céfiros festivos
Empieza á recorrer tímida y débil:
Ora rauda, ora flébil,
Su imperio ostenta poderoso y blando:
Ora al grato favonio asemejando
Cuando la mies doblega,
Apenas suena porque apenas sube:
Ora vierte riquísima armonía

Emulando al querube:
Ora asemeja bienhechora nube
Que á torrentes la lluvia al suelo envía.

Así mi adoracion, así mi llanto
Corren en pos de tí, celeste Eufemia,
Digno tributo á tu sublime canto.
¡Oh Dios! Pues tanto y tanto
Poderosa es tu voz que al furibundo
Marte arrebata la sangrienta espada,
Y el rayo quita de la mano airada
Al irritado Jove contra el mundo:
Y pues que al mar profundo
Puedes parar el raúdo movimiento,
Mover el bosque, suspender el viento,
Y al astro donde el dia se desprende
La alegre luz robar... ¡Eufemia! atiende,
Atiende por piedad mi triste acento.

Tiende los ojos por la infanda tierra
Donde el genio del mal vertió su copa:
Mira la triste Europa
Ardiendo toda en sedicion y en guerra.

Sé tú su genio tutelar; levanta,
Sublime Eufemia, el atrevido vuelo,
Y á la apacible voz que nos encanta
Quede la tierra convertida en cielo.
¿Podrá á tu grato anhelo
Fiera discordia resistir? ¿pudieran
Esos hombres atroces
Que á inevitable lid corren feroces,
Resistir á tu voz, si ellos la oyeran?
No es posible, gran Dios! no: que tu canto
Se eleve al cielo santo,
Y huya el fiero rencor y el odio eterno,
Acompañados del pavor y espanto,
A los lóbregos senos del averno.
Huyan: y al lado del laurel y el mirto
Con que Apolo y Amor ornan tu frente,
Crezca tambien, oh ninfa poderosa,
La oliva venturosa,
La dulce oliva de la paz clemente.

(1831.)

AMOR Y DESDEN.

SONETOS.

I?

Tiende la noche su enlutado velo,
Mientras la luz del sol mi pecho implora:
Ay! y tal vez la sonrosada aurora
Vendrá á aumentar mis lágrimas y duelo.

Un plazo, un plazo á mi amoroso anhelo
Señaló la muger que el alma adora:
Y el término ya espira, y ella ahora
Mi muerte ha decidido ó mi consuelo.

¡Oh sol! ¡oh fuente de esperanza y vida!
El mas feliz ó desdichado humano
Seré mañana al despuntar tu lumbre.

¿Anhelaré tu rápida venida?
¿Maldeciré despues tu rayo insano?
¡Oh triste, oh congojosa incertidumbre!

II.

Oro te ofrece mi rival terrible,
Incapaz de querer su pecho inerte;
Que si debió riquezas á la suerte,
En igual proporcion nació insensible.

Yo, rico solo en fuego inestinguible,
Mi solo corazon puedo ofrecerte;
Y un corazon que vive de quererte,
Al fausto y la riqueza es preferible.

Es preferible, sí; que no podría
El oro universal comprar tu pecho;
Ni aun á tenerlo yo, le compraría.

Unámonos, mi bien! y en tal estrecho,
No seré pobre si la selva umbría
Hojas me presta para darte un lecho.

III.

Pendiente de su labio está mi vida,
Y ella entretanto, ingrata á mis amores,
Esa vida me niega en sus rigores
Ya debilmente á mi existencia asida.

¡Oh funesta muger! ¡oh fementida!
¿Porqué fiereza tal? ¿porqué traidores
Me han de negar tus ojos vencedores
La última gracia que mi amor les pida?

Si en ver mi muerte te complaces fiera,
No ya la vida anhelo, imploro solo
Que aplaques el rigor de tu desvio:

Díme que me amas una vez siquiera,
Dímelo ¡ingrata! aun con ficcion y dolo,
Y me verás morir del gozo mio.

IV.

Por mas que ingrata á mi cariño seas
Y dividas mi amor con cien rivales:
Por mas que á los inertes pedernales
Venzas, fiera, en rigor cuando esto leas:

Por mas que altiva, inexorable creas
Tanto aumentar mis ansias inmortales
Que á esceder lleguen los eternos males
Que el orco ofrece y sus horribles deas:

Robarme no podrás el gozo puro
Que en medio del rigor mi pecho siente,
Pues no puedes negar que me has querido:

Podrá tu corazon mostrarse duro,
Mas no me quitará, tenlo presente,
La gloria ¡ay Dios! de haberte merecido.

V.

En vano, oh de noviembre opaco día,
Velado en niebla apareciste al mundo;
En vano con tu horror triste y profundo
Presagiabas doblar la pena mia:

En vano el cierzo silbador batía
Sus alas tormentosas furibundo;
En vano tibio el sol y moribundo
Mi dolor desde ocaso predecía.

Vino la noche en pos, y aquella ingrata
Que tan injusta se mostró conmigo,
Trocó sus iras en amante esceso.

La luna hermosa alzó la sien de plata
A presenciar mi triunfo, à ser testigo
De mi primer abrazo y primer beso.

A MI AMIGO

DON J. G.

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

DOÑA P. DE Q.

Llora, llora, Josef: nunca tus ojos
Podràn verter tan abundoso llanto
Que digno sea de la tierna esposa
Pura, leal, hermosa,
Que tanto amabas, y te amaba tanto.
Si el mundo te reprende

Porque te vé llorar, yo diré al mundo
Que ni penetra tu dolor profundo,
Ni tu sensible pérdida comprende.
Yo la comprendo, y lloraré contigo!
Luis, Javier y Mariano...
La madre de Pilar... ¡oh dulce amigo!
Quien no llore con ellos y conmigo,
Ni à Pilar conoció, ni fué su hermano.

Lastimado tu pecho
El momento ¡oh dolor! recuerda ahora
En que la viste por la vez primera.
Bello lustro de amor, ay! ¿qué te has hecho?
¿Dónde está la beldad encantadora
Que el placer de vivir probar te hiciera?
¿Dónde la compañera
Que en la mesa, en el lecho
Tu Dios, tu gloria, tu universo era?

Inhumana la suerte
Quiso hacerte infeliz: lo ha conseguido:
Ella tu triste corazon ha herido,
Y herido está de muerte.

Si Pilar à lo menos
Un fruto de su amor dejado hubiera
Que su retrato fuera!
Si una prenda tal vez, como su madre
Regalada y hermosa,
Te apellidàra padre
Con su lengua graciosa!
Ella el inmenso horror minoraría
De tu funesta pena,
Y menos triste tu viudez haría,
Y el vacío espantoso llenaría
Que despues de Pilar ninguno llena.

Pero el destino te negó el consuelo
De mitigar tus males inhumanos,
Y lo negó tambien á tus hermanos,
Y lo negó á tu madre! El alto cielo
Retratado á tu bien dejar no quiso:
Era, ¡ay de mí! preciso
El cáliz apurar del desconsuelo.

Llora, pues, llora: tu sangrienta llaga
Mas bálsamo no tiene

Que tu mismo dolor. El que insensible
Al mirarte llorar no te acompañe,
No es tu amigo leal; es imposible:
El que moteja tu dolor, es malo:
El hombre que no llora
Es un mónstruo, Josef: el universo
Le mira con horror: ser insensible
Es poco menos que nacer perverso.

¿Cómo culparte pues? Pero mi labio
A preguntar se atreve
En tu justo dolor... ¿has aprendido
La ciencia augusta de llorar? Perdona:
Si apeteces morir, nada has sabido.

¡Pues qué! ¿te cebarías
De tal manera en tu dolor profundo
Que anhelando no ser, la tumba sola
Tu delicia y placer fuese en el mundo?
¿Consistirá la ciencia
De llorar á tu esposa idolatrada
En minar poco á poco tu existencia
Y esquivar el dolor? Su sombra amada

Tiene derecho á conservar el plazo
De tu vida infeliz: robarle un dia
Es negarle las lágrimas que puedes
Verter en ese dia:
Acortar un momento, un solo instante
De tu vida ominosa,
Es negar á tu esposa
El suspiro leal de un solo instante,
Es negarle un dolor... no es otra cosa.
Quien su existencia terminar anhela
O carece de fé, ó es un cobarde
Que á la voz del gemido se rebela.

Vive, pues, para el lloro; llora, amigo,
Para poder vivir: si no lloráras
Morirías tambien, y otros contigo.
Cébate en la memoria
De tu esposa leal; mas no sus gracias
Ni su dulce beldad el solo objeto
De tus recuerdos sean;
Ni el sol divino que alumbró diez años
Tu himeneo y tu amor: no el lustro hermoso
Que fuiste amante para ser esposo:

No las tiernas caricias
Que de tu vida hicieron
Un venero de gloria y de delicias...
Pensar en esto solo
Fuera pensar en tu divina esposa
Como se piensa en la azucena hermosa
O en cualquier otra flor: Pilar ha sido
Algo mas que una flor, mas que una rosa:
Pilar fue un ángel para el bien nacido.

¿Te enternece mi voz? ¿sientes ahora
El inefable encanto
De pensar en tu bien? Ya de tus ojos
El ferviente raudal se para un tanto:
Ya el lloro no es dolor: desconocida
Sensacion de tu pecho se apodera,
Sublime sensacion de pena y gozo,
Pensamiento á la vez dulce y amargo
Que te envía el dolor, y sin embargo
De ventura te llena y de alborozo.

Aquella hermosa que feliz te hacía,
Y su Dios y su gloria te llamaba,

Era un alma de amor que al pobre vía
Y como á tí le amaba,
Y un rival en el mísero te daba,
Y tu pecho tal vez no lo sabía.
¡Oh, cuantas veces al mirarla triste
Despues de breve ausencia,
Que era por tí creiste,
Y el suspiro infeliz que acaso oiste
Era solo un recuerdo á la indigencia!
¡Cuántas veces su labio
Te sonrió leal, y envanecido
Como signo de amor lo interpretabas,
Y la tierna sonrisa que mirabas
Decia un infeliz ya socorrido!—
¡Oh muger celestial! mi plectro de oro
Tu hermoso corazon dirá á la gente;
Y acataré tu sombra, y reverente
Lloraré de placer y de alegría.—
Su caridad ardiente
Ni la supiste tú cuando vivía,
Ni la supo tampoco el indigente
Que la oculta limosna recibía.

¿Y el patriotismo hermoso
Que llenaba aquel pecho
Por la virtud y por las gracias hecho?
¡Oh de marzo inmortal dia glorioso!
¡Oh jornada sublime
En que el abrir los ojos
Fue la patria salvar! Tu solamente
Dirás quien fue la hermosa
Que oyendo el grito desleal, valiente
Saltó del lecho en noche tenebrosa.
No era ya una muger, era una diosa,
Era el Arcángel tutelar de Augusta
Que sus valientes hijos despertaba,
Y al tiro aleve descubierto el pecho,
Hasta su mismo lecho
La voz de alarma y libertad llevaba.
Tal del mundo en el dia postrimero
El ángel del Señor vendrá á la tierra,
Y con eco inmortal, tremendo y fuerte
Arrancará á la muerte
Yertos despojos que la tumba encierra.

Piensa en esto, Josef, piensa en tu esposa
Grande y sublime; y en el punto mismo
Descenderá á tu pecho el heroismo,
Y la vida amarás, bien que ominosa.
Si lo dudas aún, mide, compara
La flaqueza anterior que te abatía
Con la santa alegría
Que ora te infunde su memoria cara.
El que su esposo ha sido,
Indigno fuera de tener tal nombre,
Mostrándose apocado y abatido.

Piensa en morir, y ofenderás su sombra:
Entrégate al dolor mas de lo justo,
Y cobarde serás: acusa al cielo,
Y al que la premia insultarás adusto.

¡Pues qué! ¿será que la funesta duda
De tu mente cruel apoderada
Pueda mas que la fé? Fieros los libros
Que escribió la impiedad no enseñan nada,
Sino á ser infeliz. El pensamiento
Que al corazon resiste

Es un sofisma descarnado y triste:
No hay verdad si la niega el sentimiento.
Un suspiro, un latido, un movimiento
Del leal corazon, siempre infinito,
Prueban y dicen mas con un acento
Que cuantos libros el orgullo ha escrito.

Oye pues el acento, escucha el grito
Que lanza el corazon... *un Dios existe*
Que premia la virtud.. ¡Oh bienhechora,
¡Oh voz consoladora
Para el hombre de bien! ¿quién te resiste?
Tú de Pilar llenabas
De heroismo y virtud el santo pecho:
Tú su celeste caridad probabas:
Tú la conformidad que á ella le dabas
Darás al hombre que durmió en su lecho.

¡Valor, amigo! Tu divina esposa
El ejemplo te dió. Cuando la viste
En tus brazos morir, ¿notaste acaso
Apocamiento en ella?
¿Oiste una querella,

Un solo acento de valor escaso?
¿Fué espresion de amargura
Y de luto y pavor su último aliento,
O espresion de contento,
Resignacion y fé sublime y pura?

Su espíritu divino
El vuelo santo á la region tendía
Dó la verás un dia
Cuando cumplas como ella tu destino.
No preguntes al cielo
Por qué te la robó: no le preguntes
Por qué de su cariño
No te dejó una prenda... ¿Quién sería
La madre de ese niño
Que aflige sin piedad tu fantasía?
Piensa tan solo en imitarla; piensa
En que fuiste su esposo
Para volverlo á ser: esa esperanza
Llene tu pecho de alegría inmensa.—

Disipad del dolor la nube densa,
Madre y hermanos de mi amigo! Un dia
La pena aguda que os aflige impía
Merecerá á Pilar en recompensa.

(13 de abril de 1839.)

EL ARBOL:

POEMITA CLASICO-ROMANTICO,

Ó DEL GÉNERO MEDIO,

DEDICADO A MI AMIGO

DON CAYETANO BALSEYRO.

I.

¿No le veis? ¿no le veis? Lleno de pompa,
De lozanía y gala,
Ninguno de los árboles le iguala.
Sonora el aura con fecundo vuelo
En sus hojas se mece,
Y él entretanto gigantesco crece
A la márgen del próvido arroyuelo.

Salud, Arbol gentil, hijo querido
De la naturaleza,
Fuente de vida y de salud! Belleza,
Verdor; fragancia, robustez, frescura...
Todo, todo lo tienes:
Hasta el don de hacer bien orna tus sienes
Cubiertas de follage y de hermosura.

A nadie hiciste mal. Gira las ondas
El pez, y de otros peces
Se alimenta voraz: el hombre á veces
Para matar y destruir nacido
Injusto se imagina:
El ave misma que inocente trina
El campo tala al labrador perdido.

Tú solo ignoras el placer funesto
Que á los seres ordena
Felices ser en la desdicha agena:
Tú las leyes del bien solo obedeces,
Y en seguirlas te places:
Tú eres el solo que inculpable naces;
Tú eres el solo que inculpable creces.

Si al agua robas el humor, al agua
Humor le solicitas
Cuando la nube llovedora excìtas:
Venero de salud tu fértil seno,
Si le merece al aura
El hálito feliz que lo restaura,
Tambien le quita su mortal veneno.

Aun los ingratos que te ultrajan prueban
Tu proteccion: insano
Tal vez el hombre, en su furor tirano
De guerra y destruccion, el hierro indino
En tu contra levanta;
Y mientras hiere bárbaro tu planta,
Cobijas con tu sombra á tu asesino.

II.

Díme, díme, Arbol gentil,
¿Dónde encontrar podré yo,
Para darle gracias mil,
Al hombre que te plantó?

Dímelo, dime quien es,
Que quiero besar su mano,
La mano por quien te ves
Erguido en aqueste llano.

Hombre de bien habrá sido
El que existencia te dió:
A quien el ser le has debido,
No puede ser malo, no.

Mas ay! mis ojos descubren
Al pie del tronco una tumba:
Lirio y adelfa la cubren,
Y el aura en sus hojas zumba.

¿Quién yace en ella? ¡oh que bello
Es yacer en sitio tal!
Yo tambien quisiera habello
En mi agonía final.

¿ Quién yace en ella ? Mis ojos
Descubren una inscripcion :—
AQUI YACEN LOS DESPOJOS !
DE LOS QUE PADRES ME SON.—

Arbol mio,.. dí... ¿ qué indica
Esa inscripcion misteriosa?
¿Qué aventura significa?
¡*Tus padres* bajo esa losa!!!

III.

Asi decia yo, fija la vista
En el gran vegetal, monarca hermoso
Del prado delicioso,
Y en la tumba á la vez que me contrista.

Y tanto pudo mi doliente ruego,
Y tanto el ansia de indagar, y tanto
Mi repetido llanto,
Que de la historia sabedor fuí luego.

Un armonioso y celestial sonido
Escuché junto á mí, que embebecia,
Y del Arbol salia,
Precursor de algun ser desconocido.

No me engañé; que del oculto seno
Ví del Arbol brotar un Genio hermoso,
Que en rapto delicioso
Dejóme hundido, y de entusiasmo lleno.

Y un ruïdo al salir hizo apacible
Como el arco de amor que lanza el tiro,
O cual suena el suspiro
Que al aire envía el corazon sensible.

En su labio brillaba la sonrisa,
Y en su dulce mirar la alma inocencia:
Su bella adolescencia
Era tan pura cual su bella risa.

Dos álas en los hombros sustentaba
Que de pluma creí, vária en colores,
Y eran álas de flores
Que ledo entonces el abril criaba.

Era el Angel del Arbol, Angel bello
Guarda del vegetal; que el bosque es santo
Y el cielo sacrosanto
Sus Angeles destina á defendello.

Abrió los lábios, y la bella historia
Del Arbol me contó: yo silencioso,
Y humilde y respetuoso,
La grabé para siempre en mi memoria.

IV.

Tres lustros no hace
(El Angel me dijo)
Que el par que aquí yace
Formára un enlace
Que Dios no bendijo.

En estas llanuras
Entrambos nacieron,
Y hermosas y puras
De amor las dulzuras
Sus almas sintieron.

Los zelos sombríos
Jamas los turbaron;
Jamas los desvíos
Funestos, impíos
Su dicha anublaron.

Que amor en su pecho
Tan solo vivía,
Y amor era el lecho,
Y amor tan estrecho
Que tal no lo habia.

Y Damon no obstante
Silencioso andaba,
Y triste semblante
El mísero amante
Do quiera llevaba.

Y triste y llorosa
Do quier le seguía
Filene su esposa,
Y pena enojosa
Tambien padecía.

Ah! que eran esposos,
Y padres no eran,
Y nunca de hermosos
Hijuelos graciosos
Cercados se vieran.

Por eso la esposa
Leal sin segunda
Gemía llorosa;
Que en vano es hermosa
La que es infecunda.

Por eso el esposo
Gemía en perene
Dolor congojoso;
Que en vano es esposo
Quien hijos no tiene.

Mil veces al cielo
Los ojos alzaron
Pidiendo consuelo,
Mas nunca su anhelo
Cumplido miraron.

¡Y qué! dijo un dia
Damon á su esposa:
¿Será tan impía
Mi estrella sombría
Que venza ominosa?

¡Jamás! Vén conmigo,
Esposa adorada,
Vén al prado amigo,
Y él será testigo
De mi fé preciada.

Volemos, volemos,
Y en medio del prado
Un Arbol plantemos,
Y en él contemplemos
El fruto anhelado.

Y días serenos
Tendremos en breve,
Y hermosos y buenos,
Si un Arbol al menos
La vida nos debe.—

Dijo, y fué la planta
Que Arbol es ahora,
Arbol que te encanta,
Y la sien levanta
En paz bienhechora.

Crecer lo miraron
Damon y Filene,
Y tanto le amaron
Que al fin olvidaron
Su llanto perene.

Y un hijo en él vieron
Con fiel regocijo,
Y ancianos murieron,
Y tumba eligieron
Al pie de su hijo.

V.

Así dijo el Angel, y hermoso y aládo
Al tronco del Arbol tornó, do saliera,
Cual torna á la mente recuerdo olvidado,
O tal como al pecho de vida privado
El alma que huirse del pecho quisiera:
Yo entonces que historia tan plácida oyera,
En estro divino quedé enágenado,
Y el plectro pulsando, canté arrebatado
De aquesta manera:

No en vano se entusiasmaba,
Arbol bello, el corazon,
Cuando tu copa miraba:
No en vano te tributaba
Homenage y bendicion.
Salud mil veces, salud,
Oh tú que inspiras virtud

Con solo una vez mirarte,
Salud! y deja loarte
De mi sencillo laúd.

Bella y hermosa tu cima
Hasta los cielos se eleve;
Nunca el invierno la oprima,
Ni en ella otro viento gima
Que el favonio manso y leve.
Siempre te pinte el abril;
Siempre risueño y gentil
Florezca tu cabellera,
Esparciendo por la esfera
Perfumes y esencias mil.

Y tanto eleves la frente
Que el primero ser consigas
En ver al sol en oriente;
El último que á occidente
Con tu mirada le sigas.
Y tanto las ramas tiendas,
Y tan anchas las desprendas,
Que cubras todo el otero,

Cobijando un pueblo entero
Cuando los brazos estiendas.

Cubre tambien esa losa
Do yacen ambos á dos!
Damon y su santa esposa:
Ellos existencia hermosa
Te dieron despues de Dios.
Ellos te dieron el ser!
Ellos dieron á entender
Que amar al árbol leal
Es tal vez *accion moral*,
Es por ventura *un deber*.

(25 de abril de 1838.)

EL 5 DE MARZO DE 1839.

Era la noche, y en tranquila calma
El sueño bienhechor nos sonreía,
Libre de susto y de recelo el alma.
Enmudecido el viento
Las alas encojía:
Naturaleza entera parecía
Resistirse á la ley del movimiento.

Todo, todo dormía,
Menos la gente impía
Que las tristes gargantas señalaba
De los que fiera degollar pensaba.
» *Venid*, dijeron, *y daremos muerte*
» *En su reposo inerte*
» *A los hijos de Augusta: el hierro, el fuego*
» *Siempre en sus lares horfandad y lloro.*
» *¿Dudais? ¿titubeais? nuestro es el oro,*
» *Suya la afrenta, el exterminio ciego.*»

Así dijeron; y la luna al suelo
Propicia aquella noche,
Abandonando el enlutado cielo,
En las ondas del mar hundió su coche.

Tristes hijos de Heredia y de Lanuza,
¿Qué hareis? Las calles todas
Ocupadas están: fuertes y plazas,
Todo, todo cedió: los enemigos
Que entre vosotros duermen,
Al aviso tal vez han dispertado,
Y el hierro preparado

Para unirlo al pañal de los feroces
Cuyo número y gente
Ingnorados os son: ¿Ois las voces
Por el viento vagar? No hay esperanza
De salvacion. ¿En dónde
Guareceros podreis? Sueltos, dispersos,
Sin caudillos, sin plan... ¿cómo es posible
La audacia rechazar de esos perversos
Entre las nieblas de la noche horrible?

Cede, pues, oh Milicia,
Y cuéntate feliz si con el ruego
Consigues aplacar su encono ciego,
Y saciar con el oro su avaricia.

»*¡Ceder! ¿Cómo ceder?* grita un valiente,
Y otro bravo repite el eco santo
»*¡Maldicion al cobarde*
»*Que el miedo acate con pavor y espanto!*
»*Si no es tiempo quizá de hacer alarde*
»*De espléndida victoria,*
»*Para morir con gloria,*
»*Para honrados morir, jamás es tarde.*»

« Muramos con honor.» — Así gritando
Saltan los libres del caliente lecho,
Estrechando tal vez al tierno pecho
La esposa que ventura está soñando;
La esposa, que al abrazo dispertando
Siente en el seno agitacion incierta,
Y al hijo que en la cuna está dormido
Con su llanto infeliz moja y despierta.
El padre que la puerta
Del inerme zaguan abandonaba
Oye los ecos del infante amado,
Y retrocede, y sube, y alterado,
Con rostro lastimero
Un beso, que ser puede el postrimero,
En su rostro infeliz deja clavado.

«Hijo querido,.. morirás vengado!
»Vengada morirás, esposa mia!
»La santa libertad bravo me hacia
»Un recuerdo me hará desesperado.»

Dice, y vuelve á bajar. ¡Ay del primero
Que contrastar su furia

Insano presumiere!
Amor y libertad mueven su brazo,
Y su golpe es fatal: mata; no hiere.

Por eso son cadáveres, no heridos,
Los que mirais caer. Huid, cobardes,
Miserables, huid! Del blando sueño
Los valientes de Augusta despertaron,
Y los cómplices fieros que esperabais
Al abrir de sus ojos se espantaron.
En vano os adularon
Las sombras de la noche; en vano el cielo
Con nebuloso velo
Protegió vuestra audacia aterradora:
La refulgente aurora
Espanto os guarda, y confusion, y duelo.

Y confusion, y espanto,
Y lágrimas, y luto
De vuestra audacia ha sido
El justo premio, el lamentable fruto.
Y el padre de la luz salió entretanto,
Y de los libres la inmortal victoria

Sonriendo miró. ¡Bravos de Augusta!
Los mismos sois que fuisteis;
Los mismos que de lauros inmortales
Vuestras frentes patrióticas ceñisteis.

Vosotros no pedisteis
Para audaces vencer ó ser vencidos,
Como Ayax Telamon, la luz del dia:
Cuando su lumbre vino,
El hierro purpurino
Reflejó vencedor en noche umbría.

Inextinguible y santo
De libertad el fuego
Arde en tu pecho fervoroso y ciego,
Eminente Ciudad, del malo espanto.
Esas débiles tápias mientras tanto
Serán por siempre antemural del trono:
Vuelva, ISABEL, la chusma con encono,
Y este pueblo inmortal hará otro tanto.

6 de marzo de 1838.

¡HOY HACE UN AÑO!

(EN EL PRIMER ANIVERSARIO DEL 5 DE MARZO.)

Ciudadanos, venid, cercad el lecho
Del trovador doliente
Que al tomar el laúd, su mal no siente,
Sino la gloria que os inflama el pecho.

Hoy hace un año que la gente impía
Vuestro recinto hollaba:
Hoy hace un año que la chusma esclava,
Ante vosotros maldiciendo huía.

De triste noche y lóbrega cubiertos
Los siervos engreidos,
Solo tardaron en quedar vencidos
Lo que tardasteis en estar despiertos.

El número y ventajas despreciando
«¿*En dónde están*?» dijisteis,
Pero no «*cuantos son*:» y polvo hicisteis
La turba aleve, el insolente bando.

¿Dónde está el bravo que en el trance fiero
De incertidumbre y pena,
Al ver su calle de contrarios llena,
Audacia tuvo en disparar primero?

Decidme dónde; y en el punto mismo
Coronaré su frente,
Y al mundo gritaré: «*ved el valiente;*
Ved el primero en brazo y heroismo.»

¿Pero cómo indagar el nombre ahora
Del inmortal guerrero?
Renunciad á saber quien fué el primero,
Que el último en salir tambien se ignora.

¿Y la muger primera? ¡Oh, si algun dia
Supiese el nombre hermoso!
No lo dudeis: ante su mismo esposo,
En el templo de Dios la abrazaría.

Un dia os vió, zaragozanas bellas,
El númen soberano
De la gloria, lidiar; y dijo ufano:
«*Tambien Augusta resplandece en ellas.*»

Amadlas, ciudadanos! El glorioso
Laurel que os envanece
Al lauro suyo entrelazado crece,
Para mengua mayor del alevoso.

Padres... Esposos ...! estrechad al pecho
Las prendas adoradas:
Hoy pudieron llorar infortunadas;
Hoy las salvamos al saltar del lecho.

¡Oh, cómo es bello recordar ahora
Los hechos de aquel dia
Y el sitio, y el lugar! La tiranía
Tambien se acuerda, y se estremece, y llora.

Ved en su corte la obcecada gente
Contra su mismo pecho
Revolver el puñal: ved el despecho
Que ni freno ni límites consiente.

Dia vendrá que la veraz historia,
Al narrar vuestra hazaña,
En ella vea la salud de España
Y el prez mayor de su futura gloria.

La jornada de marzo heróica y bella
Ha producido un año
De costoso y amargo desengaño
Que dá por fruto la escision de Estella.

Sin el triunfo inmortal que es alboroza,
La detestable corte
Que agonizante ya tiembla en el norte,
Aclamára al tirano en Zaragoza.

Cantemos, pues, con júbilo sublime
Y en sonorosa lira
El hecho grande que la Európa admira,
Mientras la turba de tiranos gime.

Dias há que cien pueblos en el mundo,
Leyendo vuestra historia,
Se alentaron cual libres á la gloria,
Y se disputan el lugar segundo.

Mas ay! llorad tambien. Esa campana
Que estremece el oido,
Y el aire turba en lúgubre sonido...
Es el acento de la muerte insana.

¿Qué dice el trage que enlutados visten
El huérfano, la viuda,
El anciano infeliz? Vedlos... no hay duda!
Hijos, padres, esposos... ¡ya no existen!

Vosotros respirais, y ellos murieron!
El templo de María
Nos mirará llorar... Libres un dia
Por conservarnos libres perecieron.

Lloremos, sí! y el niño que nos mire
Consolar á su madre,
Al lamentar la pérdida del padre,
Mas que de afan, de gratitud suspire.

Despues al regocijo entregarémos
El pecho entusiasmado,
Y al huérfano infeliz ya consolado,
Por compañero del placer tendrémos.

¡Pues qué! ¿tan débil nuestra fé sería
Que eterno el llanto fuera?
No; que si el justo límite escediera,
A las sombras de marzo ofendería.

¡Mártires de la patria! ¡Hoy sucumbisteis!
Vuestro es el prez, la gloria:
Jamas olvidaré nuestra memoria
El grande ejemplo que al morir nos disteis.

(Marzo de 1839.)



LOS PLACERES

DE

LA MÚSICA:

HIMNO INAUGURAL

puesto en música por mi amigo

D. FLORENCIO LAHOZ,

CANTADO EN LA APERTURA DE LA SOCIEDAD FILARMONICA, ESTABLECIDA EN LA CASA-HABITACION DE DON CAYETANO BAL[illegible], LA NOCHE DEL 30 DE JUNIO DE 1838.

CORO GENERAL.

Entonemos el himno sonoro,
Pues sensibles al canto nacimos,
Y á la dulce amistad que sentimos
Añadamos un vínculo mas.

UNA SEÑORITA.

¡O qué bello es cantar! ¡oh qué bello
Suspirar con el tierno Bellini,
Los acentos oir de Rossini,
La armonía de Haydén escuchar!
Es el canto placer de las almas
Inocentes, hermosas y puras:
Es de entrañas ferœces y duras
Tan hermoso placer desdeñar.

UN CABALLERO.

Si la vida infeliz es amarga,
Mitiguemos sus tristes dolores;
Adornemos de plácidas flores
Las espinas que ofrece do quier.
Ayudadnos, hermosas amigas,
En la empresa feliz comenzada;
Los placeres del hombre son nada
Cuando falta la bella muger.

DOS SEÑORITAS.

La sensible y hermosa CRISTINA
Del hispano rompió la cadena,
Y cual íris de paz nuestra pena
Para siempre del pecho lanzó.
Mas CRISTINA de Italia nos vino
A calmar la agonía importuna:
El país que meciera su cuna
De Bellini la cuna meció.

UN CABALLERO.

Hubo un dia en que á fuer de ilusiones
Se endulzaba la pena nociva,
Pero vino la edad positiva,
Y tan bellos placeres no son.
Una sola entre mil ha quedado,
Una sola que el siglo proclama:
Quien los goces del canto no ama
Renunció la postrer ilusion.

UN CABALLERO Y UNA SEÑORITA.

Es el canto placer halagüeño
Que natura á los seres prescribe;
De natura sus leyes recibe,
Y es natura armonía sin par.
Armonía es la lluvia cayendo,
Armonía los vientos silbando,
Armonía la esfera rodando
Sobre el eje que suena al girar.

UN CABALLERO.

Si los bosques el hombre ha dejado,
A la dulce armonía lo debe;
Si á la pugna mas lento se mueve,
Es milagro del canto y no mas.
Las primeras ciudades del mundo
Al sonido del plectro se alzaron:
Los salvajes de serlo dejaron
De la danza y del canto á compás.

UNA SEÑORITA Y UN CABALLERO.

No tan solo en el canto se goza
Corazon que formó la ternura,
Pues tambien el que siente bravura
Es sensible á su dulce inquietud.
Timotéo la lira pulsaba,
Y Alejandro extasiado le oía,
Y apocado ó audaz se sentia
A merced del sonoro laúd.

UNA SEÑORITA.

El esclavo cantando mitiga
El rigor de la fiera cadena;
El ausente se alivia en su pena
Entonando llorosa cancion.
El infante que inquieto se agita,
Ronca ya de llorar la garganta,
Cuando escucha á la madre que canta
Se adormece al monótono son.

DOS CABALLEROS.

El valiente y audaz pueblo griego
Al combate ferviente volaba,
Y los cantos de Homero entonaba,
Coronada de lauro la sien.
Imitemos nosotros su egemplo,
Pues tambien por la patria lidiamos,
Y valientes y bravos seamos
A la par que sensibles tambien.

CORO GENERAL.

Entonemos el himno sonoro,
Pues sensibles al canto nacimos,
Y á la dulce amistad que sentimos
Añadamos un vínculo mas.

A DOÑA ANTONIA CAMPOS

POR EL MERITO SINGULAR CON QUE CANTÓ EN EL TEATRO DE ZARAGOZA LA NORMA DE BELLINI.

¿Es muger, es deidad la artista bella
Que de *Norma* el dolor y la agonía
Cada vez siente mas, y cada dia
Nuevos laureles en la escena huella?

¿Es muger la que anoche en su querella
Tan dulcemente el corazon movía,
Que al oirla gemir, ninguno había
Sin padecer y suspirar con ella?

El gran BELLINI la escuchó indulgente
Desde su tumba; y sonrió, y miróla,
Y en la tumba otra vez posó la frente.

¡Oh BELLINI inmortal! tu *Norma* sola
Basta á vengarnos de la estraña gente:
La artista que la canta es *española*.



LISONGERAS ILUSIONES

EN 1834.

Hijos del Genio, la victoria es vuestra:
Cantad ledos, cantad. ¿Qué lumbre pura
Desde el ardiente can á Cinosura
Su benéfico influjo al orbe muestra?
        ¿Cuál la potente diestra
Fué que la noche lóbrega, aterida
Lejos de nos lanzó? que al sol hermoso
        Triste ayer y enojoso
Hoy restituye el fuego de la vida?

No tal placer en hórrido desierto
Halaga al afligido caminante
Cuando el tierno arbolillo vé delante
De verde pompa y bella flor cubierto.
No al piloto inesperto
Tan grata rie desde el polo frio,
Cuando el rumbo perdió, la inmoble estrella,
Cual de esperanza bella
Se inunda en este instante el pecho mio!

¡Oh Cristina inmortal! ¡oh grato nombre,
De paz y de concordia! ¿á cual acento,
A cual grito de júbilo y contento
Recurriré para ensalzarte el nombre?
¿Qué título ó renombre
Los buenos te darán? ¿qué lauro de oro
Será el que ciña tu divina frente,
O la trompa valiente
Que te celebre en cántico sonoro?

Salud, felicidad.—Allá libára
Por primera vez el aura de la vida
Dó la ciencia otro tiempo engrandecida

Y de favor colmada se miráras
Su cuna allá rodára
Do tanto genio, honor del nombre humano,
Al mundo envanecido amaneciera:
Y su hazaña primera
Fué lanzar la ignorancia al orco insano.

Y ora por fin... ¡oh gloria! ¡oh de la España
Ansiada libertad! ¿quién te ha traido?
¿Quién tan valiente, tan audaz ha sido
Que del orco domar pudo la saña?
Pero mis ojos baña
El llanto del placer: habla Cristina:
El valiente español que su ventura,
Su bienandanza pura
A sus labios fió, la frente inclina:

«*Magnánima nacion, sube á la gloria,*
La bienhechora de los hombres dice:
«*Deja el lloro fatal: fuiste infelice,*
«*Mas ya acabó de tu dolor la historia:*
«*Acabó la memória*
«*Del despotismo atroz que te oprimia.*»

Dice, y la nueva genios mil volando
Van à dar á Fernando,
Sensible al bien, pero en la tumba fria.

Y el miserando rey, felice solo
En bajar á las sombras de la muerte;
El rey cuya enemiga fue la suerte
Mientras gozó la luz que esparce Apolo;
El que de impío dolo
Víctima siempre fué y engaño ageno,
Ora á su esposa entusiasmado admira,
Y de envidia suspira,
Y en llanto inunda el congojoso seno.

Y dice: «*Esposa mia, amada esposa,*
«*Mas felice en el bien que yo lo he sido,*
«*Dí á la nacion que tanto me ha querido,*
«*Que perdone mi error si es generosa:*
«*Y al partido que osa*
«*Volver la tiranía al trono insano,*
«*Dile que yo mi autoridad renuevo,*
«*Y la opresion repruebo:*
«*Yo, de la España el último tirano!*»

Mas ya por fin del encantado sueño
Volvió por siempre la adormida España,
Y las cadenas destrozó con saña
Que el averno forjó con rudo empeño:
El caliz de beleño
Que tanto tiempo envenenó sus dias
Con justa indignacion lejos lanzára
Y hoy por fin la luz clara
Disfruta ¡oh sol! que en profusion le envías.

No ya baldon y oprobio á las naciones,
Y vilipendio á la severa historia
Serás ¡oh patria! ni tu pura gloria
Mancillarás, y lauros, y blasones:
De aquellos campeones
Que con su sangre tù esplendor compraron
No ya la raza avara la natura
Te negará; mas pura
Volverás á subir donde te alzaron.

Florecerá la industria: el campo yerto
Serà mansion de bienandanza y vida:
De flor la tierra se verá vestida,

Y de espigas el áspero desierto.
De frio ¡ay Dios! cubierto
El labriego infeliz desatendido
No ya su pan demandará al avaro,
Ni triste y sin amparo
Al sordo cielo enviará el gemido.

Que de Cristina al escuchar su lloro
Las entrañas de amor se conmovieron,
Y el pobre y cuantos míseros gimieron
Serán de hoy mas su bien y su tesoro.
¡Oh Señora! yo adoro
Tu regia compasion: ricos han sido
Esos labriegos: en salvar tu esposo
Su paz y su reposo
Y el fruto de su industria han consumido.

¿Mas cual, oh Musa!, la vision celeste
Es que mi vista atónita ora admira?
Inspírame otra vez, haz que mi lira
A mi patria feliz la manifieste.
¿Quién el remoto oeste
Al Ganges une dó se engendra el oro?

¿ Quién del mar puebla las inmensas olas
De naves españolas,
Barcas ayer de pesca y de desdoro?

Tú, madre España, entristecida viste
De la inercia do quier tenderse el hielo,
Tú que al destino tan alegre cielo
Y terreno tan ópimo debiste:
Tu al contemplar gemiste
Las cadenas que el tráfico arrastraba;
Tu los campos miraste en hondo luto
Llorar perdido el fruto
Que el reptíl y el insecto devoraba.

¡ Indolentes nosotros! ¿ esperamos
Que sus escuadras bárbaras prevengan
Otras naciones que del norte vengan
El fruto á aprovechar que nos dejamos?
No, hispanos, no: volvamos
Del letargo fatal: la fuente clara
En vano su raudal ostentaria,
Si por la selva umbría
Su cristalino humor no derramára.

Tú, venturoso caducéo, el mundo
Con el mundo unirás: frutos opímos
Que á natura tal vez no le debimos
A traernos vendrás rico y fecundo.
Surcará el mar profundo
La nave sin temor y sin recelo,
Y mientras tanto plácido, abundoso
Veremos venturoso
En canales sín fin abierto el suelo.

¿ Y la celeste union? ¿ la union que cria
A sus pechos la paz? ¿ la union dichosa,
Mas que la flor de la esperanza hermosa,
Mas y mas bella que la luz del dia?
¡ Oh Dios! ¡ oh de amnistía
Regio decreto! ¡oh paz del pueblo hispano!
En vano el mónstruo su pendon desplega:
Huyó discordia ciega,
Y el que ayer mi enemigo, hoy es mi hermano.

¡ A Cristina loor! Rico y unido,
Culto, libre, feliz, valiente y grande,
¿ Qué ventura habrá ya que le demande

Al Dios del bien el español rendido?
Lanzado con gemido
El mónstruo insano cuya altiva cresta
A la discordia nos llevó algun dia,
Despues, oh patria mia,
¿Qué le falta al hispano, ó qué le resta?

¡Ah, que irritado el brazo que nos tiende
Retire para siempre el justo cielo,
Si el aterido corazon de yelo
En llama eterna gratitud no enciende!
El rayo que hoy desprende
De vida y luz la proteccion divina
¡Rayo sea de horror que nos devore,
Cuando el pecho no llore
Reconocido á la inmortal Cristina!

Mas vos en tanto...¿qué exigís, Señora,
Del valiente español? ¿quereis por suerte
Que ledo corra á despreciar la muerte
Por su grande y sensible bienhechora,
O que renueve ahora
Terrible el juramento sacrosanto?

¿Cual Dios quereis, Señora, que invoquemos
A quien el cargo demos
De espresar nuestra fé? ¿cuál númen santo?

Angel hermoso que la España un dia
Felice regirás, niña inocente
Que no sabes mentir, que en el ardiente
Seno te aduermes de tu madre pía:
Tú que eres su alegría,
Su consuelo, su bien, su encanto amado,
Su universo y su todo: tú que bella
La inspiras; tú á quien ella
El beso dá mejor que madre ha dado:

Dile á tu madre, díle este contento
Que en nuestro fuerte corazon rebosa;
Dile de gratitud la llama hermosa
Que es de su vida el único alimento:
Dile en el propio acento
En que á hablar te soltaste: *¡« Oh tierna madre!*
« Progenitores de esos mismos fueron
« Los que fieles murieron
« Por dar el trono á mi difunto padre. »

A LA PRIMERA DESPOSADA.

CANTICO.

¿Quién es esa que plácida levanta
Su blanca y rubia sien, como la estrellá
Que al inflamado dia se adelanta,
Y es cual su lumbre candorosa y bella?
¿Quién es, que al verla Adan así se encanta,
Y es su delicia suspirar con ella?
Triunfa, milagro del poder divino!
Rendir y embelesar es tu destino.

El prado apenas sus pisadas siente!
Solo le falta el presuroso vuelo
Para que cielo y tierra juntamente
Angel la crean tutelar del suelo.

¿Mas por qué se sonroja? el inocente
Pudor ¿por qué la cubre con su velo?
Triunfo milagro del poder divino!
Rendir y embelesar es tu destino.

¿Quién unió la dulzura á los enojos
En su bello semblante? ¿quién la lumbre
Puso del sol en sus celestes ojos,
Velada en inefable mansedumbre?
¿Quién prestó el oro á sus cabellos rojos?
¿Quién á su tez del alba la vislumbre?
Triunfa, milagro del poder divino!
Rendir y embelesar es tu destino.

La rosa sus megillas coloréa,
Y el beso rie en su albagüeña boca:
Su dulce seno gratamente ondéa
Como la mies que el aura apenas toca.
¡Triunfa, oh prodigio de la excelsa idea!
¡Toda alabanza á tu beldad es poca!
Triunfa, milagro del poder divino!
Rendir y embelesar es tu destino.

A LA MEMORIA

DE ABELARDO Y HELOISA.

¿ Y yo mortal sería ,
Y del triste mortal á los errores
Mi compasion y llanto negaría ?
Musas , oíd mi voz : si pude un dia
A mi infeliz hermano
Ver insensible del airado cielo
Probar la dura mano :
Si al que miré gemir negué inhumano
La copa del consuelo :

Si el crimen mismo me debió mas ira
Que llanto y compasion... ¡ah! que vosotras
Eternamente maldigais mi canto;
Y cuando al mundo mis desgracias cuente
En plectro de dolor, ¡eternamente
Con baldon me responda en vez de llanto!

¡Oh siglo doce, miserable siglo
De luto y de tristura!
¡Siglo funesto embellecido solo
Por el sensible amor y la ternura!
¿En dónde está de Cluni
El tolerante abad? ¿dónde el apoyo
Del mísero caido?
¿Dó el que puro brillaba
Cual astro de consuelo,
Rasgando el frio y tenebroso velo
Que la terrena atmósfera enlutaba?

¿Dónde estás, dónde estás, oh de Heloïsa
Sombra adorable, en donde
Que no dices aquí? Hiende el sepulcro,
Alza esa losa que de mi te esconde,

Y responde á mi voz; ven, y responde
A mi amargo gemir. ¿Cuál fué el impío
Que sepultó de tu beldad las flores
En ese claustro silencioso y frio?
¿Fué el capricho tal vez? ¿fué por ventura
El orgullo, el desden, el fanatismo
Que se alberga tambien en la hermosura?

¡Oh santa religion! ¡oh venerable
Claustro do pura la virtud se abriga!
¡Claustro do ansiosa la inocencia, amiga
Busca un escudo firme, impenetrable,
Con que pueda hacer frente
A la vil seduccion! ¡Qué venturoso
Te ostentas á mi vista! El Dios eterno
Te fundó como roca do se estrellan
La corriente y las aguas del averno.
¿Pero es posible? La doncella impía
Sabe tambien fingir, y huye la tierra,
Y se oculta en el claustro, el cual encierra
En vez de la virtud, la hipocresía.

¿Y Heloisa tambien... ¡oh sin ventura

Heloisa infeliz ! ¿tambien tú acaso
Corriste fascinada
A sepultarte, horrizando al mundo,
En esa triste y lóbrega morada?
¡Oh dulce sombra indignamente ajada!
Perdona, te ofendí.—«*Yo te perdono;*
Perdono al hombre impío
Que mis manes ultraja... ¡Hombres ingratos!
¿No padeció bastante el pecho mio,
Que á mi triste dolor nuevos dolores
Injustos añadis? Yo lo confieso:
Fui débil, fui muger; fácil y ciega
En el error caí... pero fui amante,
Fui sincera y veraz: ¿por qué inhumano
Vuestro labio... ¡ah, piedad! Si sucediere
Que otra tan débil como yo cayere...
TENEDLE COMPASION, DADLE LA MANO.»—

Con tales ecos la infeliz amante
La dura losa del sepulcro hiende:
Gime á su voz mi pecho palpitante,
Y en desconsuelo y lástima se enciende.
¿Tanto puede su voz? ¿á tanto alcanza?

Su triste lamentar? Pero Heloisa
Prosigue en su gemir: su amargo llanto
Se mezcla con el llanto
Del dulce amante que su pecho adora.
¡Almas sensibles! ¿Abelardo llora?
Oid, oid su voz: de herege un dia,
De herege el nombre mereció.—¡Yo herege!
Voz tan impía de entre vos se aleje.
MI AMOR, MI SOLO AMOR FUE MI HEREGIA.

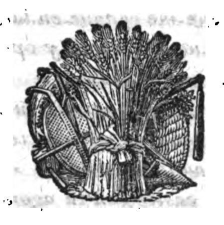
«Sí; mi amor solamente;
Mi amor, que fué delito de asesino,
No de fiel mortal que vive y siente.
¡Ah! no lo dudo: ceguedad, errores
Han ofuscado mi infelice mente:
¿Y esto alarmó la indignacion del ente
Sensible contra mí? ¿tantos horrores
De mi infelice siglo
Pension no han sido solamente? En vano
Fué constante mi amor, sincero y firme:
El hombre se ha empeñado en proscribirme,
Y en maldecir mi nombre: en vano, en vano
Demando compasion: el hombre ciego

De mi dolor se burla y hace juego.

¿Y eternamente insultará mis manes
Intolerancia impia?
Mis lamentables voces
¿Serán en vano eternamente? ¿el dia
De la venganza mia
Jamás ha de llegar? No: que en veloces
Pasos será que su carrera acabe,
Y el que un error compadecer no sabe
Expie en él sus crímenes atroces.
Burla de mi dolor, injusto humano,
Burla, sí; pero tiembla: el justo dia
Llega ya que me vengue en larga mano.
Lo verás: cuando fábula y oprobio
De otros ingratos seas;
Cuando todos maldigan de tu nombre,
Y hecho baldon de pérfidos te veas...
Entonces, aunque tardo,
Hallarás el castigo en tu agonía:
Entonces será el dia
En que se vengue el mísero Abelardo.»—

Dice : la muerte inexorable y yerta
Vuelve á cerrar sus ojos con el sueño
Del sepulcro fatal : él entretanto
Cáe en los brazos de su dulce dueño.
La ave mirando de los dos la tumba
Tímida calla, y con dolor se asombra :
Lirio y adelfa en su recinto crece :
Todo es augusto : el céfiro se mece
Entre los mirtos que les hacen sombra.

(Mayo de 1830.)



LA EDAD MEDIA,

Ó ELLOS Y NOSOTROS.

Bienhayan aquellos tiempos
En que los hombres de bien
Solo pensaban en Dios,
En su dama y en su rey.

Su ambicion era la gloria,
Guardar palabra su prez,
Sus virtudes la esperanza
La caridad y la fé.

Amparar al desvalido,
Dar socorro á la viudez,
Al huérfano proteccion
Y á las doncellas sosten,

Acciones eran heróicas
Cuanto lo podian ser,
Por mas que cuatro follones
Las llamen ridiculez.

Follones que menosprecian
Con afectado desden
Lo que capaces no son
De imitar ni comprender.

¡Oh, si el Cid resucitára
Y otros buenos como él,
Cual se rieran del siglo
Que los moteja á su vez!

Los vicios de nuestros padres
Disculpa tienen á fé
En la edad en que vivían
Los que les dieron el ser.

Ellos hacían el mal
Creyendo que obraban bien,
Mientras nosotros lo hacemos
A toda ciencia y saber.

Si apetecían la lid
Y el inhumano laurel,
Lidiaban al fin con honra,
Cara á cara, y sin vender.

Nosotros decimos *paz*,
Y en el corazon tal vez
Cruda guerra nos hacemos
Llena de ponzoña y hiel.

Ellos clavaban la daga
Por delante, á buena ley,
Y al dirigirla al contrario
Decian al menos «*tén*.»

Nosotros sin amagar
Damos el golpe cruel,
Y herimos á quien no puede
Ni escudarse ni ofender.

Si en ellos la religion
Ciego fanatismo fué,
Dudar de todo en verdad
Peor fanatismo es.

Su pobre saber llamamos
Necedad y estupidez:
No sabe poco quien sabe
Lo mas dificil, creer.

Nosotros sabemos mas,
Pero sabemos tambien
Hacernos mas infelices,
Que es bien mísero saber.

¿Qué se han hecho aquellos tiempos
De galantería y prez,
De torneos y sortijas,
Puro amor, constante fé?

¡Ah! que era bello mirar
Cien hombres y una muger,
Ellos disputando el premio,
Y ella ciñendo su sien!

Nuestros poetas gastados
Cuando quieren algo ser,
A aquellos tiempos recurren
Para que genio les den.

La voz *Santiago y á ellos*
Y el grito *favor al rey*,
Ecos magníficos son
Que aun ora nos suenan bien

Los mismos juicios de Dios
De su barbarie al traves,
No sé yo si son peores
Que un tribunal con su juez.

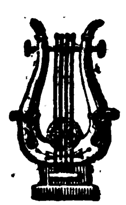
¿De qué sirve un tribunal?
¿De qué nos sirve la ley
Si el sofisma la interpreta
O la aplica la doblez?

Si entonces cedía el débil
Al mas forzudo, hoy se vé
Oprimir el que mas sabe
Al que sabe menos que él.

La mitad de las desgracias
Que affligen la humana grey
Debidas son á la imprenta,
A la pluma y al papel.

¡ Bienhaya la edad hermosa,
Y otra vez bienhaya y cien,
En que el arte se ignoró
De escribir y de leer!

Si hubo algun tiempo en que el hombre
Menos desgraciado fué
Que en la edad en que vivimos
Y en la edad media, ese es.



ESTADO DE LA JUSTICIA

EN LA TIERRA.

XIV.

¿Ves levantado en la anchurosa plaza
El cadalso fatal? Pues no le temas:
A tu heredado timbre y tus emblemas
Son el hierro y dogal vana amenaza.

Tiemble el pobre, no tú: roja tenaza
Se forjó para él y ansias estremas:
Un fiero usurpador de cien diademas
Jamás libó la envenenada taza.

Roba una res el miserable Ernesto
Por no morir de hambre, y va al suplicio;
Y el que usurpó un millon rie inmodesto.

Buen Dios, tú que lo ves, dime propicio:
¿Es dar castigo al torpe vicio aquesto,
O castigar la pequeñez del vicio?



A D. FRANCISCO CALVET,

POR EL MERITO PARTICULAR CON QUE EN UN CONCIERTO DE AMIGOS CANTÓ EL ARIA DE MURENA EN EL ESULE DI ROMA, LA NOCHE DEL 24 DE FEBRERO DE 1838.

¿Oís? ¿ó por ventura
Me engaña la ilusion? De luto llena
El alma de Murena
Un desahogo á su dolor procura.

¡Cuánto debe sufrir! ¡cuánta amargura
Se albergará en su pecho!
El bárbaro delito
Que cometer le plugo
Su alegría era ayer: hoy el precito
Mira en su crimen su mayor verdugo

Gime, ay mísero! gime: el atentado
Que insano cometiste
Te condena á gemir: hórrida y triste
Tal es al fin la suerte del malvado.

Pues qué! ¿creías evitar el grito
De la fatal conciencia?
¿Creías ser feliz? Te has engañado:
El placer se reserva á la inocencia.

Septimio es el feliz, Septimio solo,
Víctima miserable
De tu calumnia y dolo.
En su destierro injusto
Inocencia y amor le consolaron,
Y con tranquila calma,
Puros y hermosos como lo es su alma,
Sus dias con placer se resbalaron.
La muerte que le espera
Infeliz no le hará: sangrienta fiera
Podrá despedazarle,
Mas no la calma, no la paz robarle
De su hermoso vivir fiel compañera.

Tú mientras tanto su tormento sientes
Y tu propia agonía,
Y de la fiera los voraces dientes
Miras cebarse en tu existencia impía.
Tu propia fantasía
Te atormenta crüel: de ella engañado
Su muerte padecer te representas,
Y te sientes morir. ¡ Desventurado !
Septimio morirá, no su asesino:
Implacable el destino
A vivir por tu mal te ha condenado.

¿ Mas cómo veo, tras el hondo acento
De susto y de pavor, tu labio ahora
Prestarse á la sonrisa?
Horror, remordimiento...
¿ Dó estais? ¿ en dónde el llanto,
Donde los ecos de terror y espanto
Que escuchaba sonar hace un momento?

Ah! que no era Murena el que cantaba,
Y su terrible angustia nos decía:
Era Calvet que al genio obedecía

Y el ageno dolor fingiendo estaba.

¡Calvet! ¡jóven Calvet! ¿Cómo es posible
Que real no haya sido
La pena que tu pecho ha combatido?
Violento, irresistible
¡Oh, cuantas veces al oir tu canto
Brotó del pueblo el reprimido llanto!
¡Cuantas veces tu voz y su gemido
Caminaron al par, ella á la gloria,
El al que triste lamentarse vido!

Mas nunca, oh jóven, imitar supiste
El ageno dolor con tal esceso;
Ni en Belisario desterrado y triste,
Ni al retratar la angustia de Oroveso.
El genio que te inspira,
Fácil, flexible á los acentos todos,
Es cual de Febo la armoniosa lira:
Pero nunca tan íntegra, tan llena,
Tan sentida es tu voz, como en el canto,
Como en el triste llanto
Del infeliz Murena.

Nunca mi pecho enagenaste tanto
Como la noche hermosa
En que cediendo de amistad al ruego
La amistad complaciste,
Y de amistad y genio recibiste
El estro ardiente, el entusiasmo ciego.

Para mi caro amigo
Que tu amigo es tambien, nada tan dulce
Como espresarte su emocion, su pura
Y ardiente gratitud: ¡oh, si mis versos
Tan poderosos fueran
Que cantarla pudieran!
Mas esto es imposible,
Que mustia y triste mi apocada musa
Al amargo dolor solo es sensible.

Al dolor solamente
Que el pueblo inconsolable
Por la horfandad de su teatro siente.
¡Ah, que ya nuestro oido
El canto celestial que le halagaba
No escuchará cual antes escuchaba!

¡Musas de Augusta! vuestro imperio ha sido.

Adios, artista, adios. Cuando otra mano
Los lauros corte que el destino guarda
Para ceñir tu sien mas adelante,
El vate que te cante,
Mas felice que yo, de fama eterna
Tu nombre cubrirá. Tú mientras tanto
Te acordarás del hombre
Que á tu frente llevó, de Augusta en nombre,
Los laureles primeros.
Nada le importa que en cantar le escedan,
Con tal que nunca sus acentos puedan
Parecerte, oh Calvet, menos sinceros.



INSCRIPCIONES

PRESENTADAS

PARA LA FUENTE DE ISABEL II,

ERIGIDA EN ZARAGOZA

EN MEMORIA DE LA JURA.

I.

A LA SEGUNDA DE LAS ISABELES:

EL PRIMERO DE LOS PUEBLOS.

II.

LIBRES, BEBED:
ESTAS AGUAS BAÑAN
LA TUMBA DE LANUZA.

III.

A LA REINA
Y PARA EL PUEBLO.

IV.

TU NOBIS, ELISABETH:
NOS TIBI.

EL TEATRO.

Ay! ¿quién la mente fascinó el primero
Del mísero mortal? ¿quién la cadena
Inventó que le oprime, y cual sirena
Le arrulla al son armonioso y fiero?
Del sueño lastimero
En que le aduerme el vicio fementido
No espereis ya que á sacudir la frente
Bramando se abalance;
O que á vencer con ímpetu se lance:
Cobarde el pecho cederá al torrente
En el estrecho apuro;
Sí, cederá! y el lauro de la gloria,
Perdida la victoria,
Descenderá á besar el polvo impuro.

Así tal vez el triste navegante
Del tormentoso mar escarmentado
Al patrio suelo y á su lar amado
Suele guiar la prora resonante:
Y al mirarse delante
Del pobre albergue que nacer le viera,
Y al ver los hijos y la esposa amada
Saludando la nave en la ribera,
Tormenta desatada
Viene á deshora, y con poder supremo
A los senos del mar le restituye,
Do el desaliento con su vóz concluye,
Y con sus fuerzas el inútil remo.
Así tal vez enfermo decaido
Alzarse intenta, por cambiar de lado,
En las débiles manos sostenido;
Mas le falta el vigor, y á su despecho
Vuelve á dar en el lecho,
Exhalando tristísimo gemido.

¡Mísera humanidad, digna de lloro
Y eterna compasion! ¿quién de tus males
El deshecho torrente

Atajará algun dia? ¿Será acaso
Que el hombre mismo de consejo escaso
La mano compasiva
A su estraviado semejante tienda,
Y le dirija en la dificil senda
Por donde solo á la virtud se arriba?

¡Afan desconsolado! En los remotos
Siglos de Grecia ya, pasmado el mundo
De los labios de Sócrates lecciones
De virtud recibió: gimió el profundo
Abismo, y las legiones
Del vicio y del error se estremecieron
Cuando su trono combatido vieron
Del filósofo griego al choque fuerte;
Mientras el buen Jenócrates al verte,
Oh miserable juventud, perdida
Por las erradas sendas de la vida,
Toma á su cargo dirigir tu suerte.

Mas sin ejemplo, sin accion... el nombre
De la virtud ¿qué sirve?
En vano el aire hiende

El guerrero clarin, y del caudillo
La voz en vano al combatiente inflama
El lauro á conseguir de eterna fama:
Pero si el bravo que la hueste guía
El ejemplo le dá, y osado y fuerte
Es el primero en arrostrar la muerte,
¿Qué puede entonces resistir al choque
Del fiero lidiador? Vedle riendo
La muralla escalar; vedle en la cima
Del árduo monte proclamar victoria:
Vedle subir á la enriscada sierra,
Y mirar á sus pies honda la tierra
Pedestal de su triunfo y de su gloria.

Tanto el ejemplo puede,
Y aun mayores obstáculos allana:
O sino, dilo tú, cándida hermana
De la santa virtud; tú que mostraste
A los hombres un día
Los senderos del bien, yendo á su frente;
Tu, diosa del placer y la armonía...
¿Pues quien sino la dulce poesía
La espinosa virtud ornar de flores,

Y mitigar del hombre los rigores,
Y aplacar su dolor conseguiria?—
«*Volad, milicia mia*,
A sus genios gritó que revolantes
Cruzaban por la esfera:
«*Volad, venid, y á la virtud austera*;
«*A la feliz hermana que idolatro*
«*Hacedla parecer grata y amable*,
«*Y consiga por fin el miserable*
«*Hombre seguirla.*»—Dijo, y fué el teatro.

Entonces fué cuando de mirto y rosa
Mas risueña que nunca el fresco seno
Adornado mostró la primavera;
Y el cielo en raudo trueno
Su aprobacion mostrando, entonces fuera
Cuando su lumbre hermosa
Mas pura al hombre amaneció y mas grata.
¿Qué es de tu gloria pues? ¿qué es de tu ingrata
Y aleve presuncion, vicio mentido?
En vano quiso resistir tu encono:
Tu formidable trono
Se derrocó; la máscara ha caido.

Mira al hombre infeliz que fascinaste,
Y cuya diestra armabas
Para dar muerte á la estraviada esposa:
Mira cual lanza de la mano odiosa
El sangriento puñal que le aprestabas,
Y cual movido del ejemplo amante
Del infeliz Menó, los tiernos brazos
A la consorte arrepentida tiende,
Anudando por fin los rotos lazos.
Mira á Pelayo, generoso, grande,
Sublime como un Dios, lanzar el grito
De muerte ó libertad, y los pendones
Hollar que al moro levantar le plugo,
Trizas haciendo el yugo,
Libertando á su patria y cien naciones.

Mira á García, sin igual modelo
De honradez castellana,
Y honrada y pura cual la luz del cielo
A su esposa leal: mira la insana
Fiereza de Atalía
Estrellarse en Joás, en la inocencia
Que la mano de Dios protege y guía.

¿Por qué se agita el pálido tirano
Y hondo gemido de terror y luto
De sus labios escapa? Estremecido
La escena le dejó: fué su gemido
Por ver á Cesar á los pies de Bruto.

¡Compasion y terror! ¡fuentes sublimes
De virtud sacrosanta!
Mérope, Fedra, Abenamet... ¡Dios mio!
¿Por qué, si os compadezco, el llanto mio
Me enamora y encanta?
¡Ah, que el pecho se agita,
Y el lloro bienhechor me satisface,
Porque bueno me hace,
Y á la ternura y caridad me escita!

¡Pero donde mis lágrimas, en donde
Mis gemidos están? Ya dilatado
El corazon respira,
Y el lloro cesa que ardoroso y triste
A los ojos del pueblo se asomaba:
Y como el sol á la tormenta brava
Que en vano al padre de la luz resiste,

Tal el contento á la afliccion sucede.
La voz que el pecho contener no puede
Henchido de alegría,
Sube á herir leve el arteson sonoro,
Y el vicio condenado á eterno lloro
Maldice la victoria de Talía.
La mogigata impía,
El celoso, el avaro
No ya á llorar en su delirio necio
Consiguen escitarme: la ironía
Es mi sola respuesta, y el desprecio.
La risa al labio del mortal vedada
Hoy le conduce á la virtud. ¿Qué esperas,
Oh vicio engañador? La hora es llegada:
Tu mentido poder fué sombra y nada:
El hombre ha roto sus cadenas fieras.

Y tú, fascinadora de la plebe,
Miserable opinion... ¿podrás ahora
Decir, *el mando de la tierra es mio*?
Mira tu poderío
Deshecho como niebla voladora
Desde occidente á la rosada aurora

Y desde el mar del sur al norte frio.
En vano el noble ostenta
De su ascendencia los ganados timbres
Para probar virtud: el orco en vano
Abortára la ley que del esposo
Arma la diestra con acero odioso,
A la infeliz muger dejando esenta
De privilegio igual: en vano un dia
El fanatismo y la opinion impía
La ley dictaron que á baldon condena
La triste prole del delito agena
Que el padre cometió: todo es en vano:
El honor inhumano
Que el mortal se forjó, no tiene precio:
El teatro se alzó, y al hombre necio
«*Sigue*, le dijo, *la virtud tan solo*,»
Y de uno al otro polo
Ya la sola la virtud digna es de aprecio.

¿Y es aquesto verdad? ¿y al fanatismo
Y á la cruel supersticion la frente
Alzar vemos aün? Ved insolente
Como se alanza del profundo abismo

La cohorte infernal que los rodea;
Y como en tanto humea
En su funesta mano
El fuego de las hachas que al humano
A la vil sedicion y muerte incitan.
«*¡Fanáticos! ¿qué haceis?* sus genios gritan:
«*¿Pensais por suerte de virtud al templo*
«*Por las falaces gracias conducidos*
«*Seguros arribar?*»—¡Dios de los buenos!
¿Con que el placer que causan los amenos
Campos de abril, se veda á los sentidos?
¿Con que jamas la rosa
Mi olfato halagará, sin que la siga
El crímen impostor que dentro abriga?
¿Siempre será espinosa
La virtud para mí? ¿siempre rigores
Y dolor inspirar será su encargo,
Y nunca, libre de su gusto amargo,
Mi inocente placer serán sus flores?

¡Oh, no! la esfera hienda,
Hienda en buen hora el fanatismo impío
Con su inútil clamor el aire frio,

Y vicio por virtud al hombre venda.
Yo mientras tanto al templo
De las celestes musas mis desgracias
A reparar iré; y entre las gracias
Del eficaz ejemplo,
Viendo, oh Cienfuegos, tu leal Rodrigo
Que al conde Sancho á contrastar se atreve;
En él aprenderé lo que hacer debe
Un vasallo leal y un buen amigo:
Veré de la condesa
El infeliz error, y mis gemidos
De compasion nacidos
Con los suyos saldrán; ó si es que un dia
A la risa genial y á la alegría
Me abandono tal vez, aun del sarcasmo
Y maligna ironía
Sacaré dulce fruto
Y ejemplo provechoso,
Saliendo del recinto soberano
Hecho un buen ciudadano,
Un amigo leal, y un fiel esposo.

(Febrero de 1831.)

EL GARROTE VIL.

¡Oh ley de infamia, aborto del infierno!
¡Oh del legislador encargo grave
Indignamente hollado! ¿en dónde cabe
Que el crímen personal se juzgue eterno?

¿Por qué, si el padre es vil, el hijo tierno
Sufre baldon que merecer no sabe?
¿No basta ya que la opinion le grabe
Con sello de ignominia sempiterno?

¿Y aun se añade la ley? ¿y hubo quien dijo
Que mi patria infeliz se regenera?
¡O ilusion vana! ¡oh triste error del hombre!

Será perverso del perverso el hijo,
Y el nieto, y el bisnieto: así la fiera
Ley lo establece al infamar su nombre.

COMPOSICIONES

ESCRITAS CON MOTIVO DE LOS FAUSTOS ACONTECIMIENTOS DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

I.

PAZ, REINA Y LIBERTAD.

¿Y por qué tal rigor? Juntos vivimos,
Y un mismo culto y leyes profesamos;
Del mismo sol la lumbre recibimos,
Y á la misma nacion patria llámamos...
¡Y de la union los lazos destruimos!
¡Y con furia crüel nos degollamos!
¡Y seis años de lid sufrido habemos,
Y una familia aün no componemos!

Esto decía yo, cuando á mis ojos
Un genio celestial puro y radiante
Aparecerse ví, lleno de enojos
Pero tambien dulcísimo el semblante:
Bella, apacible, de sus labios rojos
La persuasion salía: delirante
No sé si lo soñé; pero este canto
Me acuerdo que le oí con miedo santo.

«Vuelve en tu acuerdo,
Nacion hispana,
Que es inhumana,
Tu cruda lid:
Mas que la guerra
Vale el sosiego;
Mas un labriego
Que un adalid.

Fiera y aleve
Discordia impía
La tumba fría
:

Abre á tus pies:
Haz luego, Iberia,
De union alarde,
Antes que tarde
Sea despues.

Treinta naciones
Te están mirando,
Fieras ansiando
Dar sobre tí:
Fuera los odios,
Fuera demencia;
Tu independencia
Lo pide así.

Cese, vascones,
Cese la guerra
Que vuestra tierra
Yerma feroz:
Tiempo es ahora,
Tras tanto duelo,
Que de consuelo
Se oiga una voz.

Cercad el trono
De la inocencia,
Y en su presencia
La union jurad:
Ella tan solo
Puede salvaros;
Ella ha de daros
La libertad.

Cese el horrible
Bárbaro encono,
Y ante ese trono
Bajad la sien:
Cese, oh leales,
La cruda saña,
Y en pró de España
Ceded tambien.

Ceder no es mengua
Cuando cediendo
Al orco horrendo
Discordia vá:

No es abatirse
Darse las manos;
Es ser hermanos,
Grandes quizá.

Vuelve en tu acuerdo,
Nacion hispana,
Que es inhumana
Tu cruda lid:
Mas que la guerra
Vale el sosiego;
Mas un labriego
Que un adalid.»

Así el genio decía: un pueblo entero
Extasiado y absorto le escuchaba,
Y maldiciendo el inclemente acero,
Reina, concordia y libertad gritaba:
¡Consoladora voz! ¿será que fiero
Ninguno te desoiga? Y luego alzaba
Otro pueblo otra voz, que ardiente y pía

Reina, concordia y libertad decía.

¿Es sueño? ¿es ilusion? ¿los que inhumanos
Se mataban ayer con saña fiera,
Lanzan por fin las armas de las manos,
Y acordes vuelven á la union primera?
¡Cuadro bello y feliz! Miradlo, hispanos,
Y de gozo llorad. Nacion ibera,
Nunca fuiste tan grande! El eco alzemos,
Y paz y reina y libertad gritemos.

Baja, paz santa,
Hija del cielo;
Desciende en vuelo
Consolador:
Harto la espada
Sangre ha vertido;
Harto ha reido
Fiero el rencor.

Leda la gloria,
Duque valiente,
Tu acero ardiente
Girar miró:
Y al ver sus palmas
Mecerse bellas,
Dijo: «con ellas
Le ornaré yo.»

¡Bello presagio
Ya estás cumplido!
En lid no ha habido
Lauro mayor.
La paz suceda
Con risa amiga:
Rosa y espiga
Le ornen mejor.

Baja, paz santa,
Hija del cielo;
Desciende en vuelo
Consolador:

Harto la espada
Sangre ha vertido;
Harto ha reido
Fiero el rencor.



II.

EL DIA GRANDE DEL LICEO.

RECITADA

EN EL JARDIN DE LAS DELICIAS.

Liceistas, cantad: las artes bellas
Que de la vida los encantos hacen,
Hoy en los brazos de la paz renacen,
Que sin ocio y sin paz, nada son ellas.

A la tea fatal que ardió en las manos
Sucede ya la bienhechora oliva,
Y al ansia de matar el ansia viva
De abrazarnos hermanos con hermanos.

Nada se debe á la influencia estraña;
Todo es obra de hispanos corazones:
Aprendan de la Europa las naciones
A conocer y respetar á España.

¿Quién podrá detener la voz del canto,
O del laúd la inspiracion suprema?
Cada abrazo que veis vale un poema;
Cada grito de union un himno santo.

Cantad, poetas; preparad, pintores
El lienzo y el pincel; filarmonía,
Alza la voz con júbilo este día:
Todos seamos de la paz cantores.

Cesó de España el bárbaro martirio!
Leda sonrisa sucedió al sollozo!
Cantad, enloqueced: vuestro alborozo
Mas que júbilo ya, sea delirio.

Sí; que las artes y las musas bellas
Hoy de la vida las delicias hacen;
Hoy en los brazos de la paz renacen;
Hoy es preciso enloquecer con ellas.

III.

HIMNO.

Cantad, ciudadanos,
La paz suspirada,
La paz anhelada
Del pueblo español.

Cesó la discordia
Que á España afligía,
Y el plácido dia
Rayó de la union.

Los duros guerreros
Al fin se abrazaron:
Feroces lidiaron,
Hermanos ya son.

—

Al grito de guerra
Sucede la espiga;
La saña enemiga
Se torna en solaz.
La union es la gloria,
La union hace al fuerte;
La guerra es la muerte,
La vida es la paz.

—

Europa que via
Brillar los aceros,
De bárbaros fieros
El nombre nos dió.

Y «*bárbaros*» era
Su grito prolijo;
Y Europa lo dijo,
Y Europa mintió.

De union y concordia
Ejemplo hoy le damos;
Sin ella acabamos
La lucha fatal;
En ir adelante
Pensemos sin ella!
La paz es tan bella
Por ser nacional.

Cantad, ciudadanos,
La paz suspirada,
La paz anhelada
Del pueblo español.

IV.

ESTANCIAS.

Vedlos unir la diestra con la diestra,
Y las armas poner en pabellones:
Esa union desconcierta á cien naciones,
Esa paz sacrosanta es obra nuestra.

Para envainar el refulgente acero
Bastó del duque la palabra sola,
Que la gente vencida es española,
Y el bando vencedor es caballero.

Vedlos la enseña abandonar de Carlos,
Y sus fueros fiar á una esperanza:
Ved premiada su noble confianza,
Y llorar el Congreso al otorgarlos.

En ese lloro el porvenir se funda
De la ibera nacion: esos abrazos
Afirman de la union los santos lazos
Y el bello trono de Isabel Segunda.

Pueblo grande y leal! el que insolente
Bárbaro te llamó, ¿qué dice ahora?
Selle de hoy mas su lengua detractora,
Que si el mundo te infama el mundo miente.



CANTO PRIMERO

DE UN ENSAYO ÉPICO,

TITULADO:

EL PELAYO.

Y Dios, de los que están en su presencia
Todos cubiertos con las alas de oro,
Uno al momento por el aire envía.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

PELAYO.

INVOCACION, PROPOSICION Y DEDICATORIA.

I.

Canta, Musa, el varon que pudo un dia
Mi patria restaurar y el reino godo,
Fundando aquella estrecha monarquía
Que amenazó despues al mundo todo:
Y al moro, cuya bàrbara osadía
No respetaba límite ni modo,
En la region astur mostró al vencerlo
Que es libre la nacion que quiere serlo.

II.

Pasmóse el mundo al ver la audacia estraña
Sin ejemplo segundo en las historias,
Audacia que ya entonces fué á la España
Gérmen fecundo de ulteriores glorias:
¿Tanto pudo un mortal? ¿tan grande hazaña,
Tan ilustre valor, tantas victorias,
Obra fueron del hombre solamente,
O el Eterno luchó por nuestra gente?

III.

Dímelo ¡oh Musa! porque yo lo ignoro,
Y en mi ignorancia comprender no puedo
Cómo entre la opresion y amargo lloro
Tan en punto y sazon brotó el denuedo:
Aun hoy se pasma embelesado el moro
Al ver su vencimiento, y con el dedo
La España que perdió señala y nota,
Juzgando sueño su fatal derrota.

IV.

Tú, magnánimo PUEBLO, que mantienes
Puro de mancha el heredado brio,
Y horror inato á la coyunda aun tienes
Once siglos despues del héroe mio:
Tu que arrancaste el lauro de las sienes
Al último tirano, al mas impío
De los déspotas todos, tú mi canto
Benigno acoge y entusiasmo santo.

V.

Tal vez un dia cantaré atrevido
Tus hazañas tambien y últimos hechos;
Cuando en lid desigual acometido
Tus fueros defendiste y tus derechos:
Cedió el usurpador, cedió vencido;
Cayeron sus ejércitos deshechos:
Si Europa roto vé su yugo aleve,
A tí, PUEBLO ESPAÑOL, á tí lo debe.

ESTADO DE LAS COSAS DE ESPAÑA DESPUES DE LA INVASION SARRACENICA.

VI.

Dos veces ya su giro luminoso
Acabado hubo el sol, despues que fiera
La espada de Tarif, siempre ominoso,
En Guadalete al español venciera:
Dos veces marzo sonrió gracioso,
Y en áries proclamó la primavera:
Dos veces subió enero al alto cielo,
Coronada la sien de escarcha y hielo.

VII.

Y nada mientras tanto presagiaba
Otra suerte á la España, otro destino,
Que ser por siempre miserable esclava
Del que llamado por el conde vino:
El rostro del Señor velado estaba
De saña todavía: el yugo indino
Cada vez mas pesado y mas terrible
La gran restauracion hace imposible.

VIII.

Que en cien combates los mezquinos godos
Habian antes su valor probado,
Y en todos ellos por diversos modos
Los laureles del moro acrecentado:
Así vencidos y dispersos todos,
Con triste rostro y corazon turbado
Al norte hispano, su comun asilo,
Vuelan, huyendo de la espada el filo.

IX.

¿Quién sin verter de llanto amarga fuente
Bastará á referir tan cruda plaga?
¿Quién que tan solo recordalla intente
Habrá, que de dolor no se deshaga?
¿Dónde existe pincel que represente,
Tal como fué, la edad aquella aciaga?
¿Los robos, los incendios, la hambre horrible
Y el crudo afan del bárbaro terrible?

X.

Profanados los tálamos se vieron
Dentro en las mismas casas abrasadas:
Con agudo clamor el cielo hirieron
Del caro honor las vírgenes privadas.
Las tristes madres degolladas fueron
Con los inermes hijos apretadas:
Aun en el vientre mísero materno
¡Qué horror! fué degollado el hijo tierno.

XI.

Enemigo del cielo y de la tierra,
Y á ambos infesto el Agareno impío,
Contra el mismo Señor la espada aferra
Llevado de su orgullo y desvarío:
Cáen los templos tambien en cruda guerra
(Consuelo postrimero al pecho pio);
Y los que el hierro perdonó y el fuego
Mezquitas son al fanatismo ciego.

XII.

Huye entónces el Godo: ¿y qué le resta
Sino la fuga ya? Falta un caudillo:
Todos sus condes en la lid funesta
Rotos han sido, ó dados al cuchillo:
Su miserable suerte está dispuesta:
El decreto se ha dado, y resistillo
Es resistir á Dios: climas agenos
Dilatarán la esclavitud al menos.

XIII.

Llevan consigo imágenes y vasos
Que les es dado arrebatar al moro,
Y al norte hispano los veloces pasos
Tienden, vertiendo inconsolable lloro:
Astúrias y Cantabría á los escasos
Restos dan acogida: allí el tesoro
De libertad que tanto el hombre aprecia
Se conserva aun en parte, y en Galécia.

XIV.

Y allí sus manos levantando al cielo,
Y sus ojos de lágrimas bañando,
Su amarga expiacion y desconsuelo
A Dios ofrecen con acento infando:
No ya le piden en su triste duelo
Que el antiguo esplendor del godo bando
Restaure omnipotente, ó la perdida
Dominacion, y gloria oscurecida:

XV.

Que solo piden servidumbre, empero
Servidumbre que sea tolerable,
Y rigor no tan áspero y tan fiero,
Y vida menos triste y miserable:
Y si esto no es posible, si el guerrero
Nada respeta impío, inexorable,
Ay! á lo menos que la Hesperia tenga
Un templo, dó á llorar sus culpas venga.

XVI.

Para que ya que á la infelice España
Nada le quede en su fatal caida,
Y Dios en los arcanos de su saña
Su eterna expiacion justo decida,
No permita á lo menos que la estraña
Religion se introduzca y fé mentida;
Y el mundo decir pueda: *todo, todo,*
Menos su amada fè, lo pierde el godo.»

XVII.

El sarraceno en tanto alegre rie
Celebrando su rápida victoria,
Y envanecido de que Francia crie
Lauros tambien que estiendan su memoria,
Tanto el orgullo y la ambicion le engríe,
Y tanto puede en él la vanagloria,
Que al galo á lid provoca, y furibundo
Aun piensa el resto devastar del mundo.

SUBE EL ANGEL TUTELAR DE ESPAÑA A IMPLORAR LA PIEDAD DEL ALTISIMO.

XVIII.

Tal era de las cosas el estado,
Y de los justos la afliccion tal era,
Cuando el Angel divino á quien fué dado
La guarda ser de la nacion ibera,
Dirigiendo su vuelo sublimado
A la etérea region, cruza la esfera,
Y triste cual la noche que reinaba
Hácia el trono de Dios se encaminaba.

XIX.

La noche elige para alzarse al cielo,
Por mas grata al dolor que entonces prueba
Con las alas esparce el fresco hielo
Que en Pirene sobre él diciembre nieva:
Bello como el amor alza su vuelo,
Y cual la estrella que el renombre lleva
De madre del amor, tal es el modo
Con que esparce fulgor su cuerpo todo.

XX.

En breve tiempo superar le es dado
La sombra que en pirámide levanta
La tierra opuesta al sol, y ya elevado
Mira á Sirio girar bajo su planta:
Pasa veloz el cóncavo estrellado,
Y á otro cóncavo nuevo se adelanta
Que el último no es, y otros le esperan
Que ni aun los mismos ángeles numeran.

XXI.

¡Estension prodigiosa! y sin embargo
No tan rápido parte el rayo fiero
De quien dudamos con mortal letargo
Si arriba estar ó abajo es lo primero;
Ni á un tiempo asi se muestra breve y largo
Relámpago fugaz, como es ligero
El Angel en vencer distancia tanta,
Y en vér los muros de la corte santa.

XXII.

Entra lloroso en la mansion eterna
(Si en la eterna mansion el lloro cabe),
Y humilde y reverente se prosterna
Ante el Señor, doblándose süave:
El Coro celestial que en voz alterna
Canta la gloria del que eterno sabe
La nada fecundar, triste le mira,
Y sin saber porqué, gime y suspira.

XXIII.

¿Y es gozo el suspirar, y no concibe
Quien el divino mensagero sea,
Y á atender en silencio se apercibe
Lo que él esponga y el Señor provéa:
Mas al momento que la luz percibe
Con que el escudo de oro centelléa,
Donde el nombre de ESPAÑA está grabado,
Todos se cubren de pavor sagrado.

XXIV.

Mira el Angel en torno, y su mirada
Se encuentra con la tuya ¡oh Recaredo!
Cuya faz mas que todas lastimada
A un tiempo anuncia la esperanza y miedo:
Junto á su lado Ingunde está sentada,
Y en tálamo de gloria hermoso y ledo
Su esposo Hermenegildo la acompaña,
Mártir real que libertó la España.

XXV.

Alienta pues, alienta, Angel amigo;
Que Dios tu ruego escuchará piadoso:
¿Siempre su mente agitará Rodrigo?
¿Nada podrá con él el virtuoso?
Pasó la tempestad, pasó enemigo
El rayo espantador: el sol hermoso
Lucirá de la plácida alianza,
Y el rey del orco depondrá su lanza.

XXVI.

Esto parece que en lenguaje mudo
Le dice Recaredo, esto su hermano,
Esto la esposa que renueva el nudo
Que antes cortára el pérfido arriano:
Mas no por eso el Angel soltar pudo
Su dulce voz cual céfiro en verano,
Hasta que tú, María, á Dios miraste,
Y para hablar licencia le alcanzaste.

XXVII.

«Señor! esclama: de tu mente augusta
¿Quién los arcanos con orgullo impío
Osará penetrar? ¿quién tu ira justa
A vano juicio llamará, Dios mio?
Hoy mismo el Coro celestial se asusta
Cuando recuerda el fiero desvarío
Del Querub que devora el fuego eterno,
Por tí lanzado al tenebroso averno.

XXVIII.

«Yo tu justicia adoro reverente
En silencio, Señor; y ántes me hiera
El rayo que á Luzbel postró la frente,
Que loco un dia comprenderte quiera:
Mas nunca ha sido el ruego impertinente
Contigo, eterno Dios; ni lastimera
La súplica jamas pudo enojarte,
Pues nadie te imploró sin confesarte.

XXIX.

«España te confiesa; España ahora
Entregada á merced del enemigo,
No es la nacion que criminal un hora
Su flaca mano osó medir contigo:
Hoy de su crímen se arrepiente y llora,
Si ayer malvada provocó el castigo;
Pero el hijo de Agar puede entre tanto
Mas que su contricion, mas que su llanto.

XXX.

«Piedad, Señor, piedad: no así te aíres
Con débil hoja que arrebata el viento:
Harto ha sufrido ya para que mires
Con esquivez su bárbaro tormento:
Tal vez un dia llega en que te admires
Tu mismo de tu saña, y cuando atento
Quieras hacer de tu clemencia alarde,
No habrá acaso lugar, será ya tarde.

XXXI.

«¿Y para aquesto ¡oh Dios! el cargo santo
De tener en depósito me diste
La mísera nacion, que tanto y tanto
Un tiempo mas felice protegiste?
¿Y habré de abandonarla en su quebranto
Yo que tanto la amé? ¿Y horrenda y triste
La vil supersticion dejará hollada
La Fé, por Recaredo entronizada?»

XXXII.

Dice: y humilde la respuesta eterna
Espera del Señor, el cual pagando
La mirada tan dulce como tierna
Que María le dió con gesto blando,
De su inmensa bondad y sempiterna
Se acuerda al fin, la faz desarrugando:
Y habla, y su voz al trueno es semejante
Que las lluvias de abril nuncia sonante.

XXXIII.

«¡Y qué! dice: ¿victoria tan aciaga
Luzbel conseguirá? La monarquía
Bástele impura, dó jamas se apaga
El fuego que encendió la saña mia.
¿Quién curó de Israel la infausta llaga,
Y en libre le tornó de siervo un dia?
¿Quién á la triste España podrá ahora
Elevarla de esclava á ser señora?

XXXIV.

«Un hombre, un hombre solo... (y de Pelayo
Pronunció Dios el nombre): un hombre existe
Que dispertar de su fatal desmayo
Cura, armado de fé, su patria triste:
No teme el poder moro, teme el rayo
De mi furia, á que nada se resiste:
Si no combate en contra suya el cielo,
Nada teme su espada allá en el suelo.

XXXV.

«Pues bien, seré imparcial; el orco oscuro
Neutral será tambien: cielos y tierra
Silenciosos verán el choque duro,
Y al hombre el hombre solo hará la guerra.
Anúncialo á Pelayo; al rey impuro
Que en la triste mansion mi diestra encierra
Anúncialo tambien: tiemble el impío,
Si á contrastar se atreve al varon mio.»

XXXVI.

Dice: y el coro canta entusiasmado
La libertad de la española gente:
«Gloria, gloria á Jehová, que ha destrozado
El insano poder del orco ardiente:
Justo no fuera el godo, si el pasado
Baldon no padeciera: providente
Eres ¡ oh Dios! hasta en la misma ira,
Donde solo rigor el hombre mira.»

BAJA EL ANGEL Á LA TIERRA, Y SE DIRIGE Á LA ISLA DE IZARO, DONDE PELAYO ESTABA OCULTO, SEGUN LOS ARCANOS DEL SEÑOR.

XXXVII.

Débilmente sonaba en el oido
Del Angel tutelar este concento,
Pues veloz á la tierra había partido
Para cumplir de Dios el mandamiento:
Alegre, alborozado, complacido
Entre planetas mil y globos ciento
La tierra al fin divisa, cuando pura
La aurora rompe ya la niebla oscura.

XXXVIII.

Una luz ante el Angel caminaba
Que á la Cantabria el vuelo enderezando
El lugar dó Pelayo oculto estaba
Le muestra, sobre Izaro reflejando:
Sobre Izaro, isla pobre, isla que brava
La mar sorbiera en remolino infando,
Si cerco menos duro y peñascoso
Obice fuera al ímpetu espumoso.

XXXIX.

Despoblada como hoy, como hoy desierta
Alzaba sobre el mar la húmida frente,
Y estéril y sin vida y siempre yerta
Nunca fué objeto de ambicion ardiente:
Un Solitario, si la fama es cierta,
Pasaba allí su vida penitente,
Y del nombre de aquel que la habitaba
Isla del Solitario se llamaba.

XL.

Superior de la España al desaliento
Pelayo en su compaña audaz respira,
Y destrozado y roto en lides ciento
Con pecho osado à la victoria aspira:
Ignoto en tan oculto apartamiento
Muerto le cree su gente y le suspira:
De su existencia el único testigo
Es, despues del Señor, solo este amigo.

XLI.

Mas la hora llegó que revelada
Al mundo todo su existencia fuese,
Y en que agitando la terrible espada
Al moro y al averno estremeciese:
Y despues que la cruz enarbolada
En Covadonga vencedor le hiciese,
A otra España principio dar pudiera
Mas grande y mas feliz que la primera.

XLII.

Dulces las aves en acorde acento
La refulgente aurora saludaban,
Y los hilos de luz flotando al viento
Su claridad por grados aumentaban:
Cuando á sazon que en plácido contento
Los dos amigos por costumbre oraban,
Así el Angel del cielo desprendido
Habló en palabras de inmortal sonido.

XLIII.

«Pelayo, Veremundo, amigos caros,
Salud y paz! El cielo que me envia
El orden me intimó de separaros,
Por ser antes que amor la patria pia:
Dios depuso su enojo: ¿á qué angustiaros?
En tí, Pelayo, en tí la España fia.
Marcha, combate, vence: el orco cesa
De contrariar tu generosa empresa.»

XLIV.

Dice, y se eleva por el aire puro,
Mientras Pelayo grita al que se esconde:
«¡O Paraninfo hermoso! yo lo juro:
De empresa tanta mi valor responde.
Concediéndome el cielo tal seguro,
¿Dónde puedo temer? ¿en donde, en donde?
Si el moro solo es ya quien me importuna,
En mi espada descanso y mi fortuna.»

XLV.

Y luego á Veremundo... «Adios te queda,
Adios, amigo mio: el cielo santo
Compadecido de mi suerte aceda
Tu amistad me donára hermosa tanto:
Si la vida fatal encontré leda,
Si en mi destierro fué menor mi llanto,
Si consuelos en fin he recibido,
A tu pura amistad los he debido.

XLVI.

«Mas hoy el cielo mí partida ordena,
El mismo cielo que hácia aquí me trajo:
No por mi viaje la feliz cadena
De nuestra union sacudo ni relajo:
El Dios que al malo asusta cuando truena
Estermine el laurel por que trabajo
Y traidor á la patria me apellide,
Antes que un dia tu amistad olvide.»

XLVII.

Dijo; y la diestra con su diestra uniendo
Con el siniestro brazo le estrechaba,
Y sobre el hombro la cerviz poniendo
Al caro amigo en lágrimas bañaba:
Llora tambien el otro el llanto viendo,
Ni de oponerle freno se curaba,
Que el llanto no envilece al varon justo,
Y llorar sabe el campeon robusto.

XLVIII.

Pero fuera delito el prolongarlo
Por mas que al corazon la pena aflija,
Y por eso se esfuerzan á templarlo
En la ley de partir la mente fija:
«Pues te espera el laurel, vuela á arrancarlo,
Exclama Veremundo en voz prolija:
Yo con mis votos pediré á los cielos
Que secunden tu afan y tus desvelos.

XLIX.

«La santa patria que tu pecho inflama
Tambien mi corazon enciende todo,
Que si al yermo el Altísimo me llama
Tambien soy español, tambien soy godo:
Tu con tu espada al templo de la fama
Te elevarás, Pelayo: de otro modo
Y por otro camino diferente
Yo tambien pienso en la victoria ardiente.

L.

«Yo alentaré los ínclitos vascones
Con mi voz á seguir tus pasos ciertos,
Y lograré inflamar sus corazones
Si á la gloria por suerte se hallan muertos:
Renacerá la patria: sus pendones
Enarbololados en los riscos yertos
Al moro asustarán que á Dios maldice,
Según el corazon me lo predice.

LI.

«Mi deudo sin igual, el grande Iñigo
Por su curso veloz llamado Arista,
No es ya posible que á mi acento amigo
Y aun menos á tu egemplo se resista:
El sabrá al moro debelar contigo;
El la injusta agresion y audaz conquista
Valiente atajará: yo te lo juro:
Del triunfo de la patria estoy seguro.»—

LII.

Esto el anciano al héroe decía
En profético ardor el pecho ardido,
Y lo mismo á Pelayo predecía
Su bravo corazon nunca abatido:
Y entrando en su cabaña cuando el dia
De la noche el horror dejó vencido,
Pobre mesa preparan, donde toman
El último manjar que juntos coman.

LIII.

Tiernos mariscos que el reflujo acrece
Y alguno que otro pez son su alimento,
Que por frugal el ánimo no empece,
Ni menos por faltarle condimento:
Condimento suavísimo que ofrece
El apetito al paladar hambriento,
No la esquisita salsa y guiso estraño
Que el sensualista busca en torpe engaño.

LIV.

Y bien que por la próxima partida
Mas abundante el desayuno sea,
No por eso traspasan la medida
Que la templanza cuidadosa empléa:
De pura y fresca leche es la bebida,
En vez del agua con que cerca ondéa
Transparente raudal, rico y travieso;
Y en esto solo consistió el exceso.

LV.

Ambos su intento y sus futuros planes,
Y el mejor modo de alcanzar victoria
Comunican en tanto, y los afanes
Ofrecen, que han pasado, á la memoria:
Y el arte de atajar tantos desmanes
Procuran aprender, y la notoria
Muchedumbre de vicios anteriores
Tan funesta á la patria y sus mayores,

LVI.

Llegan despues á la vecina orilla
Del amansado mar, y allí previenen
Una pequeña y mísera barquilla
Que al abrigo del mar atada tienen:
Ambos van en silencio, en ambos brilla
La amistad lastimada, y van y vienen
De la cabaña al mar, y de este á aquella,
Por preparar la barca y bastecella.

PARTIDA DE PELAYO CON DIRECCION A ASTURIAS: RIESGO QUE CORRE FRENTE A LA RIA DE SANTANDER, Y AUXILIO QUE LE DA EL ANGEL

LVII.

Ya que la vela aparejada estuvo
Y el timon y los remos se aprestaron,
Y nada ya por prepararse hubo,
Y provisiones á la náo llevaron,
Un momento Pelayo se detuvo,
Y por la vez postrera rodearon
Sus ojos melancólicos la cara
Mansion que á abandonar ya se prepara.

LVIII.

Y como el preso por ventura suele
Dejar con llanto el calabozo impuro
Que le miró penar, y se conduele
Cuando á otros deja en el encierro oscuro;
Que por mas que á abrazar la esposa vuele,
Y libre salga y de opresion seguro,
Siente dejar la amada compañía
Del que su pena y afliccion partía:

LIX.

Asi Pelayo de ternura lleno
Al mar se abandonó, despues que ardiente
Estrechó á Veremundo contra el seno
Por la postrera vez, y balbuciente...
«Mi Dios, esclama, poderoso y bueno,
»Y mi patria despues, y mi inocente
»Hermana, y la amistad desde este dia
»Ocuparán por siempre el alma mia.»

LX.

Próspero viento mientras tanto pide
Veremundo al Señor postrado en tierra,
Y se alza, y con la mano se despide,
Y un largo adios entre sus labios yerra:
La cara barca con la vista mide
Una vez y otra vez, hasta que cierra
Ya la distancia la vision querida,
Y aun permanece en pié, y aun la apellida.

LXI.

Queda vacío el corazon, vacío
De la amada mitad que se ha alejado;
Pero luego á su Dios tornando pio
Del peso que le abruma está aliviado:
Igualmente Pelayo el poderío
Siente del patrio amor, y consolado
Ya solo piensa en su querida España,
Y en su corage crece y justa saña.

LXII.

La nave en tanto costeando vuela
La cántabra region, sin que del remo
Necesite el auxilio, pues la vela
Hinchen las auras con poder supremo:
Nada teme del mar, nada recela
De banco amontonado ó pico estremo
El hijo de Favila, y su alta mente
Se entrega á meditar con ansia ardiente.

LXIII.

Se entrega á meditar, ora admirando
Un leve promontorio, ora una ría,
Ora una isleta sobre el mar nadando,
Ora un risco que al cielo desafía:
Un peñasco tal vez la frente alzando
Ornada de verdor poco ha veía,
Y ora le cubre el mar, lento creciendo,
Del flujo bienhechor la ley siguiendo.

LXIV.

Y tanto y tanto enagenó su mente
La encantadora y bella perspectiva,
Que apenas conoció tener al frente
Del cántabro la tierra primitiva:
Mas lo conoce al fin, que el sol fulgente
De tal manera con su lumbre activa
En los nevados montes reflejaba,
Que ya no duda en que lugar se hallaba.

LXV.

Lugar que aun en la noche distinguiera,
Segun al navegante es siempre grato,
Por el gran torreon, do rebervera
Claro un fanal en el nocturno rato:
Bella en el sitio aquel y lisongera
Y respirando ostentacion y ornato
Hoy se alza Santander, hermoso puerto
Que alegre busca el navegante incierto.

LXVI.

Tambien Pelayo entonces le buscaba
Por huir el calor del mediodía,
Y la vela á amainar se preparaba
Para enfilar su curso hácia la ría:
Cuando súbito vé que se alejaba
La playa ante sus ojos, y que hervía
Agitada la mar, en su hondo seno
Formando un ruido semejante al trueno:

LXVII.

Oscurécese el sol, y sin embargo
No hay nubes en la esfera; huyen medrosas
Las tristes aves, y en mortal letargo
Yacer parece el órden de las cosas:
Suenan los vientos, el suspiro amargo
Remedando y las quejas lastimosas
Del moribundo, y en color sanguino
Sus ondas tiñe el ponto cristalino.

LXVIII.

¡Fenómeno terrible! Ya no sabe
Pelayo dó se encuentra, cuando oyendo
Graznar infausta junto al barco un ave
Vuelve la faz á ver el mónstruo horrendo:
Gemir parece el viento, al peso grave
Que tiene sobre sí, mientras batiendo
La bestia entrambas alas, la anchurosa
Espalda agita de la mar undosa.

LXIX.

Y luego con graznido inteligible,
»¡Ay mísero de tí! ¿dó vas? esclama:
»Vuelve, vuelve al retiro dó apacible
»La venturosa paz te espera y llama:
»En vano de su yugo aborrecible
»Quieres librar al godo: ya el lo ama,
»Y el destino lo quiere. ¡Ay del que piensa
»Insano resistir su furia inmensa!»

LXX.

Dice y Pelayo le responde: «oh necio!
»¿Vienes á darme testimonio acaso
»Del poder de mi Dios?» En esto un recio
Viento empezó á soplar desde el ocaso,
Donde el Angel de España, el vil desprecio
Viendo con que Luzbel de juicio escaso
Los decretos del cielo hollar trataba,
Su fulgurante lanza preparaba.

LXXI.

Y vibrándola al punto... «Siente, impío,
Siente mi brazo domador, le grita:
¿Hasta cuándo en tu loco desvarío
Provocarás la cólera infinita?
Húndete, fiero, en el abismo umbrío,
Baja del llanto á la mansion maldita,
Y ejerce tu poder enhorabuena
Do el fuego eterno resplandece y suena.»

LXXII.

No bien el Angel su postrer acento
Terrible articuló, cuando anchuroso
Hiéndese en cueva el húmido elemento
Dó el mónstruo se hunde con pavor medroso:
Siente natura en plácido contento
La ausencia del tirano, y venturoso
Recobra el mar la calma, el sol la lumbre,
Y el viento su apacible mansedumbre.

LXXIII.

Y el hijo de Favila que cobrado
De su pasmo aun no està, se vé en la arena,
Sin saber por qué mano arrebatado
Al suelo ha sido poderosa y buena:
Despareció su barco idolatrado,
Despareció por la region serena
Del aire el Angel puro, y nada, nada
Descubre ya de la vision pasada.

LXXIV.

SALE UN ANCIANO AL ENCUENTRO DE PELAYO, Y LE OFRECE SU HOSPITALIDAD CREYENDOLE NAUFRAGO. QUIEN ERA ESTE ANCIANO.

Póstrase entonces con ferviente celo
Y doblando en la playa ambas rodillas,
Una vez y otra vez bendice al cielo
Que tanto ostenta en él sus maravillas:
Besa tras esto agradecido el suelo,
Y poniéndose en pié, de las orillas
Se aleja de la mar, cuando un anciano
Mira venir á la siniestra mano.

LXXV.

Un cayado su planta vacilante
Helada por la edad guia y sostiene:
Pobre gaban le cubre: su talante
Grave y augusto en su favor previene:
Encorvado su cuerpo hácia adelante
Vacila á cada paso: apenas tiene
Ya un cabello en la sien: albas las cejas,
Albas son de su barba las madeias.

LXXVI.

«¡Oh náufrago infeliz! quièn quier que seas,
(Desde lejos le grita), ven conmigo,
Y si un amigo en tu afliccion deseas,
Bien puedo el nombre merecer de amigo:
Así jamás en el horror te veas
De que hoy la tempestad te ha hecho testigo,
Que á mi cabaña vengas, dó el consuelo
De la hospitalidad calme tu duelo.»

LXXVII.

Así diciendo el venerable anciano
Que un náufrago en Pelayo ver creia,
Al héroe se acercó, con mas liviano
Curso que prometer su edad podía:
Y afectuoso apretándole la mano,
«Sigue, sigue mis pasos, le decía:
Todo me lo quitó la guerra infanda,
Mas no la compasion pacible y blanda.

LXXVIII.

«Mis hijos, mis amores, todo, todo
Lo arrebató cruel: ¡y España aun gime!
¡Y á triste yugo condenado el godo
En vano ha sido su valor sublime!
Perdona, ó jóven, si de aqueste modo
La pena espreso que mi pecho oprime:
Mis infelices hijos perecieron,
Y nuestros grillos ¡ay! no se rompieron.»

LXXIX.

«Ellos se romperán, no, no lo dudes,
Pelayo le responde: enfrena el llanto
Que junto con tus ínclitas virtudes
¡Oh triste viejo! te ennoblece tanto:
Tal vez el dia llega en que saludes
Al gran restaurador: del cielo santo
¿Quién sabe si el poder un brazo anima
Que al mísero español salve y redima?

LXXX.

«No en vano en Guadalete perecieron
Tan ínclitos varones; yo lo juro:
No en vano audaces á morir corrieron
Tus caros hijos en combate duro.
Ellos con rojo humor fecunda hicieron
La tierra que á brotar el lauro puro
Se apresta mas y mas. Si ora vivieran,
¿Qué expiacion los crímenes tuvieran?

LXXXI.

»¿Quién la celeste cólera aplacára,
Cuyo peso fatal nos oprimía,
Si el holocausto fiel no se aceptára
De tanto justo que morir debía?
¡Oh fuertes compañeros que en el ara
Sacrificasteis de la patria mia
Vuestro noble vivir! hoy en el cielo
Astros sois de fortuna al patrio suelo.

LXXXII.

«Mas tú mi ardiente exaltacion perdona,
Desconsolado anciano, y dime, dime:
¿Quiénes los hijos son de que blasona
Tu pecho fiel que lastimado gime?
¿Qué clima te dió el ser? ¿quién ocasiona
Tu triste lamentar? ¿cómo el sublime
Corazon de que el cielo te ha dotado
La desmayada ancianidad no ha helado?

LXXXIII.

«Que por mas que á retiro te condenas
Por hallar en los campos tu sosiego,
Tus palabras, Señor, tus mismas penas
Te desmienten de rústico y labriego:
Abreme el corazon, y si es que ordenas
Que mi historia infeliz preceda al ruego,
Contártela sabré: tal vez se asombre
Tu ardiente pecho al escuchar mi nombre.»

LXXXIV.

«¡Qué energía, gran Dios! dice el anciano:
¡Cómo contrasta con su pobre arreo
Su patriotismo ardiente! ¡oh cielo insano!
¡Oh memoria infeliz! En él los veo:
Tales eran los míseros que en vano
Siempre por olvidar lucha el deseo.
¡Fandila, Ruremundo, hijos queridos,
En noche eterna por mi mal sumidos!

LXXXV.

«Sus nombres sabes ya; sabrás la historia
De su padre infeliz, mas si por suerte
Los conociste tú, si es que con gloria
Cual la fama esparció, no fué su muerte;
No me lo digas por piedad; notoria
No sea á un infeliz pena tan fuerte;
Y escucha y calla, y mi ilusión querida
Dure al menos feliz lo que mi vida.

LXXXVI.

«Pero ya del cenit el sol nos baña,
Y el calor nos agovia: amigo, andemos;
Que cerca ya descubro mi cabaña
Do lugar mas propicio encontraremos.»
Y era así; pues al pie de una montaña
Que en el cielo escondía los supremos
Picos al parecer, un amarillo
Techo se via rústico y sencillo.

LXXXVII.

A un mismo tiempo del abril la risa
Y del sañudo invierno los enojos
Allí el atento observador divisa,
En grata suspension fijos los ojos:
Nieve los montes en su cumbre lisa,
Flores el valle en plácidos despojos
Ostentan á la vez, y el alma goza
De alegre variedad, y se alboroza.

LXXXVIII.

Dos colinas graciosas que el amante
Mirar no puede sin latirle el pecho,
Pues la imágen le ofrecen al instante
De otras colinas que el amor ha hecho;
El mar que entre las dos se vé distante,
El suspiro ardentísimo y deshecho
Del triste ruiseñor que se querella,
El céfiro amador, la fuente bella;

LXXXIX.

Todo incita á gozar, todo enamora
En este valle delicioso y grato:
Hasta el albergue dó el anciano mora
Bello se ofrece en carecer de ornato:
Una rubia y bellísima pastora
Venía entonces conduciendo el hato,
Huyendo del calor á otra guarida
Donde el grato frescor tiene acogida:

XC.

Mas viendo que el anciano se acercaba,
A saludarle corre; y bien que quiera
Darle el abrazo fiel que acostumbraba
En el jóven repara, y se modera:
El pudor que su rostro hermoseaba,
Su trage que aunque limpio tosco era,
Su tímido ademan, todo decía
Pastora ser cual simple prometía.

XCI.

Pero el abrazo tierno que reprime
Su condicion desmiente y rudo trage,
Y otra cuna denota mas sublime
Y superior al rústico linage:
Que al fin cuando se alegra y cuando gime,
Cuando muestra aversion, cuando homenáge,
Siempre la dama al disimulo llama,
Siempre la dama se descubre dama.

XCII.

Pero Pelayo que sagaz respeta
Los ocultos motivos que haber puede,
Cubre tambien su observacion discreta
Y á la ficcion y á la apariencia cede;
Y semejante á aquel que se sujeta,
(Rara vez en verdad; pero sucede)
A tratar como igual al soberano
Que el cetro del país tiene en su mano;

XCIII.

Y ora, depuesto el esplendor, visita
Su estado como simple caballero,
Y acá ataja un desman, allá una cuita,
Premiando acaso, ó castigando fiero:
El cortesano su homenage evita
Hablando cual lo haría á un compañero;
Y esto no quita que respete y tema
Al que se adorna de real diadema.

XCIV.

Tal Pelayo con ella esteriormente
Llano se muestra y llámala pastora,
Por mas que le tribute allá en su mente
La atencion y los fueros de señora:
Cuando el anciano su afliccion le cuente,
De su homenage llegará la hora;
Pero entretanto calla, y toma asiento
En la cabaña del amigo atento.

XCV.

«Esta debiera ser, el viejo dice,
Hija mia tambien. ¡Pobre doncella!
No pudo ver premiado su infelice
Siempre constante amor.»—Y luego á ella.
«En el redil que con mis manos hice,
Mientras dura el calor, Arlinda bella,
Descansará el ganado: es necesario
Mostrar despues tu genio hospitalario.»

XCVI.

Dice; y Arlinda que llorar quería
Se aleja de los dos, y cruza el valle,
Mientras con un pellico se atavía
Pelayo, que el anciano acertó á dalle:
El húmedo vestido que traía
Depone el campeon, y el nuevo talle
Su juventud realza en tal manera,
Que por rústico dios pasar pudiera.

XCVII.

«Y bien, señor, esclama, deseando
El rato aprovechar: ¿vive por suerte
El magnánimo Alfonso, el miserando
Pelayo de Cantábria y Téudis fuerte?
¿Vive Azasuldo aún? ¿vive Guntrando
El padre de Acaredo, ó yace inerte?
Si viven, ¿cómo gime todavía
La triste España en servidumbre impía?

XCVIII.

«Si la tumba fatal los ha tragado,
¿Cómo estos montes que la mar encierra
De la mora opresion se han libertado,
Cuando en Pirene mismo arde la guerra?
Porque sabed, señor, que acá enviado
Por el ínclito Eudon, la gala tierra
Dejé tres dias há para informarle
De las cosas de España, y cuenta darle.

XCIX.

«Y sobre todo el cargo he recibido
De hablar á Pedro, al ínclito y valiente
Padre de Alfonso; y cuando ya embebido
Iba á saltar en la region presente,
De súbita tormenta acometido
Perdí mi nave y esforzada gente:
Solo conmigo compasivo el cielo
En medio se mostró de tanto duelo.»

C.

Así le dice, sondear curando
Con tal ficcion su pecho:—«Bien quisiera
Informarte mejor del godo bando,
Responde el viejo, pero en vano fuera.
Los ínclitos varones que luchando
Indecisa á lo menos la lid fiera
Supieron sostener, han perecido,
Y en el seno de Dios se han escondido.

CI.

«Solo ha quedado la ignorante plebe
De la ingrata nobleza abandonada,
Que ni siquiera á murmurar se atreve
De esclavitud tan fiera y tan pesada:
La discordia fatal es la que aleve
Tiene mas bien la patria esclavizada
Que el furor musulman: fácil nos fuera
Resistirle tal vez, si union hubiera.

CII.

«Pero ¡duro rigor! murió Pelayo,
El único tal vez que ora podría
A todos dispertar del vil desmayo
Que nos entrega á la coyunda impía.
Murió Téudis tambien, murió aquel rayo
De la guerra Azasuldo: todavía
Vive el padre de Alfonso... mas los viejos
¿Qué podemos ya dar sino consejos?

CIII.

«En vano Alfonso dirigióse á Asturias
A alentar los valientes que no existen:—
«*Dios nos entrega á las impías furias* ..
«*¿Qué fuerzas, qué recursos nos asisten?*»
Tal respuesta no mas, tales injurias
De los cobardes que la lid resisten
Indignado escuchó: Munuza vino,
Y ocupada Gijon cedió al destino.

CIV.

«Nada se sabe de él, nada se sabe
De la triste ciudad á saco entrada,
Sino que una muger contuvo el grave
Rigor del moro y furibunda espada:
Hormesinda, señor, pudo süave
Ante Munuza en lágrimas bañada
Amansar el leon que atroz rugía,
Y esterminio á su gente prometía.

CV.

«¡Oh hermana de Pelayo! ¡Oh de su aliento
Y de su gran valor emuladora!
Tuya la gloria es; tu solo acento
Pudo mas que la espada matadora:
Si el cántabro pais se mira esento
De la opresion que á los demas devora,
Si el moro su furor de nos retira,
Y á la conquista de la Galia aspira;

CVI.

«Si al invasor la enfermedad se pega,
De la discordia nuestra finalmente,
Y en sed de sangre y de conquista ciega
Tambien comienza á dividir su gente;
A tí se debe, á tí, nadie lo niega,
Este feliz y plácido incidente,
¡Oh hermana de Pelayo! Dividido,
Aun puede el musulman quedar vencido.

CVII.

«Pero perdona, heraldo: confesemos
Que el mismo Eudon aprovechar no supo
Los males que nosotros padecemos,
Pues igual division tambien le cupo.
¿Por qué razon en lances tan estremos
No se ha unido á Martel? Mas yo me ocupo
En censurarle audaz, y él por ventura
Conoce el mal, y remediarlo cura.»

CVIII.

Dice; y Pelayo á sus palabras queda
En un mar de discursos sumergido:
¿Quién puede ser el viejo que le hospeda,
Tan valiente, sagaz y comedido?
¡La ocasion oportuna, hermosa y leda
De sorprender al moro adormecido
A su hermana se debe! ¡Oh cuánto, cuanto
Ignoraba el que fiel la adora tanto!

CIX.

Ya en esto presurosa aparecía
Arlinda por la falda de un gran cerro,
Y fingiendo el placer que no sentía
Tornaba acompañada de su perro:
Una cabra tambien que el aire hería
Con la voz de su rústico cencerro
Acompaña á la infelice dueña,
Que en vano quiere aparecer risueña.

CX.

De complacer al jóven cuidadosa
Solamente se muestra, y llena un tarro
Que la leche no dá menos sabrosa
Porque sea de pobre y fragil barro:
Alárgalo con mano temerosa
Primeramente al campeon bizarro,
Que en su interior padece, al ver servida
Por mano tal la cándida bebida.

CXI.

A su padre en amor lo ofrece luego,
Y ella bebe despues: luego suceden
Castañas que saltaron en el fuego,
Con otras frutas que guardarse pueden:
El vino ardiente, fervoroso y ciego
El banquete corona, á quien conceden
El último lugar por ser escáso,
Y en torno rueda el espumante vaso.

CXII.

Hasta Arlinda á su labio peregrino
Lleva el licor que le parece odioso;
Pero á los ruegos cede con que fino
Pelayo la importuna fervoroso:
El brindis, tan antiguo como el vino,
Suena tambien alegre y bullicioso,
Dejándose escuchar mientras se hacía
Mas de una vez tu nombre ¡oh patria mia!

CXIII.

Levántanse tras esto, y obedientes
A la voz del anciano venerable,
Visitan cien lugares diferentes
Que algo ofrecen de nuevo ó de notable.
«Este mi aprisco es, dó aunque no cuentes,
(Asi dice á Pelayo en tono afable)
Sino diez cabras solas, me hace rico,
Pues me brinda con paz, leche, y pellico!

CXIV.

«Ese bello raudal que el valle riega,
A mí su curso debe: aquellas flores
Mi mano las plantó: la misma vega,
Yerta sin mí, perdiera sus verdores.
No he plantado, es verdad, ni á tanto llega
Mi presuncion, los árboles mayores;
Mas si injertos se ven y el fruto mueven
Que ellos por sí no dan, á mí lo deben.

CXV.

«Yo traslade del rio á esa laguna
Los pececillos que en mi red cayeron:
Yo la maleza ahogué, triste, importuna,
Que los incultos bosques produgeron:
No se halla objeto en fin, no hay cosa alguna
De cuantas á tu vista se ofrecieron,
Que no me deba la existencia y vida,
O mirarse á lo menos protegida.»

CXVI.

Luego cambiando de espresion y tono,
«Mira, le dice, prorumpiendo en llanto:
Aquí mi esposa yace, aquí el encono
De la parca fatal cierra mi encanto.
¿No bastaba que en mísero abandono
Condenado á la angustia y al quebranto
Mis hijos me dejasen, que aun mi esposa
Del todo mi ilusion robó engañosa?

CXVII.

«Ya solo por Arlinda se sostiene
Mi insoportable vida: ¿pues qué fuera
De esta infeliz en soledad perene,
Si un dia aqueste viejo falleciera...?—
Dice; y la jóven que á su cargo tiene
Del anciano calmar la pena fiera,
«Y yo vivo por vos, llorando dice,
Y solo en ver penar soy infelice.

CXVIII.

«Templad vuestro dolor; templadlo, ¡oh padre!
Que si es ley el morir, mentar la muerte,
Pernicioso será; cuando le cuadre
Descargará en los dos su brazo fuerte:
Un mismo dia al hijo y á la madre
Y al hermano infeliz que yace inerte,
Juntos y unidos bien cual hoy nos vemos,
Yo lo espero, señor, visitarémos.

CXIX.

«Pero entre tanto, sed feliz; vivamos
Soportando el dolor.»—«Yo soportára
Un destino peor que el que arrostramos,
Responde el viejo, y mi valor mostrára;
Pero al ver que proscritos nos hallamos,
Al ver que de mi honor la lumbre clara
La calumnia empañó, no hay sufrimiento
Que soporte mi mal y mi tormento.

CXX.

«No le hay ¡oh jóven! ¡Y si atento agora
Mis desgracias escuchas, no lo dudo,
Compasion me tendrás: sigilo implora
Tan solo mi dolor insano y crudo.
Cuando llegue feliz mi última hora
Y el golpe en mi descargue acerbo y rudo,
Revela mi secreto; pero en tanto,
Vierta yo oculto mi importuno llanto.»

CXXI.

Esto diciendo, vaciló un instante
Como quien teme referir su historia,
O recordar la herida palpitante
Que algun hecho recuerda á su memoria:
Una lágrima ardiente á su semblante
Tras esto se asomó, prueba notoria
De su dolor insano; y dió un gemido,
Y en derredor mirando entristecido,

CXXII.

«Esa tumba, prosigue, dó guardados
Yacen los restos de mi santa esposa;
Esos cipreses tristes y enlutados
Que entrada niegan á la luz hermosa;
Esa adelfa que vés, esos ajados
Lirios que cubren la funesta losa;
Esa cruz, ese Dios grande, infinito,
Van á escuchar la historia del proscrito.

CXXIII.

«Veraz, veraz seré; yo te lo juro
Por tan santos objetos á mi idea,
Y no puede mentir ni ser perjuro
Quien como yo decrépito se vea:
Ni la insana ambicion, ni el oro impuro,
Ni el trono que halagüeño centelléa,
Ni el favor de la plebe siempre incierto,
Fascinarán mi voz: á todo he muerto.

CXIV.

«Padre soy de Julian, del que ha perdido
A mi patria infeliz.» —Aqui llegaba,
Cuando Pelayo vivamente herido
Del modo mas ageno que esperaba,
«¡Cómo, señor! esclama entristecido:
¿Será posible que la suerte brava
Aquí la triste ancianidad encierre
Del claro Edmundo, y mi ilusion no yerre?

CXXV.

«¿Será posible, oh Dios, que España impía
Persiga como á pérfido enemigo
Al que por bueno y fiel honrar debía,
La frente ornando de laurel amigo?
¡Oh siempre desdichada patria mia!
Si al que debes premiar le das castigo,
¿Cómo es posible el triunfo? cómo esperas
Romper un dia tus cadenas fieras?

CXXVI.

«Mas tú, Dios mio, que lo puedes todo,
Haz que este yerro el postrimero sea;
Haz que esta mancha que envilece al godo
Nunca, ya, nunca, repetir se vea:
Y vos, Edmundo, á quien el vil apodo
Con que mi patria vuestro nombre afea,
Pelayo de Cantabria nunca ha dado,
Pelayo que os escucha entusiasmado,

CXXVII.

«Seguid, seguid el hilo interrumpido
De vuestra historia, deponiendo el llanto:
Pelayo es quien os presta atento oido;
Pelayo calmará vuestro quebranto.»
—Dice; y cual suele el trueno en su ruido
Cubrir á un tiempo de placer y espanto
Al que á la lluvia juntamente atiende,
Y al rayo asolador que se desprende;

CXXVIII.

No de otro modo á nombre tan grandioso
Espantados los dos al pronto quedan,
Aun trasluciendo el cambio venturoso
Que acaso recibir sus males puedan.
»¡Pelayo! dice Edmundo: ¿con que hermoso
El estandarte patrio ya no vedan
Los cielos levantar? ¿Pelayo vive
Y mi humilde cabaña le recibe?

CXXIX.

¡Oh momento feliz! ¡Oh instante bello
Y el mejor de mi vida! ¡Ah, deja, deja
Que con mis brazos te circunde el cuello,
Y el gozo esprese que mi pecho aqueja!
¡Pelayo vive aun! Tiemble al sabello
El fiero musulman: Dios se le aleja,
Dios que hasta agora permitió al impío
Sobre España ejercer su poderío.»

CXXX.

Así diciendo en su placer le abraza
Semejante al insano que delira,
Y sigue en sus estremos sin dar traza
De calmarse en el gozo que respira:
Pero por fin su cuello desenlaza,
Y los estrechos vínculos retira,
Y sentado otra vez, de esta manera
Vuelve á anudar su historia lastimera.....

(Mayo de 1831.)

APÊNDICE.

EL ROMANTICISMO (1).

(LEIDA EN EL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO.)

Tomad en vuestra mano
De metal que resista á la fractura
Barra dócil y elástica, aunque dura,
Que apoye firme en resistente plano:
Intentad doblegarla
Haciéndole sentir la fuerte prueba
Del gran vigor que vuestro brazo lleva,
Y si quereis en arco transformarla,
En arco la vereis; no hay quien lo vede:
Insistid; cede aun: con fuerza nueva
Insistid otra vez; otra vez cede.

(1) Entiéndase el exajerado ó frenético.

Mas ay! que el brazo resistir no puede
La fiera reaccion: ya desmayado
El esfuerzo anterior mira perdido:
La barra con horrísono chasquido
Irguese entonces y resalta airada,
Y al ímpetu funesto
El brazo rompe que la asió, y rompido,
Tal su vigor al recobrarse ha sido
Que ella misma se encorva al lado opuesto.

Así los pueblos de la tierra; insanos
Así tal vez las míseras naciones.
¿Las veis, las veis en reaccion? cien siglos
Cadena de robustos eslabones
Sin murmurar sufrieron:
Cien siglos sus sacrílegos tiranos
En oirlas gemir se complacieron.
¿Cómo se rompe ahora
El formidable yugo
Que en herencia fatal darnos les plugo?
¿Cómo tiemblan los déspotas? ¿su cetro
Porqué contemplan para siempre roto?
Ah! que tocaron el infausto coto

Que natura tocar les prohibía;
Y tanto se escedieron;
Y tanto en oprimir audaces fueron,
Que agotaron al fin su saña impía.
Ilusos! no contentos todavía
Con el aire y la luz que nos tasaron,
El aire mismo que el suspiro envía
Al suspiro infeliz le disputaron.

Alienta pues, generacion esclava,
Y el grande movimiento
Sigue á la vez que te emancipa ahora:
Llegó, llegó la hora
De echar por tierra el ídolo sangriento
Que nuestra frente con su planta hollaba.
¿Cómo pudiera desmentir natura
Sus leyes eternales?
¿Cómo sufrir los míseros mortales,
Sin llegarles su vez, tanta amargura?
Mas ay! que en fuerza del impulso mismo
Con que del polvo nuestra frente alzamos
Tenernos no sabemos,
Y al lado opuesto atónitos caemos,

Y en la anarquía atroz nos estrellamos.
¿Es posible, gran Dios? ¿será posible
Que pueblos y naciones
Las mismas leyes obedientes sigan
Que á la materia ligan?
¡Y en el mundo moral no hay escepciones!

Debiera haberlas, sí, debiera el sábio
Ser á lo menos la escepcion primera:
Clarísima lumbrera
En medio del error, al dulce puerto
Guiarnos debería
Bien como el faro á la perdida nave
Entre las nieblas de la noche umbría.
Proclame la anarquía
La triste plebe que pensar no sabe...
¡Pero los sabios! ¡los ilustres hombres
Que en gloria nuestra nos concede el cielo,
Estrellarse tambien, dar en el suelo
Con mengua de su ciencia y de sus nombres!

Vedlos, vedlos audaces
Regenerar la tierra,
O presumir regenerarla:, vedlos

Cuando al misero error declaran guerra,
Ser ellos mismos del error secuaces.
En su saber inmenso
Es falsedad mezquina
Y escándalo y rutina
Cuanto sus ojos ven: todo humo denso,
Nada verdad: erraron
Cuantos mortales en la tierra han sido,
Y á la actual sociedad han precedido.—
«*¿No fueron ellos los que el mal crearon*
»*Que como espectro funeral nos sigue?*
»*Su religion los débiles persigue,*
»*Sus sistemas el mundo esclavizaron.*
»*Abajo pues la fé! caigan abajo*
»*Costumbres, tradiciones,*
»*Leyes, culto, moral, ciencia, doctrina:*
»*Abajo todo! la verdad divina*
»*Suceda á las falaces ilusiones.*»—

Así dijeron; y moral, y leyes,
Y culto, y sociedad... todo cayera:
Nada quedó: ni el trono de los reyes,
Ni aun la cabaña del pastor siquiera.

Entonces fué cuando del seno impuro
De la anarquía infanda,
Como furia que aborta el hondo abismo,
Se alzó el ROMANTICISMO,
Mintiendo genio en presuncion nefanda;
Espresion de la era
Que le miró nacer,... ¿cómo pudiera
No resentirse del rencor nefario
Con que el númen del mal reaccionario
Cubrió de asolacion la Europa entera?
Intolerancia fiera
Meció su cuna: el resplandor primero
Que sus ojos hirió cuando nacía
No fué la lumbre del hermoso dia
Que halaga y centelléa;
Fué la luz de la tea
Que la horrible matanza presidía.

La matanza pasó: no hay inhumanos
Que no se cansen de matar: la plebe
Lanza el puñal aleve
Que fascinada apercibió en sus manos.
A la vil seduccion, al alarido

Que víctimas pedía
Sucede el eco de la calma, el eco
Que el fin anuncia ya de la anarquía.
El mónstruo literario
Les sobrevive empero,
Y gigantesco y fiero
Alza la frente con descaro impío.
Duro, inmoral, sombrío,
Cual demagogo que la plebe inflama,
La licencia es su ley, el desvarío
El númen solo que feroz proclama.

«*Hasta cuando será*, grita *el espectro*,
»*Que el genio, el genio solo*
»*El movimiento universal resista*
»*Que todo lo arrebata? Hijos de Apolo*,
»*¿No os dá rubor? la industria*
»*Sacudió su letargo, el caduco*
»*Sus cadenas rompió: filosofía*,
»*Ciencias, artes, política, conciencia*...
»*Todo sintió del siglo la influencia*,
»*Todo es vida y accion, todo energía.*
¡Oh indignacion! las musas

»¿Serán tal vez las últimas que audaces
»En la enseña se alisten
»Del progreso social? ¿las postrimeras
»Que la anhelada libertad conquisten?

»Vates! Llegó el momento
»De emanciparos ya. Si al hombre plugo
»Con el siglo marchar, marchad vosotros
»Con el siglo tambien. Romped el yugo
»De esa escuela falaz, toda ilusiones
»Y frívolas ficciones.
»Caiga el bello ideal, caiga el imperio
»De la mentida fábula. Al encanto
»De ese metro pueril que cual sirena
»De infausta perdicion y gracias llena
»El alma arrulla, el entusiasmo acosa,
»Suceda al nervio, la osadía, el brio,
»El libre campo de la libre prosa.
»Remplace la energía
»A la falsa dulzura;
»La idea á la espresion: á la natura
»Que apellidaron bella,
»La natura cual es: al atractivo,

»A la torpe falacia
»De ese ideal quimérico, la audacia
»De la austera verdad; LO RESERVO.»

Dijo; y cien vates la bandera impía
De la nuda verdad ciegos alzaron,
Y rieron su triunfo, y desgarraron
El cendal que sus formas encubria.
La hermosa vírgen al regazo y seno
Las inocentes manos
Púdica entonces como Vénus tiende,
Y de la vista impura
Del vulgo que devora su hermosura
Lo que puede cubrir cubre y defiende.
Ah! que arrancarle el velo
Es quitar á la estrella de la aurora
La falsa luz que la hace encantadora;
Es quitarle su azul al santo cielo.

¡ Antorchas del saber! ¿á dónde ilusos
Llevais la planta en nuestro mal ligera?
Detened, detened: á muerte fiera
Condenad en buen hora esos abusos

Baldon y oprobio de la especie entera;
Dejad empero, perdonad siquiera
Dogmas eternos, inocentes usos.
De tantas ilusiones
Como nos daban celestial consuelo
Perdone al menos vuestra saña odiosa
La poesía hermosa,
Unica ya que templa nuestro duelo.
¿Será regenerar echar al suelo
Sin límite ni modo
Cuantos ídolos hay? ¿será alumbrarnos
Tomar la antorcha y abrasarlo todo?

Mas no me oís; que la demencia insana
Que os ofusca y agita
Férvida hierve en vuestro seno, y vana,
Vana es la voz del que al demente grita.
Talais y destruís, y no contentos
Con el bello ideal ya derrocado,
De la misma moral el santo trono
Con furibundo encono
Acometeis. ¿Qué mucho? ese atentado
Consecuencia tal vez era precisa

Del delito primero.
¡Ay de aquel que negado á la sonrisa
De su mismo estupor se jacta fiero!
Insensible al placer de la ternura,
Lo será á la virtud celeste y pura:
Siempre el malvado se jactó de austero.

«Independiente empero
»El genio debe ser. ¿Cómo lo fuera
»Si indómito y robusto
»De la moral las trabas no rompiera?
»Frívolo, inútil el ejemplo un dia
»Dictó á la escena caprichosas leyes
»Que el estro encadenaron.
»¿Cómo sufrirlas ya? Baldon serla.
»Melpómene y Talía,
»Insulsos ecos de la edad pasada,
»Si tanto les agrada,
»Las pueden aceptar: independiente
»La romántica musa
»Ni las puede sufrir, ni las consiente:
»El entusiasmo la moral recusa.»

¡ Qué horror ! ¿ con que el parnaso
Con la santa virtud está reñido?
¿ Con que ser inmorales ley precisa
Para vengar el genio envilecido?
¿ Con que malo el ejemplo
Ni corrige al mortal, ni le pervierte?
¿ Pues porqué tal empeño en presentarnos
Cuadros tan solo de esterminio y muerte?
Un fin, un fin revela
Tan horrible teson: sea instruirnos,
Sea darnos leccion ó pervertirnos,
Algo pretende la moderna escuela.
¿ Pues por qué se desmiente?
¿ Por qué si inútil al ejemplo llama,
El campo de su lid busca en el drama?

¡ Ah, que la musa escénica la bella
Mision de consolarme
Inhumana abjuró! Mustio, abatido,
Dirigiré la huella
Al recinto sabido
Do solía del mundo emanciparme;
Y doblar mi dolor, y atormentarme

Será el retorno de mi afan perdido.
Llena siempre la idea
De ese mundo cruel que me rodea,
En vano, en vano pediré al teatro
Una sola ilusion: triunfante el crímen,
Impune la maldad; mísera, opresa
La celeste virtud... tales, Dios mio,
Serán los cuadros que veré, y tardío
Mi único gozo esperaré en la huesa.

Y aun ese gozo el ateismo impío
Robarme intentará, Vates futuros,
¿Os calumnio tal vez? ¡No luzca el día
En que sea verdad mi profecía!
Mas solo dista el ateismo un paso.
Ese afan del romántico parnaso
En pintar oprimida la inocencia,
¿No acusa ya de Dios la providencia?
Pues tal acusacion nuncia el acaso.

Lejos empero de mi triste pecho
Presentimiento tan cruel. El siglo
Su mision adivina,

Y al equilibrio bienhechor camina.
¿Lo veis? ¿ó por ventura
Para mí solamente
Se rasga el velo de la edad futura?
¡Progenie afortunada
Del siglo venidero!
¡Nietos felices de los que hoy lloramos
Las consecuencias de la edad pasada!
A vos está guardada
La hermosa dicha que tener no plugo
A los que el hado fiero
Respirando discordia, y caos, y muerte,
La malhadada suerte
Legó en sus iras de nacer primero.
Otra luz, otro sol, otras auroras
Vuestra existencia alumbrarán: la luna
Presidirá las horas
De vuestro sueño hermoso,
Sueño feliz de plácido reposo,
Sueño de calma y de ilusion: los ecos
De matanza cruel que ora resuenan,
Y de luto y pavor el alma llenan,
De vuestros montes por los hondos huecos

No bramarán: el orden
Reinará bienhechor: serán hermanos
Los míseros humanos,
Sin que del bien en la eleccion discorden.
Los bandos inhumanos
Que hoy se combaten con rencor adusto,
Conocerán lo injusto
De sus principios vanos,
Y el medio adoptarán en tiempo breve.
El siglo diez y nueve
Con la misma energía
Maldice la apatía
Y el desenfreno aleve.
El siglo diez y nueve
Camina á la fusion. Esa terrible
Aberracion de ideas,
Aborto del abismo,
Llega á su fin: transigirá la duda
Con la credulidad; el fanatismo
Con la impiedad sañuda:
Y olvidada la lid, la infausta guerra
En que empeñados vemos
Divergentes estremos,

El JUSTO MEDIO reinará en la tierra.

Entonces ay! entonces
Su imperio afortunado
Las musas sentirán. Prole nosotros
De infanda reaccion .. ¿cómo es posible
No confundir la libertad del genio
Con la licencia horrible?
Esclavos nuestros míseros abuelos
De intereses mezquinos,
¿Cómo pudiera su apocada mano
A la lira pedir sones divinos?

«EL MEDIO, EL JUSTO MEDIO!» ¡Oh bienhechora
Bandera sacrosanta!
¿Cuándo será que espléndida te mire
En mi patria ondear? Siervos un dia
De literarios déspotas, sus leyes
Humildes recibimos,
Y del genio español claro y sublime
El brillo sin igual oscurecimos:
Siervos ahora de los mismos que antes
Despotismo en las letras proclamaban,

Anarquía gritamos;
Y si Francia sonríe, sonreimos,
Y si necia delira, deliramos.
¿Cuándo, pues, nos mostramos
Independientes de coyunda estraña?
¿Cuándo será que por honor de España
Literatura nacional tengamos?

Nuestra naciente musa
En cantes inmortales
LIBRE á lo menos y ESPAÑOLA sea.
Religiosa, no atéa,
Ni fanática vil: grande y sublime,
Pero bella tambien, nunca espantosa:
Ideal, no quimérica: graciosa,
No afeminada: enérgica y valiente,
Nunca dura ó feroz: siempre elocuente,
Siempre cercada de ilusion hermosa.

¡EL MEDIO, EL JUSTO MEDIO! A mano diestra
Precipicios mirais; á la siniestra
Precipicios tambien: helado el polo,
Tostado el ecuador, salvages solo

Los pueden habitar. ¿Qué nos importa
Que el inerte lapon aune su nieve,
O que desnuda por la ardiente arena
El árabe feroz la planta lleve?
Otra zona á nosotros, otro clima,
Otros placeres nos dispensa el cielo:
En nuestro amado suelo
La estacion al mortal mas placentera
No es el invierno ¡ay Dios! no es el estío:
Es la genial, la hermosa primavera,
Media igualmente entre el calor y el frio.

(Febrero de 1838.)

TEMA CON VARIACIONES (1)

(LEIDO EN EL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO.)

Et sermone opus est modo tristi, sæpè jocoso.

TEMA.

Tres cosas hacen insufrible el lecho,
Y la tercera mas, si bien se apura:
La compañía que repugna el pecho;
El ansia de dormir, si es sin provecho;
Y guardar mucho tiempo una postura.

(1) Aunque festiva, se inserta esta composicion en el presente tomo, tanto por no haber cabido en el anterior, como por pertenecer en el fondo al mismo asunto de la composicion que precede. El autor compuso este capricho en su última enfermedad, y en él se propuso, entre otras cosas, ridiculizar, no el principio de la variedad de metros, sino el uso de ese mismo principio, cuando no presiden á su aplicacion la eleccion y tino debidos.

VARIACION I.

Allegretto.

Yo que estoy postrado
Sin mejora alguna
En lecho harto pobre
Para ser de pluma;
Yo que estoy enfermo
Hace veinte lunas,
Débil, y sin fuerzas
Ni pocas ni muchas;
Yo que me contemplo
Reducido en suma
A dormir de espaldas
Y velar de nuca,
Vivísima imágen
De pobre tortuga
Que una vez volcada
Vuelta continúa...
Yo que así me veo
Figúrate, oh musa,

Si seré dichoso,
Si tendré á fortuna
Dejar un momento
Posicion tan dura.
Dame pues la mano,
Que si no me ayudas,
Me será imposible
Cambiar de postura.—
Gracias, musa mia!
Describí la curva:
Vuelto estoy: ¡qué gozo!
Y tú, como sudas!
Yo en verdad temía
Que me fuese nula
Para dar la vuelta
La asistencia tuya,
Pues si bien mi mole
No es cosa que asusta,
Tú, segun parece,
No eres muy forzuda.
Gracias! dame ahora
La olvidada pluma,
Que cantar deseo

Kirie y aleluya.
Dámela, que el mundo
Me creerá en la tumba,
Si me vé callado
Cuando todo es bulla.—
Gracias, musa mia,
Por la vez segunda,
Y tercera, y cuarta,
Quinta, sesta y última.
Cálamo currente,
Y á Dios y á ventura,
Ahí van esas coplas:
Cállate, y escucha.—
(Atiza esa mecha;
Que el belon alumbra,
Si no me equivoco,
Con luz algo turbia.)—
Muy bien! ¿cómo empiezo?
Mas ya no se usan
Planes meditados
En literatura.
Plan! palabra es esta
Que la lengua anuda,

Y lastima y bieza
Cuando se prenuncia.
Uselo en buen hora
En Paris y en Rusia
Tanta diplomacia
Como allí se ocupa
En pensar los medios
De embrollar la lucha
Con que mis paisanos
Los dedos se chupan:
Usenlo los sabios
De nacion mas culta
Que el momento atisvan
De clavar la uña
En la hispana breva,
Ya medio madura
Con tantos porrazos,
Cachetes y tundas:
Uselo si quiere
Esa mano oculta,
O hablando mas claro,
Esa mano turbia,
Que en todo se mete,

Y todo lo empuja,
Y todo lo para,
Y todo lo frustra:
Y en fin... esa escuela
Pensativa y mustia,
Quimérica, vana,
Falaz y caduca,
Cuyo nombre ahora
Mentar no me gusta,
Porque no se diga
Si mi voz la zurra
Lo de *á moro muerto*
Lanzada que aturda.
Planes! linda cosa!
El mejor es burla,
Embrollo, mentira,
Farsa, barahunda,
Intriga y mamola
De gentes de industria.
Planes! ni por pienso
En literatura
Pensador me llamo;
Pensativo... es zumba.—

Pero esta asonancia
Acabada en *úa*,
Invencion del diablo
Debió ser sin duda.
¿Quién encuentra voces
De esa catadura?
Yo abundo en conceptos,
Pero en voces nunca,
Que las lenguas todas
Pobres son y absurdas
Cuando las ideas,
Como en mí, son muchas.
Pues! y el metro? Digo,
Si apura ó no apura!
Seis sílabas tristes,
Peladas, desnudas.
¿Cómo desenvuelve
La mente fecunda
En tan corto espacio
Ocurrencias sumas?
Lo mismo me sirve
Que el fondo á las viudas,
La paga á las monjas,

O el diezmo á los curas.
Variemos de metro,
Si no te disgusta,
Que este apuraría
Aun al mismo Judas.
Ademas... me canso
De aquesta postura,
Y estoy escribiendo
Con la mano zurda.
Ven... dame otra vuelta;
¡Pero cuenta, oh musa,
Con que á nadie digas
Que tomé otra ruta,
Porque la asonancia
Me venció en la lucha!
Dí que estoy enfermo,
Que la cama es dura,
Que el estar de un lado
Es cruel... y en suma,
Que varié de metro
Con razon muy justa,
Convincente, hermosa,
Feliz, oportuna...

La razon sabida :
Cambiar de postura.

VARIACION II.

Adaggio lamentabile.

¿Pero qué demonio es esto?
Desde que la vuelta dí,
Ay de mí!
El equilibrio perdí,
Y me hallo mucho peor.
¡ Qué dolor !
O es un sueño funeral,
O si es cierta la señal,
Me estoy cunando :
Musa! ¿es tu mano *glacial*,
Carcomida, *sepulcral*,
COLOSAL,
La que me está columpiando
De cuando en cuando?
Ah !!! tal vez la cama sea
Que tiene un pié desigual.—

. Musa, vén; corre, espoléa,
Pon una falca... ¿qué tal?
¡El pié maldito, infernal!
Aun cojéa!

VARIACION III.

Maestosso.

Otro metro! A esta voz cien creaciones
En mi mente febril se revolvieron.
Como las heces fermentando el vino
En el hondo tonel de mosto lleno.

Quedo abobado, atónito, confuso:
Menos asombro mostraría Néuton
Si en lugar de atraccion y de vacío,
Se encontrára con vórtices y lleno.

Hierve la sangre en mis hinchadas venas
O parece que hierve: arde el cerebro:
Todo yo soy vapor: mas caldeado
No lo pudiera estar todo un caldéo.

¿Como dudar la inspiracion, oh musa?
¿Qué indica este placer, este contento,
Este alborozo y júbilo sublime
Que al tomar el laúd siento en el pecho?

Siempre el contento y la alegría han sido
Nuncios de creacion: todos sabemos
Que el parir con dolor es de las bellas,
Y el parir con placer de los ingenios.

¿No ves esas Houríes de Mahoma
Que tienden hácia mí sus ojos bellos,
Cual si yo fuese turco, dando el brazo
A aquel sombrío y pálido esqueleto?

¿No miras ese Eden, bello, sublime,
Fácil, flotante, vaporoso, aéreo,
Con otros epitetos y renglones,
Que vistos desde aquí parecen versos?

¿Y aquella Vieja carcomida y calva?
¿Y aquel Vampiro echándola requiebros?
¿Y ese llori-reir que en torno suena?
¿Y ese danzar de brujas y de espectros?

Pues digo, musa mia .. ¿no es hermoso,
Cuanto lo puede ser todo lo feo,
Aquel contraste que á lo lejos forman
Contiguos un Harem y un Cementerio?

¿Y ese diablo cornudo y espantoso
Que toca el violin? ¡Hija del genio!
Mírale, mírale: menos chocára
Con casulla y dalmática un torero.

Pues no lo rasca mal! ¡haya bellaco!
Una misa de requiem nada menos
Si divierte en tocar. ¡Y cual sonríe,
Y cual se contonéa el picaruelo!

Es demonio de bulla, y se conoce
Que está de buen humor. ¿Quién dijo miedo?
Desde que estoy mirándole, creyera
Que tiene *un no se qué* de mas gracejo.

Y en verdad que es así: mírale ahora
Que se volvió de espaldas: ¡oh qué bello!
¿Es otro, ó es el mismo? ¡estoy soñando!
¿Donde su tizne está? ¿donde los cuernos?

Frágil cintura, proporcion gallarda,
Alas de oro y azul... ¿Pero qué veo?
Por qué conserva el rabo? ¡oh desventura!
¡Oh que errata de imprenta! ¡y en qué puesto!

A la misma beldad oscedería
Si ese rabo infernal... Pero à lo menos
Lo menéa con gracia: ¿habrá diablillo
De tan raro capricho en los infiernos?

Ora se vuelve hácia nosotros. Mira:
Que pasmo! el diablo horrible.—Hételé vuelto
De espaldas otra vez: ¡el diablo hermoso!
El ángel del Eden... cortando aquello.

Y dale con sus vueltas y revueltas,
Y dale que le das al instrumento,
Y dale los demas con su mazowrka
En confusion de màscara y entierro.

Mas de pronto la músiea se para,
Y el mundo *esqueletil* queda en silencio,
Dividido en dos alas, y acatando
Al diablo hermafrodita alzado en medio.

El cual, con voz de tiple y de contralto,
Y de bajo y tenor á un mismo tiempo,
Mira... me grita; y vuélvese de espaldas
Por la postrera vez. Musa! ¿qué es esto?

¿Qué me quiere decir? ¿porqué se inclina?
¿Qué significa su postura?—*Necio*,
Mira, y vuelve á mirar.—Y otra vez miro,
Y en ayunas me estoy... Musa! ¿qué esto?

¿Por qué menéa la maldita cola
Con mas gusto que nunca?... Ah!!! ya lo veo!
PO-E-SI-A DEL SI-GLO... ¡El gran cornudo!
¿Ese lema llevaba en el t.......?

¡Vive Dios, que mañana á mis paisanos
Lo tengo de contar! Musa... otro vuelco,
Que estoy de mal humor.—¡Vaya una chanza!
Ese Demonio es clásico.—Y el metro.

VARIACION IV.

Tempo di Waltz.

Quince por ocho. ¡ Compas magnífico !
Once bemoles. ¡Viva mi cántico !
¡ Bravo, bravísimo ! ¡ viva el esdrújulo
Férvido, líquido, súbito, rápido.

Qué culpa tengo, señores críticos,
Si me me complacen sonidos ásperos?
Genios de pólvora quieren estrépito,
Trápala, júbilo, crápula, tráfago.

Mas que el acento de muelle cítara
Me gusta á veces oir el látigo,
Y hasta la música que forma el cíclope
Hórrido, lúgubre, tétrico, árdido.

Queden los sones del blando céfiro
Para las hembras llamadas clásicos:
Yo soy mas pródigo de todos términos
Plácidos, rígidos, húmedos, áridos.

¡Oh, si pudiera seguir mi cántiga!
Pero es el cuento que no hallo dáctilos,
Y cesa ¡oh lástima! mi vals esdrújulo
Férvido, líquido, súbito, rápido.

VARIACION V.

Larghetto tristissimo, con molta espressione.

¡Maldicion! ¡maldicion! ¿será posible
Que postrado en el lecho del dolor
Condenado me vea el imposible,
A la vana ilusion de estar mejor?

Inmenso el tiempo sobre el alma pesa:
Las horas no son horas, son afan:
Tengo encima una lápida de huesa:
Las sombras cruzan, corren, vienen, van.

¡Dichoso el que devora con sonrisa
La copa de su bella juventud!
Para él guarda el cielo gasa y brisa,
Y el crespon para mí del atahud.

Cosa terrible es vivir muriendo;
Cosa terrible sin vivir, vivir;
Seres felices á su torno viendo
Andar, correr, jugar, beber, reír.

Porque tal es el mundo: el uno canta,
Y el otro llora en bóveda ojival.
Maldicion! maldicion! ¿á quien no espanta
Esta ley de la especie mundanal?

Y mientras otros en orgía horrible
Se entregan á las copas y al amor,
Yo anhelo en esta cama un imposible,
Una vana ilusion: estar mejor.

Y en efecto... estoy mal: la cama es dura,
Y estos versos tambien tedio me dan.
Cambiemos pues de metro y de postura,
Que esas estancias son, si bien se apura,
Bancos de cuatro pies en la estructura,
Y en el sonido... mazos de batan.

VARIACION VI.

Allegro vivissimo, con tutto l' instrumentale.

Riamos, cantemos, jueguemos, bebamos:
La vida es el cielo, la gloria, el Eden:
Vivamos un dia: ¡aleluya! ¡aleluya!
Cambié de postura; me encuentro muy bien.

Por tí solamente, por tí, musa mia:
¿Qué fuera del bardo faltándole tú?
Pensaba en morirme! sin duda fuí necio:
La vida es aroma, turron, alajú.

La vida es el genio, y el genio la vida:
El genio es sentir, y cantar, y tañer:
La muerte no siente, ni canta, ni tañe,
Ni come, ni bebe, pensándolo bien.

La vida es el genio, que siento su llama
Radiante, brillante, crispante á la vez
Vagar del laud por las cuerdas y bordes
Vibrante, oscilante, flotante... (y van seis.)

A fuera las penas! cantemos, riamos!
El genio es la vida, la paz, la salud:
Dolencias y males en hombre de genio
Son tortas y brisa y aromas y tul.

Mas guay, musa mia! mudemos de lado!
El metro era bueno... ¡ magnífico á fé!
Troton parecía que corre á galope
Batiendo la tierra con cuádruple pié.

VARIACION FINAL.

Andantino.

¡Oh muger! si admites
Ese vocativo
Que anda á mugeriegas

En algunos libros
Demasiado humanos
Para ser divinos...
¡Oh muger!—¡Qué diablo!
¿Eres sorda? Digo...
Chica!!—Dicho y hecho!!
Muchacha!!!—Hecho y dicho!
Mi muger padece
De achaque de oido.
¿Si será poeta
Como manda el siglo?
Lumbre de mis ojos,
Madre de mis hijos...
Porque al fin, mis versos
Tú los has parido...
Ola! ¿ya me escuchas?
Pues señor... me rio!
Desoir las voces
De su buen marido
Cuando no la llama
A lo barbilindo!
Y qué cara! toma!
Estamos lucidos.

Cuando yo creía
Que hablando al estilo...
Vaya... no te enojes,
Que soy un pollino
Con mas aparejos
Que una trova ripios.

Digo pues, oh musa,
Que juzgo preciso
Acabar mi canto,
No por concluirlo,
Que yo me estaría
Ensayando pitos
Hasta la llegada
Del tremendo juicio;
(El del mundo, niña,
Que no hablo del mio)—
Sino porque veo
Que el belon maldito
Amenaza darme
Un último adios.
Paciencia, y atiza
La mecha un poquito,

Mientras yo la pluma
Tambien despavilo.
Perdona entretanto
Si vuelvo al sesílabo
Que la vez primera
Hallé pobre y frio,
Y ahora me gusta
Y creo esquisito.
¿ Que quieres ? el genio
Tiene sus caprichos,
Y mas si son genios
Como el genio mio :
Ademas, las cosas
Son segun las miro,
Y ya sabes, musa,
Que soy medio vizco.
Con que dime ahora:
¿ Qué te ha parecido
Mi primer ensayo
De romanticismo ?
No podrás negarme
Que hago mis pinicos,
Y que hecho ese cesto

Haré veinticinco.
Apuradamente
Lleva mimbre el rio
Para hacer cestones
Cuando no cestillos.
Con que tu me ayudes
A cambiar de sitio
Siempre que me veas
Algo apuradillo,
Lo demas es cosa
Que importa un comino
Teniendo el solféo
Tantos estrivillos,
Y tantos compases,
Y tantos estilos.
Es verdad que algunos
(Por supuesto, críticos)
Dirán que mis versos
Son un laberinto
De ideas sin orden,
Conceptos ridículos,
Lenguaje embrollado,
Prosaismo y ripio:

Dirán que el proyecto
De variar *ad libitum*
Metros y mas metros
Hasta el infinito
En zurcir retazos
Solo por zurcirlos
Sin pizca de gusto
Ni asomos de juicio:
Y en fin... que no hay patas,
Cabeza, ni ombligo,
O (hablando á la antigua)
Fin, medio y principio
En todo el poema
Del rabo al hocico.
Mas yo, musa mia,
Que á lo zurdo y vizco
Añado mis puntas
De animal anfibio,
Ni pretendo ahogarme
Porque crezca el rio,
Ni teniendo conchas
Me asusta el granizo.
Abran los bellacos,

Si saben abrirlo,
El primer poeta
(Es decir, su libro)
Que les venga á mano,
Y verán si el siglo
Pide en estos tiempos
Como en los antiguos
Filis y Rosanas,
Venus y *Cupidos*,
O bien atahudes,
Demonios, vestiglos,
Y brujas, y duendes,
Y cocos de niños.
Si me creen confuso
Porque no me esplico,
No hay otro remedio
Que encender un cirio.
¿Es la culpa mia
Si ellos han nacido
Con entendederas
A lo vizcaino?
Pónganse á la altura
Donde yo me miro,

Y hallarán bien claro,
Sublime y magnífico
Lo que ahora juzgan
Embrollo y delirio.
La palabra gusto
Pertenece al guiso,
Y en verdad que nunca
Cocinero he sido,
Ni menos letrado
Para estar de juicio.
El ripio y la prosa
Y otros defectillos,
Sobre ser cosecha
Que produce el siglo
En todo y por todo
Siempre positivo,
Son tambien pecados
No tan solo mios,
Sino de cualquiera
Que hace villancicos
Como Dios lo manda
En tiempos tan pícaros.
En cuanto á retazos

No es ningun delito
Que yo me los zurza
Segun mi capricho,
Cosiendo de valde
Y poniendo el hilo,
Como dice el vulgo
Del sastre Campillo.
¿ Pero á qué cansarme
Contestando á micos?
Hagan otro tanto
Esos clasiquillos,
Y verán entonces
Si sudar el quilo
Buscando conceptos,
Frases, adjetivos,
Visiones y sombras
Y metros y giros,
Es cosa de burlas,
O juego de birlos.

Piu mosso.

¡Oh vosotros, bardos,
Que mi voz oís,
O sea poetas,
Si os llamais así!
Trovadores natos
Del moderno esplin!
Regeneradores
De la poesí...!
(El maldito verso
Se ha truncado al fin.)
Vosotros tan solo
Podreis concebir
La estension inmensa,
La gala gentil
Del variado tema
Que os encajo ahí,
Y os rindo y ofrezco
Al son del flautin.
Recibidlo afables
Con dulce reir,

Si estais entre copas
Y alegres Hourís;
O bien maldíciendo
Con frente cerril,
Si os place y replace
Mejor maldecir.
La acogida vuestra
Es todo mi *quid*:
Lo demas me importa
Un grano de anís.

Rallentando.

Y vosotros,
Mozalvetes,
Los que sois aficionados,
O inclinados
A esta clase de juguetes:

Y vosotras,
Hermosuras,
Que gustais de calaveras,
Y quimeras,
Y visiones y diabluras:

Recibidlo
Con el pasmo
Que recibís quisi-cosas
Tan graciosas
Y tan dignas de entusiasmo.

Primo tempo.

Que yo vos prometo
(Magüer que novicio)
Otras monerías
En lo sucesivo;
Y acaso me sienta
Con fuerzas y brio
Para dar un dia,
Si Dios es servido,
Verbigracia, un drama

Horrible, sombrío,
Inmoral, prosáico,
Lleno de asesinos,
Puñales, venenos,
Atahudes, cristos,
Prostitutas, magos,
Verdugos, esbirros,
Y en fin... otras cosas
Por el mismo estilo
Que os pondrán alegres
Si estais afligidos.
Es verdad que España
Va muy pianito
En pos de las huellas
De nuestros vecinos;
Pero yo que nunca
Reparo en pelillos,
Y al mismo demonio
La malga he leido,
Acaso me aliente,
Si me sois propicios,
A daros un dia,
No ya traducidos,

Sino originales
Esos digecitos
Tan cucos, tan monos...
Cosa al fin del siglo.

Tempo di tirana.

Mas antes, musa mia,
De andar tan alto,
Es preciso que demos
Otros ensayos:
Si tu me auxilias,
Escribiré epopeyas
En seguidillas.

Diminuendo il suono.

Pero musa... si no me equivoco,
Amenaza caer el telon.
Ah...! no hay duda; la mecha se apaga...
Maldicion!!! maldicion!!! maldicion!!!

Fué en efecto
Pesadumbre,
Pues la lumbre
Se apagó:
Un suspiro
Diera el bardo:
Buen petardo
Se llevó.

Ver no pudo
Concluida
Su querida
Produccion:
Y por eso
Yo colijo
Que maldijo
Al belon.

Mas la musa
Fastidiada
De cansada
Se durmió:

Y hay alguno
Que sospecha
Que la mecha
Le apagó.

Si esto es cierto,
Yo no dudo
Que el saludo
Maldicion,
Fué venganza
O querella
Contra ella,
No al belon.

Pero fuera
Lo que fuese,
Y ora hubiese
Treta ó no,
Es el caso
Que el poeta
En completa
Paz quedó.

Satisfecha
Su voz tiple
Con la triple
Maldicion,
Solo dijo
Ese-ose...
Y acabóse
La cancion.

(Marzo de 1839.)



INDICE

de las poesias contenidas en este tomo.

Páginas.

APENDICE.

ERRATAS.

TOMO I.

Página.	*Verso.*	*Dice.*	*Léase.*
18	3	*Dó*	De
31	1	*manto*	manto:
88	10	*Eltoro*	El toro
116	6	*dispertó*	dispertó.
123	1	*huries*	huríes
145	8	*versos,*	versos.
168	4	*duo*	duo.,
212	9	*Tantas que ciego*	Y amante y ciego
249	1	*Ymas*	Y mas
269	5	*Magnates*	Señores
327	14	Ese, *contestó*	*Ese*, contestó,

TOMO II.

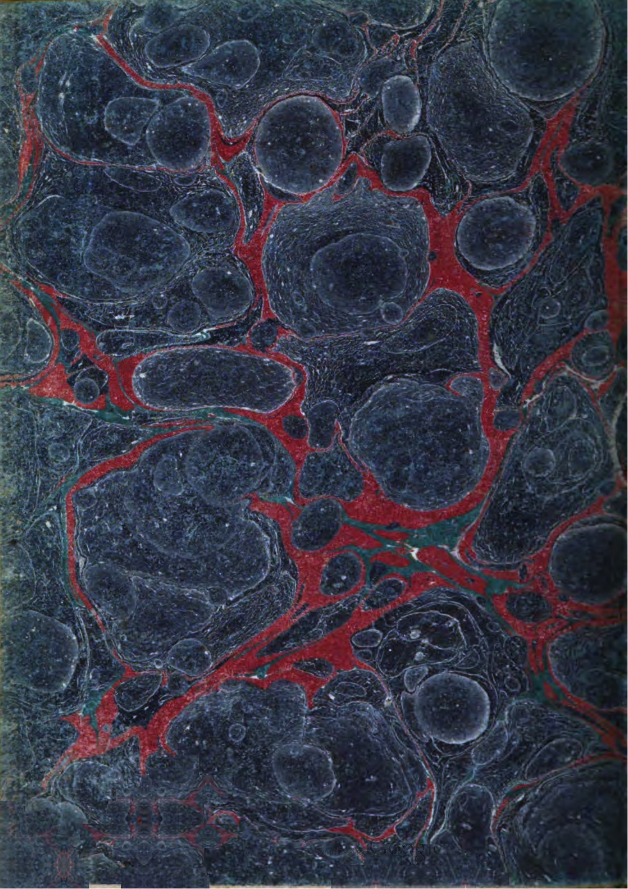
Página.	*Verso.*	*Dice.*	*Léase.*
24	10	*el eco tu voz*	el eco de tu voz
29	10	*estruendo*	estruendo,
30	17	*veais*	veais:
38	14	*miro*	miro.
96	21	*muerte*	muerte.
218	10	*prueba*	prueba:
246	16	*madeias.*	madejas.
309	10	*vcces*	veces
310	7	*el imposible,*	al imposible,

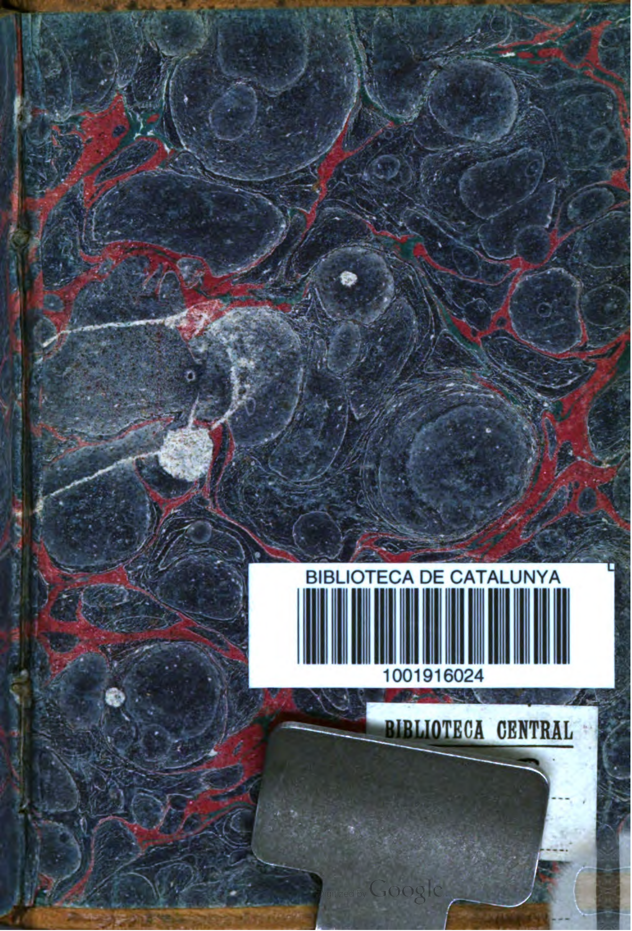
En la página 314 despues de los versos.

¿Si será poeta
Como manda el siglo?

Deben seguir estos:

Musa, musa mia,
Adorado hechizo,
Lumbre de mis ojos, etc.




BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001916024
BIBLIOTECA CENTRAL

